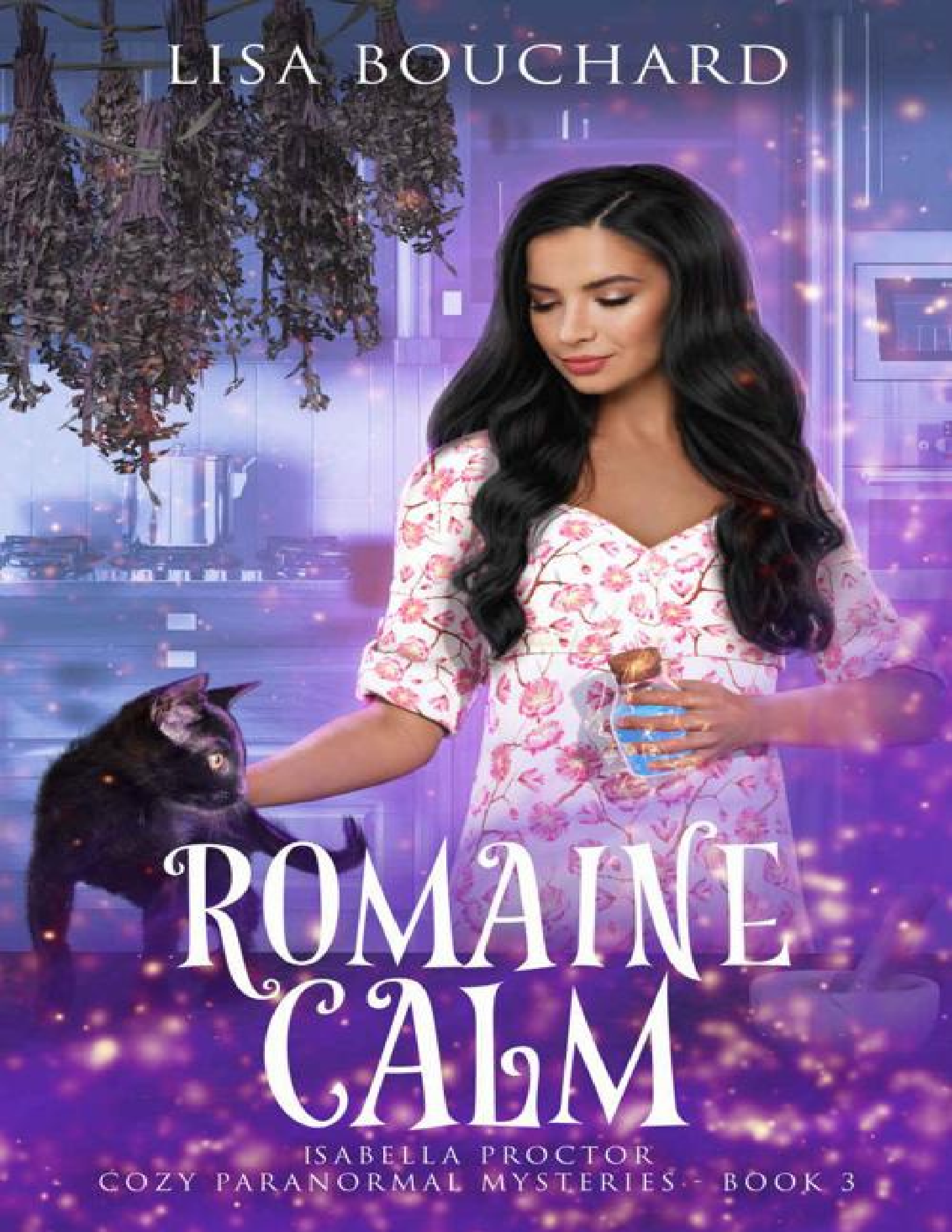




LISA BOUCHARD

ROMAINE CALM

ISABELLA PROCTOR
COZY PARANORMAL MYSTERIES - BOOK 3



Fresco Como Lechuga

Misterios Acogedores de Isabella Proctor

Libro 3

Lisa Bouchard

Copyright 2021 por Lisa Bouchard

Todos los derechos reservados. Excepto lo permitido bajo la Ley de Derechos de Autor de EE. UU. de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, ni almacenada en una base de datos o sistema de recuperación sin el permiso previo por escrito del autor.

Editora: Kathryn Barnsley, KRB Editorial

Diseñadora de portada: Karen Dimmick, Arcane Covers

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o eventos reales es pura coincidencia.

Ninguna parte de este trabajo puede ser reproducida, o almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otra manera, sin el permiso por escrito del editor.

Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Sobre la autora](#)

Acerca de este libro

Soy la elegida...

...un momento, ¿¿qué??

Bueno, no soy la elegida, pero soy la nueva integrante de la Hermandad de Brígida, un grupo de brujas encargadas de mantener a otras brujas a salvo y en secreto.

A mis veintiún años, algunos días ni siquiera me siento capaz de defender mis elecciones de desayuno, mucho menos a las brujas de New Hampshire.

La Fraternidad de Brujas Libres tiene un plan diferente. Por supuesto que lo tienen. ¿Alguna vez hubo un grupo secreto que no tuviera un rival?

En lugar de jugar limpio, quieren gobernar el mundo, pero no voy a permitir que eso suceda. Si se salen con la suya, será muy malo para el noventa y nueve por ciento de las personas que no son brujas.

Ahora solo necesito que alguien me enseñe a usar mi amuleto antes de que uno de los miembros de la fraternidad logre robarlo.

Ah, sí, y averiguar quién asesinó al primo de Palmer sin que él se entere de que estoy investigando.

Capítulo 1



Por lo general, las personas entrenaban a sus mascotas, no al revés.

Cerré la pesada puerta de madera de la Botica de Portsmouth. Las campanillas sonaron mientras cerraba con llave mi negocio. Apoyé la mano en uno de los cálidos paneles de vidrio y rápidamente reforcé los hechizos de protección. Terminado mi ritual vespertino, respiré hondo el aire de finales de verano y me dirigí a casa, porque tenía una cita.

Bueno, no una cita. Una reunión. Con mi gato. Mi gato negro parlante.

No era una mujer cuya vida girara en torno a su mascota, así que déjenme explicar.

Jameson, el gato en cuestión, era mi familiar, y se tomaba muy en serio su responsabilidad de entrenarme. Hace un par de meses, tomé posesión de un hermoso amuleto de esmeralda cuando asesinaron a mi vecina. Jameson vino con el amuleto, junto con algunas obligaciones importantes. Cuando acepté el amuleto, me convertí en la miembro más reciente de la Hermandad de Brigid. La hermandad era un grupo de brujas que practicaban brujería real, no las cosas que se ven en la televisión. Sus objetivos eran mantener en secreto la brujería, proteger a las brujas y evitar que estas abusaran de su poder.

Según Jameson, la hermandad debería haber sido todo en lo que yo pensara, y mis tontas nociones sobre tener que pagar el alquiler o comprar comida no deberían preocuparme.

Sí, bueno, realmente disfrutaba tener un techo sobre mi cabeza, y cuando amenacé con echarlo afuera durante una tormenta, decidió que podría tener razón después de todo.

En cualquier caso, me dirigía a casa para más entrenamiento. A regañadientes, dijo que me iba bien con muchos de los hechizos más grandes y simples, así que estábamos trabajando en la precisión con hechizos más pequeños. Cuando le pregunté sobre el enfoque que había elegido en mi última investidura, pociones, se rió.

—Todo cambia una vez que te unes a la hermandad —dijo.

—¿Qué cambió para ti? —pregunté.

—No soy miembro.

—Oh —dije, sintiéndome estúpida—. ¿Es un grupo solo para humanos?

—No. Tanto la hermandad como la fraternidad son para brujas y sus familiares. Pero cuando yo era un gatito, estaban divididos según las líneas tradicionales. La Hermandad de

Brigid era estrictamente para mujeres, y la Fraternidad de Brujos Libres solo permitía hombres.

—Entonces, ¿por qué no eres el familiar de alguien en la fraternidad?

—Porque no soy malvado —dijo pacientemente, como si le estuviera explicando a un niño pequeño.

El jurado aún no había decidido sobre eso. Algunos de los hechizos que me hacía lanzar eran tan difíciles que sentía que mi cerebro iba a explotar.

Fui a mi familia con mis preocupaciones, pero no fueron de ayuda. No estaba segura de que alguno de ellos hubiera tenido un familiar alguna vez.

La tía Lily dijo que necesitaba seguir su entrenamiento. Estaba segura de que él sabía lo que era mejor para mí. Después de todo, tenía más de doscientos años y había entrenado al menos a otras tres brujas antes que yo.

La tía Nadia pensó que podría llegar a él a través de su estómago. Ya sabes, la mejor manera de llegar al corazón de un hombre. Tal vez eso se aplicara también a los gatos.

Mi madre no sabía qué debería hacer. Ella tenía una visión más realista de mi relación con Jameson, porque escuchaba más mis quejas que mis tías. Había empezado a visitarme una vez por semana en la botica. Nunca sacaba a colación el tema anteriormente doloroso de que me mudara a casa, así que las visitas eran relajantes. Si hubiera sabido que todo lo que se necesitaba para que dejara de acosarme sobre mudarme a casa era conseguir un familiar, habría ido a buscar uno hace mucho tiempo.

Ella pensaba que estaba atrapada con Jameson, a menos que quisiera renunciar al amuleto.

Había considerado la idea y la había descartado. No quería perderme el poder que me daba y la capacidad de ayudar a las personas además de mi trabajo en la botica. Tampoco creía que al amuleto le gustara la idea de ser pasado a alguien más.

Durante el último mes, sentí que me estaba sintonizando más con Jameson. Caminé por la acera de regreso a casa para una cena rápida y una noche de entrenamiento. Habíamos estado trabajando en mi control fino, así que me hacía hacer las cosas más excruciantemente difíciles, como mover un trozo de hielo en un vaso mientras mantenía todos los demás quietos. O hacer que solo una de las frondas de mi palmera se moviera. Incluso me hizo fortalecer mis protecciones personales hasta convertirlas en lo que se sentía como un escudo duro sobre mí.

Entendía por qué las brujas preferían entrenarse en áreas en las que eran naturalmente buenas. Yo estaba bien con el trabajo de hechizos, pero el nivel al que me hacía trabajar era agotador.

Al menos dormía bien por la noche.

Entré en mi apartamento. —Ya llegué —anuncié.

Jameson me estaba esperando, sentado en la encimera de la cocina. Había intentado inculcarle la idea de que los gatos no se sientan en las superficies de preparación o consumo de alimentos. No le importaba.

—Bien. Tengo hambre, y tienes mucho entrenamiento que hacer esta noche.

Puse los ojos en blanco. —Lo mismo que hacemos todas las noches, Pinky.

Ladeó la cabeza, claramente sin entender mi referencia a los dibujos animados de los 90. Pensé que lo entendería, porque al menos él estaba vivo entonces. Estaba lejos de poder dominar el mundo. Y aunque lo hiciera, ¿qué haría con él?

—Empieza por abrir la lata de comida de gato de salmón sin usar las manos.

Le fruncí el ceño. —¿No ceno yo primero?

—Esta noche no, llegas tarde —dijo.

—Bien. De acuerdo, entonces. —Consideré las latas de Purina Pro Plan que él prefería. Tenían una anilla para abrirlas, pero cuando decía sin manos, se refería a sin manos en absoluto: nada de sostener la lata con una mano y usar el mango de un tenedor para abrir la tapa.

Otra cosa en la que insistía era en la magia sutil. No servía de nada intentar mantener la magia en secreto si era obvia cada vez que trataba de usarla. Tenía razón en eso, pero deseaba que me hubiera dejado empezar con gestos grandes y luego pasar a los más pequeños. Los gestos grandes hacían que la magia fuera más fácil de usar, al menos para mí.

Señalé con mi dedo índice y lo moví de derecha a izquierda para abrir el armario de la comida para gatos. Con otro gesto, hice flotar la lata sobre la encimera. Consideré cómo abrirla sin usar las manos. Había un par de formas de hacerlo, pero ¿cuál era la mejor? Podría mantener la lata fija en la encimera mientras levitaba un tenedor y usaba el mango para abrirla. Podría intentar el hechizo de corte de metal para quitar la tapa de la lata, o podría intentar hacer que la lata explotara y esperar ser lo suficientemente rápido para atrapar la comida y dirigirla al plato.

No me apetecía limpiar las paredes si no lograba atrapar la comida para gatos al explotar, y usar un tenedor no parecía impresionante, así que opté por el hechizo de corte de metal.

Comencé haciendo girar la lata lentamente, luego concentré mi mente en crear un punto afilado justo encima del borde interior de la lata. Bajé el punto afilado y finas espirales de metal empezaron a desprenderse de la tapa. ¡Estaba funcionando! Empujé el punto hacia abajo y sentí más resistencia. Aumenté la velocidad de rotación de la lata y, en dos segundos, la parte superior de la lata estaba cortada.

En este punto, él me habría dejado quitar la tapa y verter la comida en su plato, pero estaba tan satisfecho conmigo mismo que decidí presumir. Levité la tapa hasta el reciclaje, luego bajé lentamente la lata hasta su plato vacío. La puse boca abajo, le di un fuerte golpe mágico en el fondo y sonreí mientras la comida caía en su plato. ¡Éxito!

La lata levitó hasta el fregadero para ser enjuagada, y había terminado.

Le sonreí radiante a mi gato.

—Moderadamente aceptable. Ahora, ¿qué vas a comer tú?

—¿Moderadamente aceptable? ¿Estás bromeando? ¿Viste lo que hice? Mantuve la lata quieta, la hice girar y usé una hoja afilada de aire... ¡de aire! para cortar la tapa. Lo hice genial.

Jameson no tenía muchas expresiones faciales, pero era un maestro en usar su tono para transmitir sus sentimientos. —Solo puedo esperar que tus estándares aumenten a medida que mejores en tus hechizos. Por ahora, diré que estuviste dentro de los límites de lo aceptable.

Le di la espalda y abrí el refrigerador. Mis hechizos generalmente se calificaban como "marginamente aceptables" o "supongo que eso también funcionará", así que probablemente debería haber tomado sus palabras como un cumplido.

Había tenido maestros que creían que no debían elogiar a los estudiantes hasta que fueran perfectos, y aunque yo no prosperaba de esa manera, podía trabajar con ello.

Mi refrigerador estaba casi vacío. Trabajaba mucho y cenaba en la Casa Proctor al menos una noche a la semana, donde la tía Nadia me obligaba a llevarme las sobras. Me amaba, y esta era una de las formas en que me lo demostraba. Tal vez mañana por la noche iría a ver qué estaban preparando.

Pero por esta noche, la cena tendría que ser pizza congelada.

Capítulo 2



Abrí la pesada puerta de cristal del Crispy Biscuit y recorrí con la mirada las mesas mayormente ocupadas, buscando a mi amiga Mina. El Biscuit estaba lleno, como todos los sábados por la mañana, y me tomó un minuto examinar todas las mesas que podía ver desde la puerta.

No había visto a Mina desde que se fue a la universidad un año antes de que yo me graduara de la escuela secundaria. No tenía muchos amigos entonces, y apenas tenía tiempo para hacer nuevos, así que me esforzaba por mantener los que tenía.

—¡Isabella, aquí! —la oí llamar.

Me giré hacia su voz y la vi agitando los brazos para llamar mi atención. Llevaba un top de tirantes fucsia que contrastaba con su largo cabello verde lima. ¿Cómo no la había visto inmediatamente?

Mina nunca había sido una violeta tímida, y cuando se levantó y me encontró en el pasillo para darme un fuerte abrazo, supe que nada había cambiado.

—Te he echado mucho de menos —me gritó al oído.

La abracé fuerte y rompí el abrazo antes de que tuviera la oportunidad de causar daños permanentes a mi audición.

Me agarró de la mano y me arrastró hasta nuestro reservado. Me senté frente a ella y la miré por un momento. Tenía una expresión preocupada, pero se disipó cuando sonrió.

—Te ves increíble. Cuéntamelo todo.

—Bueno, heredé un negocio y estoy dando todo lo que tengo para llevarlo. Estoy perpetuamente agobiada.

—¿En serio? ¿Qué tipo de negocio?

—Es una botica. Pasé alrededor de un año como aprendiz antes de que se convirtiera en mía. —Dejé de hablar cuando los pensamientos de encontrar el cuerpo asesinado de Trina inundaron mi mente.

Mina tocó mi mano.

—Oye, ¿estás bien?

La miré.

—Sí, lo siento. Es solo que heredé la botica después de que asesinaran a mi mentora.
Frunció el ceño.

—Eso es horrible. Lo siento mucho.

Instintivamente, mi mano fue al amuleto que no me había quitado desde que lo recuperé del jefe Dobbins.

—Oh, bonito collar —dijo Mina.

Me había cansado de explicar que las cosas buenas que me habían llegado últimamente eran mías porque alguien había muerto: la botica, el amuleto y Jameson. Empezaba a sentirse macabro.

—Gracias. Fue un regalo de un amigo. Suficiente sobre mí. ¿Qué hay de ti? ¿Cuál era tu especialidad de nuevo?

Mina se rio.

—Terapia equina.

Fruncí el ceño.

—¿Como ser fisioterapeuta para animales?

Enderezó los sobres de azúcar en su pequeño contenedor.

—No, como usar caballos para ayudar a la salud mental y física de las personas.

—Eso suena como tú, siempre ayudando a otras personas. Y divertido, si te gusta la naturaleza y estar al aire libre todo el tiempo. —Mina nunca había sido muy aficionada al aire libre, pero las personas pueden cambiar.

—Me gusta. Los caballos son animales majestuosos y parecen saber que los pacientes son vulnerables y actúan en consecuencia. —Tomó un sorbo de agua y continuó—. Desafortunadamente, no hay instalaciones contratando en un radio de ochocientos kilómetros.

—¿Ochocientos? —pregunté.

—Sí. He enviado mi currículum a cada una de ellas, y luego hice llamadas de seguimiento cuando nadie me respondió.

—Vaya. Pensarías que al menos una de ellas habría devuelto la llamada.

Me dio una sonrisa irónica.

—Sí, eso pensarías.

—Sé que Bethany en el Fancy Tart está contratando. ¿Te interesaría trabajar allí? —pregunté.

Estaba a punto de responderme cuando Emma, que pasaba junto a nosotras, soltó un grito. Emma estaba en proceso de caer a cámara lenta. Intentó recuperar el equilibrio, se pasó de la corrección y estaba a punto de caer sobre nosotras. Sin pensarlo, moví un dedo e hice que el aire detrás de ella se solidificara. Chocó contra el aire y pudo enderezarse, derramando solo un poco de jugo en su bandeja. Se dio la vuelta y extendió la mano, buscando cualquier cosa sólida con la que hubiera chocado, pero yo ya había liberado el hechizo.

—Eso estuvo cerca —dijo Mina.

—¿Qué cosa?

—Emma, casi se cae con una bandeja llena de bebidas.

—Oh, no me di cuenta —mentí. ¿Qué? No es como si me fuera a creer si le dijera lo que realmente pasó.

Emma entregó sus bebidas y vino a tomar nuestro pedido.

—¡Mina! Hace mucho que no te veía. ¿Cómo estás?

—Estoy genial, gracias.

Desde la cocina, oímos al cocinero llamando a Emma para su pedido.

—Lo siento, no puedo charlar. ¿Puedo tomar su orden?

No tuve que mirar el menú.

—¿Puedo pedir una tortilla con espinacas, cebolla, champiñones y queso suizo, con pan de centeno y una taza de café?

—Por supuesto. ¿Y tú, Mina?

—Gofres con fresas y crema batida, y un vaso de jugo de naranja.

Mientras escribía el pedido de Mina, un niño pequeño chocó con ella.

—Kevin, ten cuidado —dijo su madre.

Kevin miró a Emma y dijo:

—Lo siento —antes de correr hacia los baños en la parte trasera del restaurante.

Emma nos dio una rápida sonrisa y luego se apresuró a la cocina para recoger su pedido.

Detrás de mí, escuché el estruendo de platos cayendo al suelo. Me di la vuelta y vi a un hombre en apuros, golpeando la mesa. El detective Palmer, que estaba al otro lado del reservado, saltó y tiró al hombre al suelo.

Palmer palpó frenéticamente los bolsillos del hombre que jadeaba. En cuestión de segundos, las respiraciones trabajosas del hombre se volvieron más suaves y se detuvieron. Su pecho también dejó de subir y bajar.

Palmer escaneó la multitud y se detuvo cuando me vio.

—Isabella, llama al 911.

Agarré mi teléfono y marqué al 911. —Estoy llamando por el detective Steve Palmer. Hay un hombre con dificultades respiratorias y —volví a mirarle— parece que está entrando en anafilaxia.

—¿Alguien tiene un EpiPen? —gritó Palmer.

Emma corrió a la cocina y luego se abrió paso entre la multitud de curiosos para traerle el autoinyector de emergencia del restaurante.

Palmer clavó el extremo naranja del EpiPen en la pierna del hombre, ahora inmóvil.

—Estamos enviando ayuda a su ubicación —me dijo la operadora.

—Ya no se mueve y no puedo ver si respira.

Con el teléfono en la oreja, me volví hacia Mina. —Ve a esperar afuera a la ambulancia y asegúrate de que puedan entrar.

Ella asintió y se dirigió a la puerta.

Palmer estaba de rodillas, haciendo compresiones torácicas y llorando. Nunca lo había visto mostrar tanta emoción, a menos que fuera ira en una sala de interrogatorios, y me preocupaba que fuera alguien importante para él.

Ahora que parecía haber un cadáver en el suelo del restaurante, la gente pagaba rápidamente y se iba. Cogí algunas servilletas de una mesa cercana, fui hacia Palmer y me senté a su lado, con mi pierna tocando la suya para que supiera que no estaba solo.

Me quedé con él, en silencio, hasta que Mina guió a los paramédicos hacia nosotros. Palmer nunca dejó de intentar salvar la vida del hombre.

Tan pronto como vio sus uniformes, algo volvió a encajar en la mente de Palmer. Se puso de pie, entregó el EpiPen y comenzó a responder preguntas eficientemente. El hombre en el suelo era su primo, Dan. El paramédico que atendía al paciente miró a su compañero y negó con la cabeza.

Palmer palideció y yo lo sostuve. —Tranquilo, grandullón —Lo llevé a un asiento y presioné suavemente su hombro hasta que se sentó.

El jefe Dobbins entró a zancadas. Miró a los paramédicos, que negaron con la cabeza. — Gracias, ustedes dos pueden irse —dijo.

Llamó al forense por su radio.

Apreté el hombro de Palmer y dije: —Voy a dejarte con el jefe —Me volví hacia el jefe —. Por favor, llámame si puedo ayudar.

Me reuní con Mina en nuestra mesa. Me senté, exhausta y alterada. —¿Viste lo que pasó? —No, estaba prestándote atención a ti. No vi nada.

Nuestra comida no había llegado, pero no importaba. —No puedo comer ahora mismo. Mejor me voy a la botica.

Ella se puso de pie. —Yo tampoco. Ya pagué el desayuno, tú puedes dejar la propina.

Dejé un billete de diez en la mesa y salimos.

—¿Amigos tuyos? —preguntó Mina.

¿Lo era? —No exactamente. El hombre que hacía la RCP es el detective que atrapó al asesino de mi mentor. Y luego atrapó al hombre que mató a otros dos de mis amigos. Nunca lo había visto llorar, sin embargo. El otro tipo era su primo.

Mina parecía preocupada. —¿Exactamente a cuántas personas que conoces han matado?

Capítulo 3



A la hora del almuerzo, Emma entró en la botica con aspecto angustiado.

—Oye, ¿qué pasa? —pregunté.

—Creo que pude haber matado a ese hombre en el restaurante hoy.

Abrí mis brazos y nos abrazamos. Ella comenzó a llorar, y la dejé desahogarse antes de decir algo.

—¿Por qué dices eso?

—Estábamos desbordados como una hora antes de que llegaras, y no puedo recordar si limpié la mesa o no. Obviamente no lo hice, y ese pobre hombre murió por su alergia. No les pregunté a ninguno de los dos si tenían alergias alimentarias, así que no fui tan cuidadosa como debería haber sido. De una forma u otra, fue mi culpa.

Le di otro abrazo y la solté. —Vale, entiendo de dónde vienes, pero te prometo que esto no es tu culpa.

—¿Cómo puedes decir eso? Era mi mesa.

—¿Había comido algo?

—Aún no. Ni siquiera había tenido tiempo de traer el café.

—¿Crees que lo envenenaste con agua?

Pareció un poco confundida. —No, pero ¿y si la mesa tenía mariscos que no había limpiado?

—¿Acaso lamió la mesa? ¿O el fondo de su vaso?

Ella lo pensó. —Lo dudo.

—Exacto, esto no es tu culpa. De hecho, fuiste tú quien le llevó el EpiPen a Palmer. Hiciste todo lo posible por salvarlo.

Se secó los ojos. —Lo hice, ¿verdad?

—Sí, cariño, lo hiciste. Creo que necesitas ir a casa, dormir una buena siesta, y todo parecerá mejor cuando despiertes.

Sacó un pañuelo de su bolsillo y se sonó la nariz. —Probablemente tengas razón.

—Si aún te sientes mal, vuelve. Te prepararé una taza de té y podremos hablar más.

Emma me dio una débil sonrisa. —Gracias.



A la hora de cerrar, Palmer entró en la botica, luciendo agotado y molesto.

—Oye, ¿estás bien? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Ven conmigo. —Lo llevé a la oficina, y él se sentó agradecido. Me senté detrás del escritorio de cerezo que había heredado con el negocio, me incliné hacia adelante y lo miré.

He descubierto, durante los casi seis meses que he sido dueña de la botica, que a veces la gente solo quiere hablar. No se necesitaba ninguna magia especial para que se abrieran. Un poco de paciencia y silencio haría que casi cualquiera hablara sobre lo que les molestaba. —Háblame.

Al principio, no dijo nada. Aquí es donde entraba la paciencia. Intenté emanar un aura de "No tengo prisa por irme, y tú eres la persona más importante para mí en este momento", y casi nunca pasaba más de medio minuto antes de que la gente se abriera conmigo.

—Estaba desayunando con mi primo, Dan. No lo había visto en años, y me llamó de repente, diciendo que deberíamos ponernos al día.

Asentí. Cuanto menos dijera, más se desahogaría. Por su aspecto, necesitaba sacarlo todo hablando con una amiga que no lo interrogara ni pensara que era el sospechoso natural del asesinato.

—Al principio parecía estar bien, pero luego empezó a sonar un poco raro, ¿sabes?

Negué con la cabeza.

—Estaba diciendo cosas extrañas, hablando de que alguien lo perseguía y que creía que necesitaba protección. Luego dijo que necesitaba protección especial, porque los tipos que lo perseguían podían volverse invisibles.

Palmer se pasó la mano por el pelo. —Casi me río de él, pensando que todo era una broma. Pero él creía lo que estaba diciendo. Intenté tomarlo en serio. No era el tipo de persona que inventaba cosas. Por otro lado, la gente no se vuelve invisible y no sabía qué hacer, aparte de decirle que hablara con un profesional.

—Eso suena como un consejo razonable —dije. A menos que su primo estuviera siendo amenazado por brujas. Ninguna cantidad de terapia lo sacaría de ese tipo de peligro.

—Cuando éramos niños, éramos inseparables. Pero a medida que crecimos, él ya no quería pasar tiempo con su primo menor. Yo no fumaba ni bebía, así que no era lo suficientemente divertido o cool para él. Si hubiera hecho un poco más de esfuerzo, si hubiera sido un primo medio decente y lo hubiera llamado aunque fuera una vez al año, habría acudido a mí antes. Habría confiado más en mí de lo que lo hizo.

—Él confiaba en ti. Acudió a ti en busca de ayuda cuando la necesitaba. No es tu culpa que ocurriera este horrible accidente.

—Sí lo es. Su muerte es toda mi culpa. Perdí demasiado tiempo con la RCP cuando debería haber hecho una traqueotomía. Nunca había visto a alguien morir de anafilaxia tan rápido. Pensé que tenía tiempo. —Cerró los ojos y se estremeció.

Nunca era bueno dejar que la gente se culpara durante mucho tiempo. —Steve, no fue tu culpa.

Levantó la mirada. Nunca antes lo había llamado por su nombre de pila.

—Si hubiera sido más cuidadoso con el restaurante que elegí, tal vez aún estaría vivo.

Sabía que tenía alergia a los mariscos, pero insistí en llevarlo a un restaurante que a veces servía langosta.

—No estoy segura de que puedas encontrar un restaurante en Portsmouth que no lo haga. ¿Qué dice el jefe?

Palmer resopló. —Después de que el detective Wheeler me pasara por la piedra, el jefe me dijo que me fuera a casa, que estuviera con mi familia y que me tomara un tiempo libre.

No lo conocía bien, pero estaba segura de que no quería quedarse al margen de esa manera. Palmer quería atrapar al asesino y llevarlo ante la justicia. —¿Y qué vas a hacer realmente?

—No puedo hacer nada. Al menos no oficialmente. ¿Puedes creer que Wheeler me tuvo en interrogatorio durante horas, tratando de encontrar fallos en mi historia?

Sí, absolutamente podía creerlo. Si había algo que sabía sobre el Departamento de Policía de Portsmouth, era que si eras la persona más cercana a una víctima de asesinato, instantáneamente te convertías en su primer y mejor sospechoso.

—¿Cómo puedo ayudar?

Palmer se enderezó. —No hay nada que puedas hacer. Quien hizo esto es peligroso e inteligente. No quiero a civiles cerca de este caso. Ni siquiera me gusta que Wheeler esté cerca. ¿Cómo podría explicárselo a su hijo si ella resultara herida, o algo peor?

—Entonces, ¿por qué viniste aquí, si no quieres mi ayuda?

—Quería hablar con una amiga que no fuera de la fuerza pero que tuviera una idea de lo que estaba pasando. Y quería agradecerte. Te quedaste conmigo esta mañana, y aunque no pude decir nada entonces, lo aprecio. Fue... tranquilizador.

Le di una pequeña sonrisa. —De nada. ¿Puedo traerte algo de la tienda? Tengo una buena vela meditativa que ayuda a aliviar el estrés. Solo tienes que encenderla y meditar durante unos diez minutos.

Frunció los labios. —No sé cómo meditar.

—Eso no es un problema. Es muy fácil, puedo enseñarte. Espera aquí, voy a buscar la vela.

Giré el cartel a "cerrado" y cerré la puerta con llave. Tomé una de las velas para el trauma y la encendí con un fósforo, por si Palmer estaba mirando. Tenía un ligero aroma a vetiver y sándalo, para calmar y liberar los efectos emocionales del trauma.

Coloqué la vela en mi escritorio y me senté junto a Palmer. —Todo lo que tienes que hacer es mirar la vela e intentar vaciar tu mente de pensamientos. Es muy difícil de hacer, así que cada vez que te encuentres pensando en algo, te enfocas en la vela y vacías tu mente de nuevo. No te preocupes por cuántas veces tengas que empezar de nuevo, eso es parte de la práctica. ¿Listo?

Asintió.

Nos sentamos en silencio juntos, observando la vela arder. Palmer se movía inquieto, suspiraba y hacía crujir sus nudillos. Después de unos dos minutos, dije: —Eso es suficiente por ahora. Puedes hacer esto de nuevo antes de acostarte y luego unas cuantas veces al día hasta que se consuma la vela. Mejorarás si practicas todos los días.

La vela ardería durante ocho horas consecutivas, así que fácilmente podría tardar un mes en consumirla por completo. Apagué la vela y se la entregué. —Invita la casa.

Tomó la vela. —Gracias de nuevo.

Se me ocurrió otra idea. —Probablemente tendrás dificultades para conciliar o mantener

el sueño durante las próximas semanas. —Tomé una lata de té de manzanilla de la estantería—. Esto te ayudará a relajarte. Si no te gusta el sabor, puedes añadir un trozo de jengibre confitado a la taza antes de verter el agua hirviendo.

—No me gusta la idea de necesitar ayuda para dormir —dijo.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo. Esto es solo manzanilla, y no tendrá efectos duraderos en ti. Te lo prometo.

—¿Sin aturdimiento, sin dependencia?

—Nada en absoluto.

—¿Y qué hay de mi próxima prueba aleatoria de drogas?

—No tendrás ningún problema. Pero puedes preguntarle a tu médico primero, si quieres. Puede que intente darte una receta para algo más fuerte, pero yo empezaría con el té.

Capítulo 4



Una vez que Palmer se fue, me tomé unos minutos para reponer mis estanterías. Había hecho un conjunto de velas de ocho horas para quemar junto a la foto de Trina, y quería esperar hasta que la vela de hoy se consumiera. —No sé qué hacer para ayudar a Palmer —dije. Hablar con Trina como si todavía estuviera aquí me ayudaba a procesar mis pensamientos. La charla de hoy no me dio ninguna idea.

Una vez que vi la bocanada de humo que indicaba que la llama de la vela se había apagado, dejé la tienda para dar el corto paseo a casa. Me gustaba no tener coche. Caminar a todas partes ayudaba a mantener al mínimo el daño de mi amor por los éclairs, y me ayudaba a mantenerme en contacto con la progresión natural de las estaciones.

Mientras caminaba por la acera hacia mi apartamento, vi el Kia rojo de Thea y Delia aparcado en el estacionamiento. ¿Ya se habían enterado del incidente del Crispy Biscuit? Estaba agradecida de que fueran solo ellas, y no toda la familia la que había venido a verme.

¿Cómo sabía que no era toda la familia? Si todos quisieran hablar conmigo, me habrían convocado a la Casa Proctor. No es tan malo como suena: mi apartamento es un poco pequeño para que siete personas se sienten en una habitación y hablen. Además, no tenía ni de cerca la cantidad de buena comida que la tía Nadia guardaba en su cocina.

Revisé mi correo, saqué los pocos sobres dirigidos a Abby y los marqué para reenviarlos a la casa de sus padres. Todavía tenía que hacer eso, meses después de que se mudara, y el dolor finalmente empezaba a disminuir. La echaba de menos, extrañaba tener a alguien más en mi apartamento. Claro, tenía a Jameson para hacerme compañía, pero a veces era más como un jefe cruel que un compañero. Y definitivamente no lo llamaría un amigo.

Mis primas estaban de pie en mi puerta, esperándome. —Podrían haber entrado —dije.

Delia negó con la cabeza. —No tenemos el código de tu alarma.

—Olvida la alarma, me preocupa más tu gato —dijo Thea.

Honestamente, ya no ponía la alarma. Mis protecciones mágicas eran lo suficientemente fuertes como para mantener a los intrusos fuera. —¿Jameson? Nah, está bien. Pero para estar segura, le diré que siempre las deje entrar a ustedes dos.

Abrí la puerta y dije: —¡Hola, cariño, ya llegué! —Jameson odiaba que lo llamara cariño.

O bomboncito. O Sr. Mimosín. Y tengo los arañazos para probarlo. Nunca me lastimaba, pero tenía la sensación de que era yo la que estaba siendo entrenada en nuestra relación.

Su habitual siseo al ser llamado cariño vino de lo que ahora consideraba su habitación. Había sido el dormitorio de Abby, pero cuando ella se mudó, Jameson no dudó en reclamar el espacio como suyo. ¿Para qué necesitaba un gato su propio espacio? Honestamente, me daba miedo preguntar. Los familiares felinos definitivamente no eran como los gatos normales, y mi vida parecía ir mucho más suave cuando hacía lo que él pedía. Sí, definitivamente estaba siendo entrenada por mi gato.

Jameson salió de su habitación y miró a mis primas de arriba abajo. Le costaba mucha energía hablar con otras brujas que no fueran yo, así que la mayoría de las veces ni se molestaba.

—Hola, Jameson. Te he traído algo de atún —dijo Delia.

Puse los ojos en blanco. La abuela y las tías eran deferentes con Jameson, y parecía que su comportamiento se había contagiado a mis primas.

Jameson inclinó la cabeza en señal de reconocimiento, luego miró a Thea. Ella sacó de su mochila un juguete para gatos que parecía un pequeño Roomba con agujeros. Lo encendió y una pluma salió de uno de los agujeros. Cuando lo puso en el suelo, comenzó a moverse, con la pluma saliendo y entrando por diferentes agujeros.

Podía sentir a Jameson resistiendo el impulso de abalanzarse sobre el juguete y atrapar la pluma. No actuaría de manera tan poco digna hasta que ellas se fueran.

—Sin hierba gatera —le dijo Thea.

No sabía si disfrutaba de la hierba gatera, solo que se negaba a tenerla en la casa. Eso estaba bien para mí; no necesitaba un gato drogado tratando de enseñarme magia avanzada de amuletos.

Delia llevó su paquete de atún a la cocina y añadió un poco al plato de comida vacío. Mientras estaba allí, enjuagó y rellenó su cuenco de agua.

Me dejé caer en el sofá, cansada después de largos días de trabajo y difíciles prácticas de magia cada noche. —¿Qué las trae por aquí?

Se sentaron a cada lado de mí. —¿Has oído lo del detective Palmer? —preguntó Delia.

Antes de que pudiera responder, Thea intervino. —Estaba en el Crispy Biscuit, y el tipo con el que estaba desayunando simplemente se murió.

Suspiré. —Lo sé. Yo estaba en el Crispy Biscuit desayunando con Mina cuando sucedió.

—¿Mina? ¿Mina Cartwright? ¿Cuándo volvió al pueblo? —preguntó Delia.

—No estoy segura, pero ha vuelto a casa y está buscando trabajo —dijo. Eso me recordó que necesitaba llamar a Bethany y poner una buena palabra por Mina.

—Espera un momento. ¿Estabas allí? ¿Viste todo y no nos llamaste? —preguntó Thea.

Me levanté y empecé a caminar por la habitación. —No llamé a nadie. Estaba bastante conmocionada, así que simplemente me fui a trabajar.

—Todavía pareces un poco alterada —dijo Delia.

—Lo estoy. Voy a hacer té. ¿Quieren un poco?

—Parece que podrías necesitar un poco de brandy en el tuyo —dijo Thea.

Negué con la cabeza. —Jameson y yo hemos estado practicando todas las noches, y necesito mantener la mente clara.

Puse la tetera y saqué tres bolsitas de té de canela y naranja. No tenía ganas de reunir ingredientes para un té especial en este momento.

—Entonces, ¿qué pasó? —preguntó Delia.

—No estaba mirando hacia él, así que no lo vi todo. Escuché el estrépito de un plato, me

di la vuelta y vi al hombre, el primo Dan de Palmer. Estaba sonrojado, y Palmer lo arrastró al suelo. Palmer gritó pidiendo un EpiPen, porque su primo tenía alergia a los mariscos. Emma le trajo el del restaurante, pero ya era demasiado tarde.

—¿Qué horrible! —dijo Delia.

—Llamé a una ambulancia y Palmer le hizo compresiones torácicas. Estuvo llorando todo el tiempo. Yo no sabía qué hacer, así que me quedé con él, para que no estuviera solo, ¿sabes? —Sentí que iba a empezar a llorar de nuevo, así que me ocupé sacando galletas del armario.

—¿Y luego fuiste a trabajar? —preguntó Thea.

Asentí. —No es como si pudiera llamar para reportarme enferma y que alguien más cubra mi turno —dije.

—Te lo digo, necesitas un asistente. Contrata a alguien sin magia para que te ayude en la tienda y te reemplace algunos medios días —dijo Delia.

—Aún no estoy lista para pagarle a alguien que trabaje para mí. Al menos tendría que conseguir un compañero de piso antes de poder permitírmelo. —Al principio, me había resistido a buscar un nuevo compañero, con la esperanza de que Abby volviera. Luego me dijo que su mudanza era permanente, pero después de dos meses, ¿por qué no había reenviado su correo? Tal vez una parte de ella quería volver, y aunque su habitación había sido reocupada, una parte de mí no estaba lista para renunciar a ella.

—Entonces, ¿viste quién lo hizo? —preguntó Delia.

¿Qué giro habían dado nuestras vidas para que ella asumiera que lo habían asesinado? Negué con la cabeza. —No estaba mirando hacia allá, y Mina dijo que no les estaba prestando atención. Estábamos ocupadas poniéndonos al día.

—No crees que Palmer lo haya hecho, ¿verdad? —preguntó Thea.

Vertí agua en nuestras tazas. —Vengan por su té. Y por supuesto que no creo que Palmer lo haya hecho.

Llevé mi té y las galletas de canela y azúcar de vuelta al sofá y me senté entre mis primas. —Honestamente, parecía un accidente.

—No creerás eso de verdad, ¿o sí? Un joven sano cae muerto en medio de un restaurante... no me parece accidental —dijo Thea.

—¿Cómo está Palmer? —preguntó Delia.

—Vino a verme justo antes de que saliera del trabajo. Estaba hecho un desastre. Pasó la mayor parte del día siendo interrogado y no tiene idea de quién lo hizo. No le permiten acercarse a la investigación, ni siquiera extraoficialmente.

Thea tomó una galleta. —Vamos a investigar por él, ¿verdad?

Suspiré. —Él no quiere que lo haga. Me dijo específicamente que me mantuviera al margen de la investigación.

—Siempre dice eso y nunca le haces caso. No puede esperar que empieces a prestar atención a lo que dice ahora, ¿o sí? —dijo Thea.

—No lo sé. Parecía importante para él. Estaba tan mal que tuve que enseñarle a meditar y le di una vela para el trauma para que se la llevara a casa.

—¿Tuviste que enseñarle a meditar? Creí que todos lo aprendían en el jardín de infantes —dijo Delia.

Me reí. —Aparentemente no, y estoy segura de que no enseñan meditación en la academia de policía. Aguantó dos minutos inquietos antes de empezar a tronarse los nudillos.

—¿De verdad no vamos a averiguar quién mató a su primo? —preguntó Thea.

—Esta vez no. Jameson me tiene despierta la mitad de la noche, practicando hasta que estoy agotada, para que pueda lanzar los hechizos que me está enseñando sin importar qué. Y no creo que pueda usar el amuleto para cosas que no sean asuntos de la hermandad.

—Oh, no había pensado en eso —dijo Delia.

—Me pondré en contacto con Palmer mañana para ver cómo está. Pero por ahora, es solo negocio como siempre para nosotras —dije.

Por mucho que Thea se quejó la última vez que trabajamos para encontrar a un asesino, ahora parecía decepcionada. —Oh. Supongo que pensé que querrías ayudar a tu amigo.

—A él no le gusta exactamente nuestra ayuda, e incluso está preocupado de que el Detective Wheeler investigue —dije.

—¿Está tan preocupado? —preguntó Delia.

Asentí. Para mi sorpresa, decidieron no quedarse. —Probablemente tienes trabajo que hacer con Jameson, ¿verdad? —preguntó Delia.

Mi corazón se hundió. Así era.

Después de que se fueron, Jameson saltó a mi regazo. A veces realmente era como un gato y quería que lo acariciaran. —¿Qué hay en la agenda para esta noche? —pregunté.

—Sabes, puedes usar tu amuleto para lo que quieras.

—¿En serio? ¿Incluso si estoy investigando lo que parece ser un crimen no mágico? Ni siquiera un crimen, sino un horrible accidente?

—Sí. Usar el amuleto en una situación de bajo riesgo como esta será una buena práctica.

Genial. Más práctica. —Dudo que Palmer diría que esto es de bajo riesgo.

—Probablemente no.

—¿Por dónde deberíamos empezar con la lección de esta noche? —pregunté.

Saltó de mi regazo y caminó hacia la puerta. —Esta noche vamos a dar un paseo. Vas a usar tus sentidos para encontrar rastros débiles de magia mientras vamos al centro.

—Podrías haberme ahorrado el paseo y venir conmigo al trabajo —dije.

—No hay suficiente sol en tu oficina para mi siesta de la tarde. Un gato tiene prioridades, ¿sabes?

Capítulo 5



Como esperaba, Jameson me mantuvo despierta hasta muy tarde la noche anterior. No era la primera vez desde que vino a vivir conmigo que pensé que necesitaba hacer lo opuesto a una poción para dormir. El problema era que los estimulantes eran complicados de manejar incluso para las brujas de pociones más experimentadas. Yo estaba lejos de ser experimentada y decidí, una vez más, que el café tendría que ser suficiente para mí.

Tomé el vaso frío de café helado de Fancy Tart y lo agité. El hielo tintineó mientras las gotas de condensación se deslizaban por el vaso y caían sobre la servilleta de papel que había puesto para proteger el escritorio de cerezo. Di un sorbo —me encantaba un simple moka helado— y miré de reojo la bolsa que contenía mi éclair. El éclair era para después del almuerzo, me recordé, y ni siquiera eran las diez de la mañana.

Sonó el teléfono de la oficina.

—Botica Portsmouth, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola, eh, ¿es Isabella?

¿Quién más podría ser?

—Sí, soy yo.

—Oh, bien. Hola. Soy Kate, Kate Stanton.

Dejó de hablar, y me pregunté si tendría que sacarle cada frase.

—¿Qué pasa?

—Me preguntaba, si no estás ocupada esta noche, si tal vez podríamos reunirnos. Necesito algunos consejos, y fuiste la primera persona en la que pensé.

¿Consejos? ¿De mí?

—Claro, supongo. ¿Por qué no pasas por la botica a las seis?

—Puedo hacer eso. Estaba pensando que podríamos salir a tomar algo. ¿Te parece bien?

¿Tomar algo? ¿Qué demonios estaba pasando aquí?

—No bebo mucho, pero claro, podemos ir a algún sitio.

—¡Genial! Nos vemos entonces.

Colgamos, e intenté imaginar qué tipo de consejo necesitaría Kate de mí que requiriera una copa. Ciertamente no venía a mí en busca de consejos sentimentales, y no sabía nada sobre

su carrera. ¿Consejos de salud? ¿Consejos sobre pociones? Poco probable, probablemente vendría cuando la tienda estuviera abierta para eso. Sonaba como si quisiera hablar de algo personal. Sacudí la cabeza. No lo sabría hasta que llegara esta noche.

Kate entró en la botica a las seis menos cinco.

—Perdón por llegar temprano. Puedo mirar alrededor hasta que estés lista para irnos.

No llevaba su uniforme, lo cual tenía sentido, porque íbamos a salir a tomar algo. Pero mientras la miraba, vestida con jeans y una camiseta retro de los Beatles, me pregunté si siquiera tenía edad para beber.

Ya había contado el dinero y ordenado todo, así que estaba lista.

—Dame unos minutos para cerrar todo y podremos irnos.

Fui a la parte trasera, revisé el invernadero y lo cerré con llave. Cerré la puerta trasera y mi oficina de camino hacia el frente de la tienda. La vela de Trina estaba casi apagada, así que en lugar de esperar a que se apagara como solía hacer, la coloqué con su soporte en el fregadero grande y vacío de la sala de preparación. Giré el cartel para que dijera "cerrado".

—Lista cuando quieras.

Sonrió nerviosamente y salió de la tienda.

Me dio pena. Obviamente estaba nerviosa, así que pensé que lo mejor sería sacar a la luz lo que fuera que quisiera decir.

—Kate, ¿pasa algo malo? Nunca me has pedido venir a verme, normalmente solo te pasas por aquí.

—Estoy preocupada por Palmer, y pensé que tú también podrías estarlo.

—Lo estoy. Ver morir a tu primo justo delante de ti debe ser difícil. Pasó anoche para hablar. Le enseñé a meditar y le di una vela para que se concentrara.

—Pensé que olía diferente hoy —dijo ella.

—¿Como a sándalo y vetiver? —pregunté.

—Debe haber estado quemando esa vela durante mucho tiempo anoche.

—¿Podías olerlo en él? El aroma de esa vela es muy tenue. —No había considerado que alguien la quemaría por más de una hora seguida—. Debe haber estado meditando toda la noche.

Ella se rio.

—Lo dudo. Estaba como un animal enjaulado hoy, caminando de un lado a otro en la sala de la comisaría. El jefe finalmente le dijo que se tomara el día libre para que el resto de nosotros pudiéramos hacer algo de trabajo.

—¿Es por eso que estás preocupada por él? —pregunté.

—No. La detective Wheeler está segura de que él mató a su primo, y está decidida a probarlo.

Me detuve.

—¿Qué?

—No había nadie más que pudiera haberlo hecho. La camarera nunca lo había conocido, ni tampoco el cocinero. Wheeler no puede encontrar a nadie con motivos para matar a la víctima.

—Pero ¿Palmer tenía alguno?

Empezamos a caminar de nuevo.

—No puedo imaginarlo. ¿Tú puedes?

Pensé por un momento. Todo lo que sabía sobre Palmer decía que no, que nunca mataría a alguien a menos que fuera en defensa propia.

—Ya llegamos —anunció Kate.

Estábamos en The Goat. Nunca había estado aquí, pero había oído cosas buenas sobre el

restaurante.

—¿Has estado aquí antes?

Ella me abrió la puerta.

—Sí. Tienen una bebida que es increíble. Es... poco saludable, pero está tan buena.

Nos sentamos en la barra de teca. Había estado demasiado ocupada desde que cumplí veintiún años como para pasar tiempo en un bar, excepto por aquella vez que me drogaron la bebida. Desde entonces, los bares no me atraían mucho. Este, sin embargo, era mucho más agradable que el Lips. Todo estaba limpio, el latón brillaba, y solo pude ver un tatuaje en el antebrazo del camarero. Puse mi mano sobre la barra y la volví a levantar. No estaba pegajosa.

—¿Estás bien? —preguntó Kate.

Intenté sacudir mi mente de su repentino estado de ánimo extraño.

—Sí, estoy bien. Solo estaba recordando la última vez que estuve en un bar. Con el sobrino de Trina, James.

Los ojos de Kate se abrieron de par en par.

—Lo siento. Ni siquiera pensé en eso. ¿Quieres que nos vayamos de aquí?

Sonreí con lo que espero fuera una sonrisa tranquilizadora.

—No. No puedo pasar el resto de mi vida evitando los bares, y ¿quién mejor para ir a uno que una amiga de la policía?

Me miró con escepticismo. —¿Estás segura?

—Definitivamente, además, quiero probar esta increíble bebida.

—¿Ni siquiera quieres saber qué es?

Negué con la cabeza. —Cualquier cosa que te haga sonreír así creo que debería probarla al menos una vez.

Llamó al camarero. —Dos frapés borrachos sin alcohol.

El camarero puso los ojos en blanco, pero se dio la vuelta para preparar nuestras bebidas.

—¿Frapé borracho? ¿Sin alcohol? —pregunté.

Se sonrojó. —Sí, solo tengo veinte años. Pero no necesitas licor para que esto sea exagerado.

El bar solo tenía unos pocos hombres de negocios, bebiendo cerveza juntos en una mesa. Miré de nuevo al camarero y me quedé confundida. —¿Eso es una lata de... glaseado? —pregunté.

Kate sonrió. —Claro que sí. Va en el exterior del vaso, para sujetar el cono de azúcar triturado. Por cierto, ¿no eres diabética, verdad?

El camarero nos trajo nuestras bebidas. —Aquí tienen, señoritas.

Quería agradecerle, pero estaba demasiado asombrada.

—Es mejor si comes el Choco Taco primero, luego bebes el frapé —dijo Kate.

Solté el aire y cogí delicadamente mi taco. —Supongo que esto también es la cena.

Kate le dio un mordisco al suyo y asintió.

Mientras ella comía, toqué brevemente mi amuleto y comprobé si había drogas en mi bebida. Se calentó, indicando que la bebida era segura. La única forma en que esta bebida podría hacerme daño era elevando mi azúcar en sangre al máximo.

—Así que, sobre Palmer. Mi respuesta es no. No hay forma de que él matara a alguien, a menos que tuviera que hacerlo. El desayuno rara vez es una situación de vida o muerte, y habría tenido que venir preparado con, ¿qué, extracto de marisco?

Kate pareció sospechosa. —¿Cómo sabías qué lo mató?

—Palmer dijo que su primo tenía alergia a los mariscos, y en ese momento, pensó que el

problema era la contaminación de los alimentos.

—De acuerdo. Solo estaba comprobando. Fueron mariscos, pero el nivel era mucho más alto de lo que tendría un plato mal lavado.

—¿Has hablado con alguno del personal del restaurante? —pregunté.

Kate dio un sorbo a su bebida. —No. Soy persona non grata en esta investigación. Wheeler se tomó la molestia de pasar por mi escritorio para decírmelo personalmente. Cree que estoy demasiado cerca de Palmer y que el caso podría poner a prueba mis lealtades.

Me burlé. —Como si fuera posible. Si descubrieras que él lo hizo, estarías tan enojada que no estaría a salvo contigo.

—¿Por qué preguntas sobre el personal?

—Emma Ross era su camarera, y pensó que era su culpa por no haber limpiado bien la mesa. Me preguntaba si podríamos decirle que no fue su culpa.

—Me temo que no. Ese tipo de información debe venir de fuentes oficiales, pero estoy segura de que Wheeler se lo dirá en uno o dos días.

Kate tomó un respiro profundo. —Pero ahora que mencionas 'nosotros', realmente creo que deberíamos trabajar juntas en esto. Puedo usar tu ayuda.

Arqueeé una ceja. —Sabes que solo soy una glorificada señora del té, ¿verdad?

No soy una glorificada señora del té, pero ella no lo sabía, y realmente quería saber por qué pensaba que yo sería útil.

—No, no lo eres. —Dio un largo sorbo a su ahora derretida monstruosidad de helado—. Algunas personas son naturales. Pueden ver a través de las mentiras y llegar a la verdad.

—¿Te refieres a mí?

—Eso es lo que Palmer piensa.

Vaya. Palmer pensaba que yo era una investigadora natural. Habría sido agradable escucharlo de él, pero supongo que me conformaría con oírlo de segunda mano. —De acuerdo. ¿Cuál es el plan?

—Estaba pensando que podríamos empezar con la camarera, Emma Ross.

—No creerás que...?

—Nah, pero aparte de Palmer, probablemente ella era la persona más cercana a la víctima.

—Ve con cuidado con ella. La llamaré y lo organizaré.

Kate se apartó de su bebida. —¿Tú qué?

—Es amiga mía. Yo la llamaré.

—Vaya, sí que sé elegirlas. Aunque no podemos reunirnos en el restaurante. No quiero que Wheeler me vea en ningún otro lugar que no sea la comisaría hasta que este caso termine.

—No hay problema. Lo organizaré y te lo haré saber.

Capítulo 6



El río Piscataqua fluye junto al Parque Prescott y el Astillero Naval de Portsmouth en su camino hacia el océano Atlántico. Descansé en un fresco banco de piedra en el parque, dejando que la brisa del río apartara el cabello de mi rostro. Las gaviotas graznaban mientras se dejaban llevar por el viento, buscando comida.

Esperé bajo el sol de la mañana a que llegaran Emma y Kate.

—Gracias por venir —le dije a Emma cuando se sentó a mi lado. Su cabello rojo brillaba bajo el sol. Iba vestida para trabajar: pantalones negros y una camisa oxford blanca—. ¿No llegarás tarde al trabajo, verdad?

—No, mi turno ya terminó, y no quise ir a casa a cambiarme. Pensé que habías dicho que la policía también estaría aquí.

—Kate se está retrasando, pero llegará en cualquier momento. No es parte de la investigación, así que no le digas a nadie que hablamos. ¿De acuerdo?

Los ojos de Emma se agrandaron. —¿Me voy a meter en problemas?

—Definitivamente no. Kate podría. Ella trabaja con Palmer y le dijeron que se mantuviera alejada del caso.

—Pero ¿no sería ella la primera en ver si algo anda mal? Eso no tiene sentido.

Sonreí. —Ahora sabes por qué estamos aquí.

—La detective Wheeler ya vino a hablar conmigo —dijo Emma.

Kate se unió a nosotras en el banco, vestida con su uniforme y el cabello recogido en el reglamentario moño apretado.

—Ella está llevando el caso. Si ya habló contigo, probablemente no la volverás a ver —dijo Kate.

—De acuerdo. Dispáren —dijo Emma.

Kate sacó su libreta. —¿Notaste algo diferente o fuera de lugar ese día en el restaurante? ¿Incluso antes de que llegara el detective Palmer?

Emma negó con la cabeza. —He estado repasando la mañana en mi mente, pero nada parecía fuera de lo normal. Tampoco vi a nadie en la cocina que no debiera estar allí.

—¿Qué hay de los clientes? ¿Alguien llamó tu atención? Incluso algo pequeño podría ser

importante —dije.

—Estábamos hasta el tope ese día. Era como si todos los turistas nos hubieran encontrado al mismo tiempo. Así que, muchas familias, algunas de las cuales empezaban a preocuparse por el tiempo y llegar a la playa antes del almuerzo, pero honestamente, nadie parecía fuera de lugar.

—Bien. Muy bien. Lo estás haciendo genial. Ahora, ¿puedes recordar al detective Palmer y al hombre que lo acompañaba? —preguntó Kate.

Emma se estremeció. —Creo que nunca olvidaré al otro hombre, ni cómo se veía tendido en el suelo.

Kate extendió la mano y apretó la de Emma. —Llevo un tiempo en esto, y te prometo que mejora. Puede que no lo olvides, pero los recuerdos se desvanecerán y reemplazarás la mayor parte con imágenes más felices. Solo dale tiempo.

Emma sonrió. —Gracias. El detective Palmer se veía igual, excepto que no llevaba traje. Es una extraña mezcla de amable y brusco, y no era diferente ayer, al menos hasta que... —Su sonrisa se desvaneció y miró hacia el río.

—Por supuesto. ¿Y qué hay del otro hombre? Su nombre era Dan Palmer, era el primo del detective —dijo Kate.

Emma pensó por un minuto. —Él estaba más tenso, especialmente para ser un sábado por la mañana. Se inclinaba hacia adelante y, aunque no hablaba en voz alta, parecía frenético. Como si algo anduviera mal, pero no quisiera que nadie en el restaurante lo escuchara.

Kate asintió y escribió en su libreta. —¿Quién llegó primero al restaurante?

—El detective, pero no se sentó hasta unos minutos antes de que llegara Dan. Como dije, estábamos hasta el tope. Esperó en el banco hasta que lo llamé.

—¿Se movió en algún momento? —pregunté.

—No que yo notara.

—¿Ni siquiera para ir al baño? ¿O salir para usar su teléfono? —preguntó Kate.

Emma se mordió el labio y cerró los ojos. Después de un momento, dijo: —Lo siento. No puedo recordarlo. Y además, pasé la mayor parte del tiempo atendiendo mis mesas, no sentando a nuevos clientes. —Hizo una pausa por un momento—. Esperen un minuto, ¿creen que él lo hizo?

—No estoy segura, pero me inclino a pensar que no. He trabajado con él durante casi un año y no parece un asesino a sangre fría —dijo Kate.

Emma me miró.

—Absolutamente no. Palmer no es un asesino. No estaría aquí si pensara que lo es.

Emma suspiró aliviada. —Bien. Odiaría pensar que mi intuición estaba equivocada. Iba a invitarlo a tomar algo, pero luego... no era el momento adecuado.

¿Emma y Palmer? Podría funcionar.

—Sí, yo le daría algo de tiempo. Tal vez la próxima vez que esté en el Biscuit sabrás que está listo para tener una cita —dije.

—No estoy segura de que volvería si mi primo muriera frente a mí —dijo Kate.

—Buen punto —concedí.

—Bien, volvamos a las preguntas. ¿Alguien se acercó a hablar con Palmer antes de que llegara Dan, o con ambos más tarde?

Los ojos de Emma se iluminaron. —Sí. Ahora que lo mencionas, una mujer se detuvo a hablar con Palmer, pero ignoró a su primo.

—¿Tienes idea de quién era? —preguntó Kate.

—Juliana. No sé su apellido, pero viene todos los sábados con sus hijos. Puedo preguntar

a los otros camareros a ver si alguien sabe su apellido.

—Eso no será necesario. Si la detective Wheeler no tiene su nombre, podemos revisar los estados de cuenta de las tarjetas de crédito y obtenerlo.

Emma asintió. —Nunca paga en efectivo, ni siquiera las propinas.

—Isabella me dice que tú le llevaste el EpiPen a Palmer. ¿Es correcto?

—Sí.

—¿De dónde lo sacaste?

—Guardamos uno en la cocina. Este es un restaurante turístico durante la mayor parte del verano, y te sorprendería cuánta gente no sabe que tiene una alergia alimentaria hasta que está de vacaciones y quiere probar algo "un poco diferente". El dueño insiste en que siempre tengamos uno a mano.

Kate escribió más en su libreta. —¿Hay algo más que creas que deberíamos saber?

—No se me ocurre nada.

—Si se te ocurre algo, quiero que me llames. No investigues nada por tu cuenta —dijo.

—Oh, iba a preguntarle a Manny, el cocinero, sobre la comida de ese día —dijo Emma.

—No lo hagas. Hacer preguntas podría ponerte en peligro. Kate y yo nos encargaremos.

Emma frunció el ceño. —Pero Isabella, ¿por qué tú? Diriges una botica. No estás con la policía también, ¿verdad?

Negué con la cabeza. —No, pero supongo que podrías considerarme una consultora informal.

—Entonces, ¿por qué tú no estás en peligro al hacer preguntas? —preguntó.

Sonreí y moví los brazos en un estereotípico golpe de karate. —¡Tengo mis movimientos, hermana! —Mi Krav Maga estaba tan oxidado que dudaba que fuera de alguna utilidad. Mi magia, por otro lado, estaba afilada como una navaja gracias al intenso entrenamiento de Jameson.

Emma puso los ojos en blanco. —Lo que sea. Prometo que llamaré si se me ocurre algo.

Emma se fue del parque, y consideramos lo que había dicho. —No hay pistas reales, pero posiblemente alguna mujer llamada Juliana. Puedo preguntarle a Palmer sobre ella —dijo Kate.

—¿Crees que ella envenenaría a su primo, recién llegado de fuera? ¿Qué motivo tendría?

Kate negó con la cabeza. —Te juro que a veces no hay forma de saberlo. La gente mata y echa a perder sus propias vidas por las razones más estúpidas.

—¿Qué sigue? —le pregunté a Kate.

—Ahora, vuelvo a mi escritorio para parecer que soy una buena oficial y no estoy investigando este caso. Tú probablemente también tengas cosas que hacer.

—Hoy no, es mi día libre.

—Qué bien. ¿Y no tienes planes?

Negué con la cabeza.

—¿Qué tal tú y yo, esta noche? Podemos ir a hablar con un amigo mío, el forense nocturno.

—Suena genial. ¿Necesitamos sobornarlo con algo? ¿Café? ¿Éclairs?

Se rio. —Trabaja con cadáveres en medio de la noche. Una visita de dos mujeres muy vivas es todo el soborno que necesita.

—Genial. No sé dónde está la morgue.

—¿Te recojo en tu casa a las diez?

—Es una cita.

—Una cita muy rara, pero vale.

Capítulo 7



Tenía el resto del día para hacer lo que quisiera. Ir de compras, dormir una siesta, ordenar mi apartamento... el mundo era mío, y decidí ir a pasar el rato con mi familia.

Caminé por la Plaza del Mercado que despertaba, saludando a la gente que conocía. Percibí un leve olor a brisa marina y sonreí. Parecía que iba a ser un buen día de playa.

En la Tarta Elegante, decidí entrar. Abby estaba en el mostrador y, cuando me vio, un destello de tristeza o angustia cruzó su rostro. Sin embargo, lo ocultó rápidamente bajo una sonrisa y un tono de voz forzosamente alegre.

—Hola, Isabella, ¿cómo estás?

Decidí ignorar las emociones que no quería que viera.

—Estoy genial. ¿Y tú?

—No está mal. ¿Puedo ofrecerte algo?

Miré el menú. El café del día era un latte de caramelo salado.

—¿Qué tal el latte especial y un éclair?

Omar salió de la cocina llevando una cesta de baguettes recién horneadas.

—¡Isabella! Ey, qué gusto verte —Se volvió hacia Abby—. Bethany quiere verte en la cocina. Yo me quedaré aquí fuera.

Abby lo miró con alivio en el rostro y luego se apresuró a entrar en la cocina.

Omar miró el pedido que Abby había marcado para mí.

—Me encargo enseguida.

Se volvió hacia la máquina de café y preguntó:

—¿Cómo va la botica? Siempre quiero pasarme a visitarte, pero ya sabes...

Definitivamente lo sabía. Trabajar de pie durante las horas punta de la mañana era agotador.

—No hay problema. Pásate un día libre y nos ponemos al día.

Me entregó mi café y el éclair.

—¿Algo más?

Le entregué un billete de diez dólares. Ya no más descuento de empleado.

—Sí. Quería hablar con Bethany un momento. Una amiga mía solicitó un trabajo y quería

darle una referencia informal.

Omar frunció el ceño por un momento.

—Iré a buscarla.

—No hace falta, puedo ir atrás.

Su ceño volvió a fruncirse.

—En realidad no. La cocina es solo para empleados —dijo, pareciendo incómodo.

Me sentí mal por él. No le gustaba tener que hacer cumplir las reglas que yo había olvidado.

—No hay problema. Esperaré hasta que pueda salir.

Me dio el cambio y llevé mi comida a una mesa junto a la ventana. Observé a la gente pasar durante solo unos minutos antes de que Bethany ocupara la silla frente a mí.

—Parece que ser propietaria de un negocio te sienta bien —dijo.

Me quedé un poco confundida.

—¿Qué?

—Te ves bien.

—Oh, gracias.

No hablé por un momento.

—¿Querías verme? —preguntó.

—¡Cierto! ¿Vino mi amiga Mina a una entrevista recientemente? Quería decirte que encajaría bien aquí.

Bethany pensó por un momento.

—¿La del pelo verde brillante?

Asentí.

—Sí. Siempre ha sido muy trabajadora y se le da bien tratar con la gente. Espero que el pelo no sea un problema.

—Aún no he decidido a quién contratar, pero la tendré en cuenta. En cuanto a su pelo, me gustó bastante. A veces pienso que me habría teñido de un rosa brillante si hubiéramos tenido estos colores cuando era mucho más joven.

—Aún podrías hacerlo, ya sabes...

Se rio.

—Oh, no. Ya estoy demasiado asentada en mis costumbres. Ahora es pelo blanco todo el tiempo para mí.

Se levantó y yo la imité.

—Un gusto verte, Isabella.

—Gracias, igualmente.

Salí de la cafetería preguntándome si estaba pasando algo allí que yo no sabía. Abby prácticamente huyó a la cocina, y la historia de Omar sobre que no se me permitía entrar allí definitivamente no era algo que le hubiera dicho a cualquier otro ex empleado. Me dolía que Abby no quisiera hablar conmigo, pero no había nada que pudiera hacer al respecto hasta que ella estuviera lista para hablar. Me encogí de hombros y di un sorbo de café. Tenía demasiadas otras cosas en las que pensar hoy.



Subí por el camino de entrada a la Casa Proctor y oí gritos que venían de la ventana abierta de la cocina. Por supuesto que podía oír a la abuela, pero ¿quién era la otra mujer? No era ninguna de las tías. Me acerqué sigilosamente a la ventana y eché un vistazo, esperando que nadie me viera. ¡Era Eunice! Agaché la cabeza para que no pudieran verme.

—Solo digo que no creo que esté lista para la responsabilidad. Los amuletos normalmente no se entregan a niños —dijo Eunice.

La abuela me defendió.

—Es joven, pero no es una niña. Ella y sus primos ya han tenido suficiente tragedia en sus vidas. Está lista para llevarlo.

Así que era la tragedia en mi vida lo que me hacía estar lista para el amuleto. No mis habilidades naturales o el hecho de que ya lo había usado una vez para atrapar con éxito a un asesino.

—No ha tenido el tiempo habitual de adoctrinamiento. Beatrice planeaba pasar otro año preparándola. Un año entero. ¿De verdad crees que puede simplemente entrar ahora sin tiempo para practicar? —preguntó Eunice.

Mis ojos se abrieron de par en par. ¿Me estaba perdiendo un año entero de entrenamiento? Y por qué parecía que el entrenamiento ocupaba la mitad de mi vida... desde que era muy pequeña, el entrenamiento siempre fue importante y tenía prioridad sobre casi todo lo demás, incluso a veces sobre el trabajo escolar.

—¿No es para eso el gato? —preguntó la abuela.

—Jameson es viejo. Debería estar entrenando a su propio reemplazo, no usando las últimas de sus energías en una joven bruja que, sin ser culpa suya, no sabe lo que está haciendo.

Un momento. ¿Quién dijo que no sé lo que estoy haciendo? Acabo de abrir una lata de comida para gatos sin usar las manos.

Oh. Me di cuenta. Eso no fue gran cosa, y Jameson todavía me tenía trabajando en hechizos muy pequeños. De hecho, la mayoría de las cosas en las que me estaba entrenando ni siquiera requerían el amuleto. Se me revolvió el estómago. Todavía estaba apenas comenzando, y había mucho más por aprender.

—¿Y quién más va a entrenarla? ¿Tú? Sabes que eres demasiado vieja para el trabajo —dijo la abuela.

Eunice suspiró.

—Eso es lo que estoy diciendo, Esther. El amuleto necesita volver a la hermandad. No hay manera de que esté lista a tiempo.

—Parece que ya has tomado tu decisión. ¿Por qué te molestas en decírmelo?

—Porque tú puedes decírselo con más delicadeza que yo. Puedes explicarle que es por el bien de la hermandad —dijo Eunice.

—Oh, ya veo. Quieres que yo reciba el golpe de tu decisión. No me importan dos centavos tu hermandad, y de ninguna manera me vas a usar para suavizar el golpe.

Sonreí. Eunice definitivamente no conocía bien a la abuela. Si lo hiciera, sabría que la abuela era más del tipo de mujer que "arranca la tirita rápido".

—¿Por qué no le preguntamos qué piensa ella? Isabella, puedes dejar de escuchar en la ventana y entrar ahora —dijo la abuela.

¡Rayos! Pensé que había sido sigilosa y que no me habían oído.

Entré en la cocina. Empezaba a sentirme enojada.

—¿Planeando mi futuro sin mí?

—Intentando no hacerlo —dijo la abuela—. Pero ella cree que necesitas renunciar al amuleto.

El amuleto no estaba de acuerdo. Se volvió pesado y cálido contra mi piel.

—¿Puede hacer eso? —pregunté.

Eunice suspiró.

—No puedo quitártelo, pero puedes entregarlo voluntariamente. Eso es lo que quería que Esther te convenciera de hacer.

Negué con la cabeza.

—No. Y no creo que el amuleto quiera...

Sin previo aviso, Eunice me lanzó un hechizo y me clavó en el techo de la cocina. Mantuvo su mano extendida, evitando que cayera al suelo.

—¿Ves? —dijo.

La cara de la abuela se puso roja.

—Bájala, suavemente, ahora mismo.

Nunca había escuchado este tipo de enojo venir de la abuela antes, y me alegré de que no estuviera dirigido hacia mí.

Eunice palideció.

—No. Todavía no. Veamos si puede defenderse sola.

Genial. Ahora estaba aquí arriba hasta que descubriera mi propia manera de bajar.

Mi madre entró corriendo.

—¿Escuché gritar a una de las chicas?

La abuela movió sus ojos hacia mí.

Mi madre miró hacia arriba e instantáneamente me lanzó un hechizo, manteniéndome pegada al techo. Genial. Ahora estaba doblemente atrapada.

—Suéltala —dijo mi madre, mirando directamente a Eunice.

Eunice suspiró.

—La chica no está lista para el amuleto. Ni siquiera vio venir el hechizo. Esto solo prueba mi punto de que necesita entregar el amuleto a la hermandad y dejarnos elegir a una bruja mayor y más experimentada para llevarlo. Tal vez en treinta años esté lista, pero no lo está ahora.

—Suéltala —repitió mi madre.

Me sentí mucho más segura, sabiendo que mi madre también me estaba sosteniendo, de modo que si Eunice decidía soltarme, no aterrizaría de cara contra el suelo. Pero necesitaba poner fin a esto. Si podía liberarme del hechizo, podría demostrar que Eunice estaba equivocada. Tanteé con mis sentidos, tratando de descifrar su hechizo. No había tenido mucha práctica con esto, particularmente porque yo era una bruja de pociones. Dame una combinación de casi cualquier cosa, y te podría haber dicho qué contenía, pero ¿desentrañar un hechizo? Definitivamente no era mi fuerte.

Cerré los ojos y tanteé a mi alrededor, tratando al menos de encontrar los bordes del hechizo. Primero, necesitaba distinguir los dos hechizos que me mantenían en el aire. El hechizo de Eunice estaba apretado a mi alrededor, como spandex, mientras que el de mi madre era mucho más suelto, como una hamaca que me impedía caer.

Tiré del hechizo de Eunice con mi mente. Se estiró, pero luego volvió a su lugar. Pensé en lo que Jameson me había enseñado últimamente y me di cuenta de que sabía exactamente qué usar. Formé el cuchillo hecho de aire que había usado para abrir la lata de comida para gatos de Jameson y tracé alrededor de los bordes del hechizo de Eunice. Gracias al entrenamiento de Jameson, no necesité usar más que el más mínimo movimiento de mi dedo. Alrededor de un

tercio de mi cuerpo, pude sentir que el agarre de Eunice cedía. La miré y vi que estaba usando toda su concentración para tratar de evitar que el hechizo se desgarrara más. Continué cortando los bordes del hechizo. A la mitad, cedió, y caí dos pulgadas en el hechizo de mi madre. También corté el suyo y levité, finalmente posándome en el suelo, primero los pies.

Sonreí triunfante.

Eunice frunció el ceño.

—Te tomó bastante tiempo. Si hubieras estado bajo ataque, habrías muerto inmediatamente. El hecho de que finalmente hayas descubierto qué hacer no significa que estés lista para cualquier cosa.

Quería negar lo que dijo, pero no pude. Claro, si alguien decidiera volver a hacerse el Spider-Man conmigo y pegarme al techo, sabría qué hacer, pero ¿qué pasaría si el próximo ataque fuera algo totalmente diferente? ¿Qué pasaría si no pudiera descubrir qué hacer a tiempo? ¿Qué pasaría si no estuviera lista y me robaran el amuleto? Mis rodillas temblaron y me agarré de una silla.

—Siéntate —dijo mi madre con suavidad.

Tomé un largo sorbo de mi café e intenté calmarme. No me había gustado nada ese último pensamiento. ¿Y si me robaban el amuleto porque era demasiado débil para protegerlo?

Mi madre avanzó hacia Eunice.

—¡Podrías haberla matado! Podría haberse caído y roto la espalda, aterrizando mitad en la mesa y mitad en el suelo.

¡Guau! Normalmente pensaba en mi madre como alguien bastante tranquila, pero ahí estaba, avanzando ferozmente hacia una mujer con el doble de su edad y fuerza mágica como si no tuviera nada que perder.

La abuela puso una mano en su hombro.

—Pero no lo hizo. Ambas estábamos ahí, listas para atrapar a Isabella si lo necesitábamos. Nunca estuvo en peligro.

Seguro que no se sintió así para mí.

Mi madre señaló la puerta. —Escapó de tu hechizo, ahora creo que deberías irte. Ella no entregará el amuleto a la hermandad. El amuleto, y su antigua dueña, la eligieron a ella. No tienes que aceptarlo, pero te sugiero que hagas las paces con ello, porque así es como va a ser.

Eunice miró lentamente de la abuela a mi madre y luego a mí. —Esto va a terminar en lágrimas. Solo quería evitarle eso a tu familia.

Después de que se fue, mi madre comenzó a temblar.

Aparté la silla a mi lado de la mesa. —Siéntate. Te haré un té —dije.

—Yo haré el té —dijo la abuela. Sacó una taza del armario y le sirvió whisky. —Toma. Bebe esto.

Mi madre bebió la mitad de un sorbo.

—Así que es una mañana de beber temprano —comenté.

Mi madre presionó sus manos sobre la mesa para detener el temblor. —No estoy segura. ¿Qué fue eso?

La abuela se sentó, sin necesidad de té. —Está preocupada por el amuleto.

—¿Es una amenaza para Isabella? —preguntó mi madre.

La abuela negó con la cabeza. —No. Ha dedicado su vida a la hermandad y no quiere verla dañada por alguien que cree que no está lista para la responsabilidad.

La abuela tenía razón. No había sentido ninguna amenaza, y su hechizo no pretendía

hacerme daño, solo avergonzarme. —No quería lastimarme.

—No me importan sus intenciones. No la quiero cerca de ti ni del resto de la familia —dijo mi madre.

Puse mi mano sobre la suya. —Estoy bien. No pasó nada malo. No va a empezar a perseguirme en callejones oscuros.

Mi madre terminó su "té" y se secó los ojos. —Tienes razón, no lo hará. Me pondré a trabajar en un escudo que mantenga específicamente alejada a Eunice.

—Michelle —dijo la abuela suavemente—, no puedes hacer eso.

—Por supuesto que puedo. Esa mujer es peligrosa.

—No, no lo es. ¿Y si Isabella necesita su ayuda? Si pones escudos sobre ella, entonces Eunice no podrá ayudar.

Mi madre frunció el ceño. —Pero tengo que hacer algo. Es mi hija.

La abuela le sonrió. ¡Sonrió! Solo una pequeña sonrisa, pero aun así, ¿qué estaba pasando aquí? —Es tu hija adulta que, a pesar de nuestros mejores esfuerzos, ha decidido vivir sola y seguir su propio camino. Sabes que tienes que permitirselo. Tendrá que cometer sus propios errores, de una manera que tú nunca tuviste que hacerlo. Mirando a Isabella, me pregunto si debería haber hecho que tú y tus primas se mudaran en sus veinte. Podría haber sido mejor para ustedes.

Espera un momento. ¿La abuela acababa de revertir toda su postura sobre nuestra familia viviendo juntos por seguridad? ¿Era posible que nunca más tuviera que escuchar otro comentario sobre mudarme de vuelta a casa?

Le di un apretón a la mano de mi madre. —Prometo que tendré cuidado. Y empezaré a llevar a Jameson conmigo a donde vaya. Él no deja que nada se le escape.

Ella me apretó la mano de vuelta. —Promete que empezarás a usar hechizos defensivos cada vez que salgas de casa. No puede hacer daño tener un poco de protección extra.

Odiaba cómo me hacía sentir eso. —¿Crees que lo necesito todos los días? Es decir, dudo que Eunice venga tras de mí otra vez, no ahora que escapé de su trampa.

Hablamos un poco más, tratando de calmar a mi madre. Una vez que dejó de temblar y se hizo un té de verdad, decidí que estaba bien que me fuera. Usé mis sentidos para buscar peligro afuera, pero no sentí nada. Bueno, no nada, porque había un pájaro carpintero en el castaño al final del camino de entrada, pero nada inmediatamente peligroso. El árbol era viejo y ya estaba siendo sostenido con cables de alta resistencia. En algún momento sus ramas comenzarían a caerse, pero no hoy. —Me voy a casa ahora. Entreno con Jameson todas las noches, pero prometo que entrenaré más duro ahora.

—Pídele que te enseñe a usar el amuleto para defensa. Tal vez pueda advertirte.

Besé a mi madre en la cabeza. —Lo haré.

No dejé que mi madre y mi abuela vieran lo afectada que estaba por las acusaciones de Eunice, pero necesitaba hablar con Jameson sobre ellas. Usé el tiempo que me tomó caminar a casa para formular algunas preguntas para él.

—Jameson, ya llegué —anuncié al entrar en mi apartamento.

Salió caminando de su habitación. —Es temprano. ¿Por qué estás en casa ahora?

Me senté en el sofá y suspiré. —Eunice me pegó al techo como prueba de que no estaba lista para el amuleto o la hermandad y luego le dijo a mi madre y a mi abuela que debería renunciar a él.

Jameson se rió.

—Tal vez reírte de la mujer que te alimenta no sea tu mejor plan —le advertí.

Se detuvo. —Lo siento. Pero de todas las formas...

—¿Pero tiene razón? ¿Estoy lista?

Saltó a mi regazo. —Por supuesto que no estás lista. Solo has tenido el amuleto por un par de meses. Todavía estamos entrenando. ¿Escapaste de su trampa?

Asentí. —Usé el hechizo abrelatas.

Jameson ronroneó en aprobación.

—Hizo que sonara como si otras brujas mayores que lo llevaron estuvieran listas para usarlo de inmediato. —Me detuve por un momento y me mordí el labio—. Y que yo ya estaba tardando demasiado en entrenar con él.

Jameson dejó escapar un pequeño silbido. —Sí, eres nueva en todo esto. Ella también fue nueva una vez, y no muy buena. Escapaste de su hechizo, lo cual es más de lo que ella hizo la primera vez que otra bruja la desafió.

—¿Qué pasó? —pregunté, ansiosa por el chisme.

—Yo no estaba allí, pero ella consiguió su amuleto en sus treinta. Era ama de casa entonces, como la mayoría de las mujeres después de la guerra. Una bruja mayor pensó que no estaba lista y le lanzó un hechizo. Necesitó pedir ayuda para quitarse el hechizo.

Mis ojos se abrieron. Eunice prácticamente chisporroteaba de poder cuando quería. —¿Cuál era el hechizo?

—Su piel se volvió verde. Nunca le dijo a su esposo que era una bruja, así que solo tenía hasta que él llegara a casa para volver su piel al color correcto. Intentó todo lo que se le ocurrió, pero finalmente tuvo que pedir ayuda. Su tía removió el hechizo y nunca la dejó olvidar que necesitó ayuda. Desde entonces, Eunice ha desafiado a cada joven portadora de amuleto que conoce.

—¿Así que su desafío no era sobre mí?

—Le habría hecho esto a cualquiera que obtuviera el amuleto. El hecho de que hayas salido rápidamente me muestra que lo estás haciendo muy bien.

Capítulo 8



Me levanté del sofá con esfuerzo para dejar entrar a Kate a mi apartamento.

—¡Vaya, tienes un aspecto terrible! —dijo mientras cruzaba la puerta. Ni siquiera había tenido tiempo de verme bien.

—Gracias. También me alegro de verte —respondí. Ella, por otro lado, parecía recién salida de una revista. Cuando no llevaba el uniforme, su estilo era impecable, y dejaba su largo cabello castaño suelto, libre del restrictivo moño. La miré más de cerca. También llevaba maquillaje. Solo delineador y brillo labial, pero el efecto la transformaba de seria oficial de policía a joven mujer—. Podrías trabajar de incógnito con ese aspecto. Nadie pensaría que eres policía.

Se sonrojó.

—Gracias. No quería decir que te ves mal, es solo que pareces haber tenido un día difícil a pesar de que sabía que era tu día libre. ¿Demasiados recados? —preguntó.

Deseaba poder contarle sobre el resto de mi día, pero no creía que estuviera lista para escuchar sobre una anciana haciendo un Peter Parker y pegándome al techo, o cómo usé un hechizo que mi gato me enseñó para salir de ahí.

—Cosas de familia —dije y luego me di cuenta de que ella probablemente estaría feliz de tener problemas familiares. Me sentí como un idiota—. Lo siento. No quiero quejarme.

Kate me sonrió.

—Está bien. Ya he superado la mayor parte del dolor. Me alegro por mis amigos que pueden quejarse cuando sus familias les molestan.

Los padres de Kate habían muerto en una invasión a su hogar cuando era niña, y yo intentaba ser más sensible con su pasado. Sin embargo, acababa de meter la pata quejándome de mi familia.

—Parece que necesitas distraerte de lo que sea que haya pasado. ¿Qué tal un cadáver? Eso siempre me ayuda a poner la vida en perspectiva.

Puse los ojos en blanco.

—Déjame ponerme los zapatos.

El MINI Cooper rojo de Kate nos esperaba afuera. Le había pintado manchas negras y lo

llamaba su mariquita. Algunos podrían llamarlo femenino, pero yo no lo haría estando ella cerca.

—¿Dónde está el forense? —pregunté.

Se detuvo en un semáforo en rojo.

—Trabaja en el sótano del hospital.

Entramos al estacionamiento del Hospital Regional de Portsmouth. Kate me guió hacia las puertas de la sala de emergencias, las únicas abiertas a estas horas de la noche. Mostró su placa y le dijo a la enfermera a dónde íbamos.

Tomamos el ascensor hacia el sótano. ¿Por qué siempre las cosas espeluznantes están en los sótanos?

La campana del ascensor sonó y las puertas se abrieron. Durante el trayecto, me había preparado mentalmente para ver cuerpos en medio de sus autopsias, pero la puerta se abrió a una agradable sala de espera. Seis sillas tapizadas se alineaban en la pared opuesta al ascensor, y a la izquierda había un escritorio de recepción con teléfono y computadora. Solté un suspiro de alivio.

—¿Estás bien? —preguntó Kate.

Había visto más cadáveres que la mayoría de las mujeres de mi edad, pero dudaba que alguna vez me acostumbrara.

—Sí. Esperaba algo un poco más espeluznante.

—Nah. Cualquiera puede llegar hasta aquí, y no podemos tener gente tropezando con los cadáveres, posiblemente contaminando la evidencia. O peor aún, desmayándose cuando se den cuenta de que no van a encontrar la tienda de regalos aquí abajo.

—Entonces, ¿cómo entramos?

Señaló un timbre.

—Tocamos el timbre y Max sale. Hablaremos, y si necesitamos ver el cuerpo, nos llevará atrás —se rio—. ¿Pensaste que iba a sorprenderte con un cadáver así sin más?

Asentí.

—Me gustan las bromas prácticas, pero eso es demasiado macabro, incluso para mí.

Kate tocó el timbre, y un momento después un hombre muy alto con un uniforme impecable salió a recibirnos. Sonrió al ver a Kate.

—Oficial Stanton, no la esperaba esta noche.

—Excursión de último momento. Me gustaría presentarle a mi amiga Isabella Proctor.

Extendí mi mano.

—Encantada de conocerlo.

Estrechó mi mano.

—Max Hathaway, forense de la ciudad —me miró detenidamente y frunció el ceño—. ¿Está usted con la policía?

¿Cómo explicarlo?

—No oficialmente. Pero he consultado en varios casos para el Detective Palmer —"Varios" podría ser exagerar, pero quería sonar como si supiera lo que estaba haciendo.

Miró a Kate.

—Ya veo. ¿Qué puedo hacer por ustedes esta noche?

Antes de que Kate pudiera preguntarle algo, dijo:

—No puedo llevar a personas no autorizadas a la morgue. Me metería en muchos problemas si alguien se enterara.

—Por supuesto que no —lo tranquilicé—. Nunca querríamos que hiciera algo que no debe.

Se relajó un poco.

—Podemos ir a mi oficina, sin embargo.

Lo seguimos pasando el escritorio de la recepcionista, por un corto pasillo hasta una puerta con la etiqueta "Dr. Max Hathaway". Abrió la puerta y nos invitó a entrar. La oficina tenía el escritorio habitual, sillas para visitantes y archiveros, pero también tenía una cinta de correr, un pequeño televisor y un refrigerador del tamaño de un dormitorio. Todo lo que necesitaba era una cama y nunca tendría que irse.

—¿Cinta de correr? —pregunté sin pensar.

—Portsmouth no es exactamente la capital del asesinato del país, así que me gusta hacer ejercicio cuando tengo algo de tiempo libre —dijo.

—¿Ha tenido oportunidad de examinar a Dan Palmer? —preguntó Kate.

—Como dije, no es la morgue más ocupada, así que sí. He terminado su examen.

—¿Puede decirnos si la anafilaxia fue la causa de la muerte y, de ser así, qué la causó?

—Sí, lo fue. Y fue un caso grave. No tenía nada en el estómago más que agua que había sido mezclada con tropomiosina.

—¿Y eso es un veneno? —preguntó Kate.

—No. Es la proteína a la que generalmente reaccionan las personas alérgicas a los mariscos. Alguien vertió tropomiosina en su agua y lo mató con ella. Pero a todos los efectos, para Dan Palmer, fue un veneno.

Kate frunció el ceño. —Eso es problemático. Los testigos, incluida Isabella, dicen que nadie se acercó a su agua una vez que llegó a la mesa. La elección del restaurante no era muy conocida, y no parece que el personal conociera a la víctima.

La detective Wheeler había estado ocupada hoy, si ya se había descartado a todo el personal del restaurante. —¿Estás segura? ¿Podría haber comido algo antes, o alguien habría manipulado algún medicamento que pudiera haber tomado? ¿Marcas de punción?

Max negó con la cabeza. —Lo siento, no. La proteína estaba en el agua —sacó un bolígrafo de su cajón y comenzó a escribir una nota—. Le pediré a Amanda que busque marcas de punción. Podría aparecer algo una vez que el cuerpo deje de reaccionar a la tropomiosina.

—¿Amanda? —pregunté.

—Ella trabaja de día. Es mejor consolando a los afligidos que yo.

—¿Hay algo más que puedas decirnos sobre su muerte? —preguntó Kate.

Max se recostó y pensó por un minuto. —No sobre la muerte, pero tengo algunas ideas sobre el asesino. El asesino debía conocer a la víctima para saber a qué era alérgico. El asesino también estaba enojado con la víctima. Esta es una forma aterradora de morir, y se necesita cierta insensibilidad o ira para dejar que alguien sufra en lugar de usar un método más rápido.

Kate se puso de pie. Max y yo la seguimos. —Gracias, Max. No estoy oficialmente en el caso, así que, ¿podrías quizás olvidar que estuvimos aquí?

Max le sonrió radiante. —¿Olvidar qué? No he visto a nadie esta noche.

Salimos de su oficina, pero Max se quedó atrás. En el ascensor, dije: —Le gustas a Max.

Kate puso los ojos en blanco. —Lo sé.

—Parece un buen tipo. No es espeluznante a pesar de su trabajo. Deberías invitarlo a salir.

Ella frunció el ceño. —Él es médico y yo soy una policía novata. ¿Qué podría encontrar interesante en mí?

La campana del ascensor sonó y salimos al departamento de emergencias. —¿Ha visto tu

coche? No eres como los demás, Kate, y a la gente le gusta eso.

Se sonrojó. Vaya, realmente era inocente para ser policía. —A menos que no sea tu tipo, entonces ignórame. No sé lo que estoy diciendo.

Kate miró su teléfono. —¿Quieres ver qué ha averiguado Wheeler hoy?

—Por supuesto. Pero, ¿cómo?

—Wheeler está trabajando con un amigo mío que, de vez en cuando, puede olvidarse de cerrar los archivos del caso. El turno de noche principalmente se queda patrullando, así que la estación debería estar casi vacía, y Wheeler definitivamente ya se ha ido a casa con su hijo a estas alturas.



Kate y yo entramos a la estación por la puerta trasera. Estaba tranquilo y la mitad de las luces estaban apagadas. Nuestros pasos resonaban por el pasillo hasta que llegamos a la sala de la brigada. Kate empujó la puerta y buscó el interruptor de la luz. No había nadie en sus escritorios. Tomó un archivo de un escritorio y continuó hacia el suyo.

Su escritorio no tenía nada más que su placa con el nombre. —Un poco desolado, ¿no? —pregunté.

Ella desbloqueó sus cajones y dijo: —Guardo todo aquí dentro. La mayoría de la gente piensa que a la novata no le importa si 'toman prestadas' sus cosas. A mí sí me importa. No puedo estar buscando constantemente mi grapadora, o peor aún, comprando una nueva cada semana —abrió la carpeta etiquetada "Palmer, Dan" y extendió los papeles en orden—. Tenemos que mantener las páginas en el orden correcto, así que no las muevas.

Esto me puso nervioso. ¿Y si nos atrapaban? Realmente no quería que ella se metiera en problemas. —De acuerdo. Pero, ¿no sería mejor simplemente mirarlos en la carpeta?

—Me gusta verlos todos a la vez; es más fácil establecer conexiones de esa manera.

Empezamos a revisar el archivo del caso. Leí la lista de sospechosos y encontré a la mujer que había hablado con Palmer. Juliana Gibbons. Tomé una foto de la página y pasé a la siguiente, el informe sobre el vaso de agua. Max no había omitido nada cuando hablamos con él. No había huellas dactilares más que las de la víctima y la camarera, ni otras sustancias en el vaso además de agua y tropomiosina. No había veneno en nada más en la mesa, ni en la mesa misma.

—¡Ajá! —dijo Kate.

Me volví para mirar la página que estaba leyendo. Era la verificación de antecedentes de Dan Palmer.

—¿Qué? —pregunté.

—No es necesariamente un buen tipo.

—¿Por qué dices eso?

—No tiene trabajo, pero aun así tiene dinero. Palmer no parece venir de una familia adinerada, y dudo que su primo tampoco.

—¿Y?

Kate me miró como si fuera estúpido. —Tiene que obtener el dinero de alguna parte. Si no tiene un trabajo por el que pueda pagar impuestos, entonces tiene uno ilegal que no puede declarar.

La comprensión me golpeó. —Ohhhh... No había pensado en eso —creía que estaba

mejorando mucho en la investigación y luego me topé con algo que me hizo sentir que estaba completamente fuera de mi elemento.

—Así que trabaja con gente muy turbia, y tal vez uno de ellos quería matarlo.

—Podemos investigar eso mañana —sugerí.

—No. Eso es algo que dejamos que Wheeler y su equipo investiguen. Sin ofender, pero no eres el respaldo que quiero llevar cuando vaya a entrevistar a los malos.

Sonreí. —Comprensible —pero no siempre sería así. Decidí concentrarme más en lanzar mis hechizos rápidamente, antes de que alguien pudiera contrarrestarlos. Entonces sería genial para llevar a situaciones peligrosas.

Pasamos otros diez minutos revisando el archivo, y tomé fotos de cada página. —Entonces, ¿cuál es el plan para mañana?

Kate empezó a poner los papeles de vuelta en el archivo, en orden. —Si yo fuera Wheeler, comenzaría con las pistas más prometedoras, así que nosotros tomaremos las menos prometedoras.

—¿Cuál es esa? —pregunté, honestamente sin tener idea.

—Juliana Gibbons. Estaba allí, pero estaba llamando demasiado la atención, coqueteando con Palmer, como para estar también asesinando a su primo.

Capítulo 9



Lo bueno de no abrir mi tienda hasta las diez de la mañana era que Kate y yo podíamos dedicar un rato a husmear temprano.

Esta mañana íbamos a sentarnos frente a la casa de Juliana Gibbons, solo para ver qué podíamos averiguar. Kate pasó a recogerme, esta vez en un coche patrulla sin identificar en lugar de su mariquita. Me dio un poco de pena dejar el rayo de sol matutino en el que estaba de pie por su coche con aire acondicionado. Kate trajo café y pasteles daneses de la Fancy Tart y me entregó uno de cada cuando subí al coche.

—Eres mi salvación. Gracias —dije.

—Es lo mínimo que puedo hacer. Estás invirtiendo muchas horas en esto, y no es como si pudiera presentar un informe de gastos por tu tiempo.

Eso era cierto. Si Palmer se enteraba de que cualquiera de nosotras estaba investigando, se enfadaría. Pero si Wheeler descubría que estábamos investigando cuando ella lo había prohibido específicamente, Kate podría perder su trabajo.

—Anoche investigué un poco más sobre la señora Gibbons y encontré algunas conexiones interesantes —dijo Kate.

—¿Mmm? —murmuré con la boca llena de un delicioso pain au chocolat.

—Su padre era como el primo de Palmer, sin un empleo tradicional, y el padre de Palmer fue el policía que finalmente lo arrestó. El padre de Juliana murió en prisión.

Fruncí el ceño.

—El expediente decía que ella estaba coqueteando con él en el restaurante. ¿Por qué haría eso?

—Ni idea. Podría haber un millón de razones, por eso estamos dedicando todo el tiempo posible a vigilarla. Tal vez veamos algo.

Nos llevó a un barrio de casas pequeñas y bien cuidadas y aparcó en la calle.

—Estamos vigilando el número quince.

Estábamos aparcadas frente al número doce, con una buena vista de la puerta principal y el garaje para un coche del número quince.

Kate dio un sorbo a su café, echó el asiento hacia atrás y se puso cómoda.

—Tal vez su padre no era una buena persona y ella estaba mejor con él en la cárcel — dije.

—¿Qué?

—Estoy intentando entender por qué fue tan amable con Palmer. Quizás estaba contenta de que su padre no estuviera.

Kate negó con la cabeza.

—No es probable. Era muy joven, tenía siete años.

—Entonces, ¿cuál es tu teoría? —pregunté.

—No tengo ninguna. Voy a necesitar muchas más pruebas antes de poder hacerme una idea de sus motivaciones. Las personas pueden ser complicadas, y a veces ni siquiera ellas entienden las razones de sus acciones. Mientras estamos aquí, hablemos sobre el Crispy Biscuit ese día.

Di un sorbo a mi café.

—De acuerdo.

—¿Cuándo fue la primera vez que notaste a Juliana y sus hijos en el desayuno?

Cerré los ojos y pensé en aquella mañana.

—La vi llevar a sus hijos al baño, más o menos cuando yo estaba pidiendo mi comida — dije.

—¿Te pareció algo extraño?

Negué con la cabeza.

—No realmente. Quiero decir, llevaba mucho maquillaje para un desayuno de sábado por la mañana, pero hay gente así.

—¿Parecía molesta con los niños, nerviosa? ¿Algo así?

—No. Era como prácticamente todas las madres que quieren que sus hijos se laven antes de comer. Ni siquiera me habría fijado en ella, excepto porque uno de los niños chocó con Emma.

—¿Cuánto tiempo estuvieron en el baño?

—Ni idea. No los vi volver. Para entonces estaba demasiado ocupada poniéndome al día con Mina como para prestar atención.

—Vale. ¿Viste si hablaba con Palmer en algún momento?

—No. Yo estaba mirando hacia el otro lado. Podrías preguntarle a Mina, ella sí estaba mirando en esa dirección.

—De acuerdo, ¿algo más sobre Juliana?

—Una vez que Dan estuvo en el suelo, sacó rápidamente a sus hijos del restaurante, pero es comprensible. Nadie quiere que sus hijos vean ese tipo de cosas.

La puerta principal de Juliana se abrió y dos niños corrieron hacia el garaje. Los tres abrieron la puerta del garaje y entraron.

Me encogí en mi asiento de modo que mi cabeza apenas sobresalía por encima del salpicadero.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Kate.

—Intentando que no me vean.

Se rio de mí.

—Sí, porque no pareces nada sospechosa agachada así. No pasa nada si te sientas normal. Juliana pasó junto a nosotras, con sus dos hijos en el asiento trasero.

—Probablemente los esté llevando al colegio.

Tuve un arrebato de no sé qué. ¿Valentía? ¿Estupidez?

—Quiero mirar por sus ventanas.

Kate se mordió el labio.

—No es buena idea.

Sonreí.

—He oído peores. Solo echaré un vistazo rápido y volveré enseguida.

—Dos minutos. Si me oyes tocar el claxon, tienes que salir de allí inmediatamente, porque significa que un vecino ha llamado para denunciarte.

—De acuerdo. Dos minutos.

Salí del coche y caminé hacia su puerta, con toda la naturalidad del mundo. Llamé a la puerta, fingiendo frustración cuando no respondió. Volví a llamar antes de dirigirme al lateral de la casa. El garaje tenía el desorden habitual: dos bicicletas pequeñas, algunas herramientas y palas para la nieve.

Miré por las ventanas mientras caminaba hacia la parte trasera de la casa. Incluso llamé a una ventana y la llamé por su nombre, pensando que eso disiparía las sospechas de los vecinos. Por supuesto que se suponía que yo debía estar allí, conocía su nombre. Su sala de estar era pequeña y ordenada, con un sofá de dos plazas y un sillón tapizado de gran tamaño frente al viejo televisor que no era de pantalla plana, un baúl de madera que hacía las veces de mesa de centro y una alfombra.

Al pasar a la cocina, me di cuenta de que aquí era donde pasaba más tiempo con los niños. Había platos sucios del desayuno en el fregadero y una cesta de ropa en la mesa de la cocina, a medio doblar. Probé la puerta y estaba abierta.

¿Se considera allanamiento si la puerta está abierta?

Abrí la puerta y comencé a hablar como si ella estuviera allí.

—¿No me oíste llamar? —pregunté a la habitación vacía.

No tenía idea si estaba engañando a los vecinos, pero bueno, una chica podía intentarlo.

Limpié mis huellas del pomo exterior y cerré la puerta con el pie. Me hice una nota mental de empezar a llevar guantes de látex conmigo. Me hice otra nota mental de dejar de pensar como una criminal.

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho mientras caminaba rápidamente hacia el lado de la casa que aún no había visto por las ventanas. Primero, el baño. Me cubrí la mano derecha con la manga y abrí el botiquín. No había nada fuera de lo común en él. El frasco casi vacío de Tums me indicó que sufría de acidez estomacal, pero poco más de interés. La siguiente habitación era su dormitorio.

Abrí el cajón de su mesita de noche y encontré un paquete de cigarrillos. Un libro de la biblioteca, *The Sunday Girl* de Pip Drysdale, estaba junto a la lámpara blanca de mesa.

¿Cuánto tiempo llevaba aquí? Sentía que necesitaba apresurarme por el resto de la habitación. Sobre la cómoda había una foto de boda de ella y, presumiblemente, el señor Gibbons, una vela aromática a medio consumir y un pequeño kit de limpieza de armas. No tenía tiempo de revisar sus cajones, así que me conformé con abrir su armario.

¡Bingo!

Un bingo muy perturbador.

Pegadas en el interior de la puerta del armario había varias fotos de Palmer, cada una con lo que parecían agujeros de cigarrillo quemados en su rostro. Había anotado su horario de los últimos tres meses y había marcado con un círculo el desayuno de los sábados en el Crispy Biscuit cada semana. No había sido un accidente que estuviera allí. En la parte superior de la

puerta había otra foto de un hombre de mediana edad rodeada de corazones de papel. ¿Su padre? Saqué mi teléfono para tomar fotos cuando sonó. El tono de llamada me sobresaltó y dejé caer el teléfono en el armario.

Lo encontré entre los zapatos de Juliana.

—¿Hola? —susurré.

—¿No me oíste tocar la bocina? —dijo Kate—. No importa. Acaba de llegar. Sal de ahí.

¡Escobas! Colgué, tomé dos fotos rápidas del interior de la puerta y la cerré. Miré frenéticamente alrededor buscando un lugar para esconderme, pero la habitación estaba demasiado escasamente decorada. ¿Debajo de la cama? Podía, pero entonces quedaría atrapada allí hasta que ella volviera a salir.

¿Qué estaba haciendo? No necesitaba entrar en pánico. Invoqué el hechizo de invisibilidad más fuerte que conocía y lo lancé sobre mí. Ahora solo tenía que llegar a la puerta trasera antes de que ella entrara por la delantera. Salí del dormitorio y estaba a punto de correr hacia la cocina cuando no pude recordar si la puerta del dormitorio estaba cerrada o no cuando llegué. Me volví para mirarla. ¿Cerrada? ¿No cerrada? La puerta principal se abrió y tuve que dejar la puerta como estaba. Juliana se dio la vuelta para cerrar la puerta.

Caminé lentamente hacia la cocina, prestando atención a dónde ponía los pies. Podría salir de aquí a salvo si simplemente no hacía ningún ruido. Ella pasó junto a mí hacia la cocina y puso una taza de viaje en el fregadero con los platos sucios. No me moví hasta que pasó junto a mí de nuevo para dejar su bolso en su dormitorio. Tan pronto como llegó a su puerta, caminé lo más rápido que pude hacia la puerta de la cocina.

—¿Hola? —llamó ella.

¡Murciélagos! ¿Había hecho ruido al moverme? Me pegué al costado del refrigerador y me quedé inmóvil. Estaba tan cerca de la puerta y la libertad. Entonces me golpeó otro pensamiento. No había silenciado mi teléfono. Si Kate me llamaba de nuevo, Juliana no necesitaría verme para saber dónde estaba. Tenía que salir de allí. Mientras sostenía el teléfono era invisible, pero mis manos temblaban tanto que temía dejarlo caer de nuevo y que se volviera visible.

Contuve mi pánico e intenté ver la situación con calma. Era una bruja, era invisible. Si tenía paciencia, podría salir de aquí a salvo.

Juliana volvió a la cocina y comenzó a guardar los platos limpios del lavavajillas. Mientras maniobraba una gran fuente para guardarla en su lugar encima del refrigerador, se acercó a dos centímetros de mí. Me mordí el labio y contuve la respiración. El próximo hechizo que debía aprender tenía que ser el de ocultamiento.

Rápidamente cargó los platos sucios del desayuno en el lavavajillas, luego me dio la espalda y terminó de doblar la ropa en la mesa. Dulce Brigid, ¿nunca saldría de la cocina?

Finalmente, después de que cada calcetín fue meticulosamente emparejado y doblado, tomó la cesta de la ropa y salió de la cocina. Me asomé por la puerta y la vi entrar en la única habitación que no había visto: la de sus hijos.

Crucé la cocina en tres zancadas largas, recordé cubrirme la mano con la manga para no dejar huellas, abrí la puerta y salí. Cerré la puerta lo más silenciosamente que pude. Me hundí junto a los escalones y me quedé quieta. Ella no salió corriendo por la puerta buscándome, así que me levanté, aún invisible, y me apresuré hacia la acera.

Capítulo 10



Deshice mi hechizo de invisibilidad justo al doblar la esquina para no aparecer ante las personas detrás de la casa, pero para quienes estuvieran frente a ella, parecería que acababa de girar la esquina. Miré hacia el coche de Kate y luego hacia el otro lado para cruzar la calle. Mi corazón se hundió cuando vi el Highlander de Palmer a una manzana de distancia.

¡Atrapados!

Crucé la calle, esperando que si fingía no verlo, él tampoco me notaría. Sí, eso funcionó tan bien como podrías esperar.

Entré al coche y me encogí en mi asiento. Kate me lanzó una mirada.

—El coche de Palmer está a una manzana calle arriba. Deberíamos irnos antes de que se dé cuenta de lo que estamos haciendo.

—¿Te vio Juliana? ¿Cómo saliste de allí? Estaba a punto de ir a tocar la puerta para ver dónde estabas.

—Estoy bien. Está ocultando cosas. Vámonos de aquí —dije.

Kate giró la llave en el contacto, pero antes de que pudiera poner el coche en marcha, el coche de Palmer estaba estacionado frente al nuestro.

Definitivamente nos habían atrapado.

Kate y yo nos encogimos ante la ferocidad de la mirada de Palmer. Habló lentamente, conteniendo deliberadamente la ira que podíamos ver en sus ojos.

—Sígueme. Necesitamos hablar —ordenó.

Lo seguimos hasta un parque con un estanque de patos a tres manzanas de distancia. Quería disfrutarlo, pero estaba demasiado preocupada por lo que nos iba a decir.

Salimos de nuestros coches y lo seguimos hasta un banco.

—Siéntense.

Nos sentamos, y él permaneció de pie frente a nosotras.

—Ustedes dos no están calificadas para hacer vigilancia. —Desvió sus ojos para mirarme solo a mí—. Y tú no estás calificada para ningún trabajo policial.

Quería argumentar que ya me había probado en el caso Thompson, que había salvado a Abby de su secuestrador y que había encontrado al asesino de Trina, pero eso no iba a ayudar.

—Y tú —dijo, mirando a Kate—, deberías saber que no se hace vigilancia sin respaldo. Los ojos de Kate se desviaron hacia mí.

Palmer exhaló.

—No, ella no cuenta como respaldo.

Continuó mirándonos fijamente hasta que finalmente dijo:

—Bueno, ¿no tienen nada que decir en su defensa?

No pude contenerme.

—¿Dónde está tu respaldo?

—¿Mi qué? —preguntó Palmer.

—Tu respaldo. Dijiste que Kate no debería hacer vigilancia sin respaldo. Estabas haciendo exactamente lo mismo que ella, pero no tenías respaldo. ¿O sí?

¡Vaya! No sabía que su cara podía ponerse tan roja.

—Cuando hayas estado en el trabajo por más de veinte segundos, podrás usar algo de juicio sobre quién es una amenaza y a quién necesitas investigar solo para ser exhaustivo. Obviamente, Juliana Gibbons no es una amenaza real.

Quería decirle que si ella no era una amenaza, entonces no estábamos en ningún peligro, pero en su lugar saqué mi teléfono.

—Yo no estaría tan segura de eso.

Tomó mi teléfono y dijo:

—¿Dónde conseguiste estas?

—En la casa de Juliana Gibbons. Esto es el interior de la puerta de su armario.

—¿Estuviste en su casa?

Asentí.

—Dejó la puerta trasera sin llave cuando llevó a sus hijos a la escuela.

—¿Y dónde estabas tú? —le preguntó a Kate.

—En el coche, vigilando por Isabella —dijo ella.

Miró fijamente la foto de sí mismo con los ojos quemados.

—No lo entiendo.

—Déjame ver —dijo Kate.

Tomó el teléfono de Palmer.

—¿Eres tú con los ojos quemados?

—Sí —dijo, con la ira desaparecida de su voz.

Kate se enderezó.

—Juliana es la hija de George Spade, un tipo que tu padre encarceló y que luego murió en prisión. Parece que la tiene tomada contigo.

—¿George Spade? ¿Cómo es que sabes más sobre él que yo?

Kate le dedicó una breve sonrisa.

—Soy una buena investigadora y cuido de mi compañera.

Se sentó en el banco junto a Kate. Era agradable que ya no se alzara sobre nosotras.

—¿Y si pretendía matarme a mí en lugar de a Dan? —preguntó.

No había tenido tiempo de considerar eso aún. ¿Y si Dan fue asesinado por accidente?

—Bastante atrevido intentarlo en un restaurante lleno de gente, con personas notando lo mucho que había estado coqueteando contigo —dijo Kate.

—No entiendo lo del coqueteo. ¿Por qué hacerlo? Obviamente te odia —dije.

—¿Para quedarme a solas y matarme?

—Entonces, ¿por qué poner un veneno muy específico en tu agua? —preguntó Kate.

—¿Eres alérgico a los mariscos? —pregunté.

—No. Pero, ¿cómo sabría ella eso?

—No mucha gente lo es, así que sería una forma extraña de intentar matarte si ni siquiera sabía si funcionaría —dijo Kate.

Me pasé los dedos por el pelo. Nada de esto tenía sentido.

—Creo que estamos viendo dos cosas diferentes aquí. Veamos lo que sabemos. Primero, Juliana odia a Palmer. Eso está bastante claro. Segundo, alguien mató al primo de Palmer con un veneno muy específico que no habría afectado a Palmer. Creo que tenemos un crimen y el comienzo de un segundo.

Palmer frunció el ceño.

—Creo que tienes razón. Así que no sabemos más de lo que sabíamos ayer sobre quién mató a Dan, y accidentalmente nos hemos topado con alguien que me odia. Eso no es un crimen y, en su caso, puedo entender por qué está enojada con mi familia.

Un pensamiento escalofriante me golpeó. —Bien, está enojada con tu familia. Tal vez ha decidido vengarse de todo el clan Palmer, dejándote para el final.

—¿Tienes muchos otros familiares? —preguntó Kate.

—Tengo a mi madre, mis tíos y mi abuelo.

—¿Alguno de ellos vive por aquí cerca? —pregunté.

—No. Me alejé de ellos y nunca miré atrás.

Eso parecía desgarradoramente triste. A pesar de todas las molestias que me da mi familia, no sabía cómo podría vivir sin poder verlos cuando quisiera.

—Aun así, debería informarles de lo que está pasando —dijo.

—¿Wheeler no los mantendrá al tanto? Si les dices y luego ellos le dicen a Wheeler que ya lo sabían, ella... —No sabía qué haría, pero no sería nada bueno.

—Todavía tenemos otros sospechosos que considerar también. ¿Qué hay de las cosas de las que Dan quería hablarte?

—¿Te refieres al grupo sin nombre ni rostro de personas para las que trabajaba y de las que no podía decirme nada? —Se frotó la cara con las manos—. Sí, será pan comido investigar eso.

—Odio decirlo, jefe, pero creo que necesitamos echar un vistazo a la habitación del hotel de tu primo.

—No hay ningún "nosotros" en esto. Tú necesitas llegar a la comisaría antes de que alguien vea que aún no has entrado. Isabella necesita ir a la botica y mantenerse alejada de los asuntos policiales. Yo veré qué puedo encontrar en el hotel.

La ira ardió en mi pecho. —Un momento. Sin mí y Kate, no sabrías nada sobre Juliana. Te habrías quedado sentado frente a su casa mientras ella guardaba la ropa y limpiaba su cocina. Podría estar viniendo por ti en cualquier momento, y nunca lo habrías sabido. Creo que merezco un poco de respeto por estas fotos.

—¿Estas fotos? ¿Te refieres a las que no podemos usar en el tribunal? ¿Las que podrían darme motivos para arrestarte?

—No te atreverías —dijo Kate.

Exhaló un suspiro. —Esta vez no. Pero su suerte se acabará algún día, y no podré protegerla.

¿Protegerme? ¿Cómo me había protegido encerrándome en una celda cuando pensó que había matado a mi vecino? Decidí no preguntar. Ya estaba bastante enojado con nosotras.

—¿Así que vas a ir al hotel? ¿Solo? —pregunté.

Me miró con el ceño fruncido. —Si dijera que no, ¿lo dejarías?

Miré mi reloj. Era más tarde de lo que pensaba, y necesitaba llegar a la botica. —Por ahora, pero solo porque necesito ir a trabajar.

Pero no iba a dejarlo investigar solo sin al menos un poco de protección. Toqué mi amuleto y mentalmente le pedí a Brigid que mantuviera a mis amigos a salvo hasta que encontráramos al asesino de Dan.

Kate se levantó. —Te llevaré y luego iré a la comisaría.

Me puse de pie, pero Palmer bloqueó nuestro camino hacia el coche. —Escuchen. Sé que quieren ayudar. Aprecio que sepan que no maté a mi primo, de verdad. Pero tienen que dar un paso atrás y dejar que Wheeler haga su trabajo. No hay forma de que las pruebas me señalen a mí, y al final ella lo verá. Mientras tanto, no quiero que ninguna de ustedes se tope con el verdadero asesino.

Eso estaba bien y todo, pero en algún momento iba a tener que empezar a tomarnos en serio a Kate y a mí como investigadoras.

—Prométanme que se apegarán a su propio trabajo hoy.

Kate asintió, pareciendo un poco avergonzada.

—Estaré en la botica hasta las seis. —Aunque no prometí nada para después.

Capítulo 11



Aunque dije que no saldría del apartamento sin Jameson, no tuve tiempo de recogerlo antes de ir al trabajo. La vigilancia no contaba, al menos en mi mente, porque estaba con Kate y no esperaba ningún problema mágico.

¿Qué es lo peor que podría pasar en pleno día?

Abrí la puerta principal y examiné mi tienda. Todavía sentía un pequeño escalofrío de felicidad cada vez que pensaba que era mía. Aspiré el aroma de los ingredientes de pociones y las velas perfumadas, y luego entré. Seleccioné una vela blanca y la coloqué en el candelabro junto a la foto de Trina. Rebusqué en el cajón debajo de la caja registradora para encontrar fósforos y encendí la vela. Era un mal hábito usar magia donde los clientes pudieran verme, y necesitaba ser más disciplinada. —Buenos días, Trina. Realmente podría usar tus consejos hoy, ojalá estuvieras aquí.

Lo sé, hablar con alguien que no estaba aquí probablemente no era lo más cuerdo, pero me hacía sentir bien.

Después de comenzar a preparar el té del día, flor de azahar y pimienta rosa, agarré mi plumero y comencé a limpiar la tienda. Cuando llegué a la puerta principal, giré el cartel al lado de "abierto" y continué con el desempolvado.

Diez minutos después, el sol se ocultó detrás de una nube y un nuevo cliente entró en la tienda. Era un hombre mayor, tal vez de unos setenta años. Estaba encorvado hacia adelante, y su traje gris oscuro colgaba suelto sobre su delgada figura. Mientras caminaba hacia mí, sentí una magia enferma y aceitosa emanando de él. ¿Quizás había sido maldecido? Su tez amarillenta definitivamente no era saludable, e inmediatamente pensé en las diferentes pociones que tenía que podrían ayudarlo con la ictericia.

—Buenos días. Soy Isabella. ¿En qué puedo ayudarlo?

Echó un vistazo lento alrededor de la botica e hizo una mueca. —Soy Harold Wolfe. Es demasiado alegre aquí. Me gusta más el aspecto de la tienda de Hester. Al menos allí sabes que estás tratando con alguien que sabe lo que hace.

Mis ojos se abrieron. Sabía que estaba hablando de Hester Johnson y su tienda en Sewall. Si conocía a Hester, era un brujo. Forcé una sonrisa en mis labios y dije: —He estado en la

tienda de Hester, y aunque ciertamente es una gran fabricante de pociones, tenemos un estilo estético diferente. Además, creo que las alas de murciélago secas colgando de sus estantes ahuyentarían a la mayoría de mis clientes.

Él se burló. —Tus clientes. Viejos tontos con quejas menores. No tienen idea de lo que puedes hacer, ¿verdad?

Empezaba a preocuparme. —Por supuesto que no. ¿Quería algo específico hoy?

—Necesito aceite de maleficio.

Tuve la impresión de que decirle que no podría ser peligroso. —¿Aceite de maleficio? No tengo.

La habitación se oscureció tres tonos. —Entonces hazme un poco.

—Yo... no sé cómo —tartamudeé.

Suspiró. —Me temía que iba a tener que enseñarte cómo. Arándano, valeriana, ortigas, cayena, cenizas de tabaco y tierra de cementerio.

No teníamos tierra de cementerio en la tienda. No había nada que estuviera dispuesta a hacer que requiriera eso. Di unos pasos hacia atrás, hacia la caja registradora. —No tengo todos esos ingredientes.

Sacó una bolsa del bolsillo de su chaqueta y me la arrojó. Instintivamente, la atrapé. —Tierra de cementerio de la tumba de H. H. Holmes. Eso debería ser suficiente para ti.

Dejé caer la bolsa. ¿Dónde estaban mis clientes? Normalmente ya tenía al menos algunas personas en la tienda a esta hora. Negué con la cabeza.

Dio un paso hacia mí. Quería correr a la oficina y encerrarlo fuera, pero mis pies estaban arraigados al suelo. Mágicamente arraigados al suelo. ¿Cómo me había lanzado un hechizo y no lo había sentido? Esto es exactamente lo que Eunice dijo que podría pasarme.

—Déjame ir.

Se rio, sus dientes amarillentos apenas visibles en la tenue luz. —Solo las niñas buenas son liberadas de mi hechizo.

Levantó la mano y luego la bajó lentamente. Sentí que mis rodillas se doblaban mientras me inclinaba involuntariamente hacia la bolsa de tierra. Quería resistirme, pero no podía. Cuando mi mano tocó el suelo, hizo que se extendiera hasta tocar la bolsa.

—Ves que puedo hacer lo que quiera contigo. Cualquier cosa. Así que necesitas reconsiderarlo.

Sentí que mi resolución se quebraba y estaba a punto de decir que sí, que le haría el aceite de maleficio, cuando la vela de Trina se avivó y lo distrajo. Su control sobre mí se aflojó y bajé mis defensas mentales con fuerza. Agarré mi amuleto y me puse de pie. —Por última vez, no. Ahora salga de mi tienda.

No se movió mientras intentaba recuperar el control sobre mí. Mis defensas mentales estaban reforzadas con el poder del amuleto Bishop, y podía sentir su hechizo deslizándose sobre la protección que me daban. Ya no había forma de que me lanzara un hechizo.

Afuera, rayos atravesaron el cielo que había estado soleado antes de que él abriera mi puerta. Un rayo cayó sobre la carretera frente a mi tienda, y quedé momentáneamente cegada por su brillo. Parpadeé, y él estaba parado muy cerca de mí. —Volveré, y entonces no habrá nada que puedas hacer para resistirte.

Chasqueó los dedos y desapareció. La luz afuera y en mi tienda volvió a la luz normal del día. No me moví. ¿Había usado un hechizo de invisibilidad o se había teletransportado? Di dos pasos hacia atrás, luego dos más, luego me di la vuelta y corrí hacia la oficina. Cerré la puerta de golpe y la aseguré.

No es que cerrar la puerta sirviera de mucho si podía entrar y salir de cualquier espacio. Con manos temblorosas, levanté el receptor, luego lo dejé caer. No había nadie a quien pudiera llamar. Si se corriera la voz sobre esto, Eunice lo usaría como excusa para quitarme el amuleto. Necesitaba el amuleto; sin él, nunca habría podido resistirme. Tenía que manejar esto por mi cuenta.

Me senté en la silla, pero no me permití relajarme. No podía estar segura de que se hubiera ido todavía.

Unos minutos después, escuché las campanillas de la puerta. —¿Isabella? Cariño, ¿estás aquí? —llamó la Sra. Newcomb.

Su voz me sacó de mis pensamientos. Tenía que volver con mis clientes, aunque solo fuera para asegurarme de que Harold Wolfe no les hubiera hecho daño. Abrí la puerta,forcé una sonrisa en mi rostro y salí.

—Buenos días. ¿Cómo está? —pregunté.

Me miró de forma extraña y me dio un gran abrazo.

—Estaba tan preocupada por ti. ¿Viste el rayo? Casi te alcanza.

Miré por encima de su hombro y vi un agujero humeante en la carretera. Una parte de mí pensaba que el rayo no era real, pero parecía que él podía invocar rayos. Se me cayó el alma a los pies. Era mucho más fuerte de lo que pensaba, y si volvía, necesitaría un plan.

Me separé de la señora Newcomb.

—Creí oír algo, pero estaba tan ocupada en la oficina que no salí a investigar.

Un coche patrulla se detuvo con un chirrido fuera. El agente Papatonis saltó del vehículo, abrió el maletero y comenzó a colocar conos de tráfico en la carretera para guiar a los coches lejos del agujero.

—Oh, bien. Ahora se encargarán de ello —dijo la señora Newcomb. Me miró de nuevo—. No tienes buen aspecto, cariño. ¿Qué te pasa?

—Podría haber sido la tienda —dije. Wolfe podría haber golpeado mi tienda si hubiera querido. Podría golpearla en cualquier momento que quisiera.

La señora Newcomb sirvió una taza de té y me la entregó.

—Bebe esto, te sentirás mejor.

Aturdida, tomé el té y bebí. Cuando iba por la mitad de la taza, empecé a volver en mí. Sacudí la cabeza para aclarar mis ideas.

—Gracias por preocuparse por mí.

—De todos modos, venía hacia aquí. Pero, ¿sabes?, fue lo más extraño. Quería comprar más gel de burbujas de lavanda, pero de alguna manera di la vuelta y estaba a medio camino de casa otra vez antes de darme cuenta de que no lo había comprado. Creo que la edad me está alcanzando. Así que di la vuelta para volver, y fue entonces cuando vi el rayo. Estaba por todo el cielo, pero solo un rayo golpeó el suelo, justo afuera.

Si había algo que sabía sobre la señora Newcomb, era que la edad no la estaba alcanzando. Era aguda como una tachuela y no olvidaba por qué salía a hacer recados. ¿Habría impedido Wolfe que todos mis clientes caminaran por la calle? ¿Habría impedido que alguien caminara por la calle? Intenté hacer memoria. ¿Había visto algún coche en la carretera mientras hablábamos? No podía recordarlo.

—No hay problema —Saqué una botella del estante para ella—. ¿Puedo ofrecerle algo más?

—Hoy no. Pero prométeme que te lo tomarás con calma. Todavía no me gusta lo pálida

que estás.

Cobré su pedido.

—Lo prometo. Que tenga un buen día.

Se marchó y yo salí a ver a Papatonis.

—Agente, encantada de verle de nuevo.

Levantó la vista de los conos que estaba recolocando.

—¿Señorita Proctor?

—Sí. Este es mi negocio. ¿Tiene alguna idea de lo que ha pasado aquí?

—Probablemente debería preguntarle eso a usted. ¿Qué vio?

No es como si pudiera decirle que un hombre malo lanzó un rayo en la carretera justo antes de desaparecer.

—No mucho. Se oscureció mucho y luego hubo un montón de rayos, después volvió a aclararse. ¿Quizás solo una tormenta de verano extraña?

Papatonis asintió.

—Podría ser, pero normalmente se puede seguir el camino de una tormenta. Esta apareció aquí y luego pareció desvanecerse.

—¿Alguien más vio lo que pasó?

—Eso es lo curioso. Kate ha estado tomando declaraciones y, hasta ahora, dice que no puede encontrar a nadie que haya visto lo que pasó. Nadie estaba fuera, y los dueños de las tiendas estaban en su trastienda, o en la oficina, o de alguna manera no vieron nada.

Wolfe había controlado toda la calle. Había tomado el control de todos en la calle y sus alrededores durante al menos varias manzanas, y de alguna manera, con la ayuda de mi amuleto y la vela de Trina, pude rechazarlo.

Forcé la mejor sonrisa falsa de la que fui capaz.

—Ojalá pudiera ayudar, pero tampoco vi nada. Tengo que volver adentro.

Me apresuré a entrar en la botica antes de que pudiera verme temblar. No era rival para Wolfe.

Capítulo 12



Pasé el día caminando de puntillas, sobresaltándome con cada ruido. Aproximadamente una hora después de hablar con Papatonis, finalmente me recompuse y comencé a trazar una estrategia. Hacer un aceite de hechizos para cualquier persona estaba descartado y, mientras hojeaba el archivador que contenía muchas de las fórmulas de la botica, me di cuenta de que Trina ya había formulado el tipo de poción que necesitaba.

Justo antes de morir, ella también estaba siendo presionada para hacer pociones, posiblemente por Wolfe. Había ideado una serie de pociones que harían más daño que bien al usuario. Eran muy peligrosas, así que guardé sus notas sobre ellas en la caja fuerte.

Saqué la carpeta y la hojeé, buscando una que al menos tuviera la apariencia externa de aceite de hechizos. Elegí la poción anti-hechizos, que alejaba el mal del receptor y lo dirigía hacia el usuario. Supuse que si Wolfe tenía a alguien que pudiera determinar si la poción era un fraude, les sería más fácil hacerla ellos mismos. Probablemente estaría a salvo con la sustitución.

En la sala de preparación, me relajé mientras comenzaba el proceso de elaboración de la poción. Molí los granos de pimienta negra y los añadí al aceite de almendras que estaba calentando suavemente en una placa calefactora. Agregué limaduras de hierro, algodóncillo y tinta de calamar. El proceso me tranquilizó, y lo habría considerado una buena tarde si no hubiera estado trabajando para prevenir el mal. Prefería mucho más aumentar el bien. Después de que el aceite se calentó durante una hora, lo colé y lo vertí en una ornamentada botella de cristal tallado. Me tomé un momento para centrarme y reunir mi voluntad. Tenía que tener cuidado con mis intenciones. Desear el mal a alguien era peligroso. Concentré todo mi enfoque en mi deseo de que Wolfe no pudiera hacer daño a los demás. Luego lo tapé y vertí cera para sellar el corcho.

¡Éxito! Una vez que supe lo que iba a hacer, me sentí mucho más en control de la situación. Comencé la poción para la fiebre del heno que sabía que mis clientes necesitarían pronto y luego quemé los ingredientes que requería la poción de hechizos, uno por uno, afuera al aire libre. Wolfe no se había llevado la tierra de la tumba, así que abrí la bolsa y tiré la tierra por el desagüe. Quemé la bolsa y enterré las cenizas junto con las cenizas del resto de los ingredientes detrás del invernadero. Finalmente, tiré todo el aceite de almendras que tenía por el

desagüe y dejé correr agua caliente para lavarlo todo.

No me gustaba el desperdicio de materiales, pero si de alguna manera él pudiera obligarme a hacer la poción, esto sería un obstáculo más para él.

Mi sensación de calma comenzó a erosionarse a las cinco y media. Lo esperaba en cualquier momento, y ahora que el tráfico de la tarde se estaba intensificando, volvía a sobresaltarme con cada ruido y bocinazo.

Preparé más té e intenté meditar para encontrar la paz interior. La paz interior no se encontraba por ninguna parte; quizás se estaba escondiendo de la malvada bruja que vendría a mi tienda en cualquier momento. Me aferré a mi amuleto con todas mis fuerzas y esperé que Brigid me protegiera.

A las seis menos cuarto, sentí la misma ola de magia enferma y grasienta que me envolvía. La tienda se oscureció, y me preparé para que apareciera Wolfe. Entró por la puerta, con otro hombre detrás de él, caminando de manera sumisa cuatro pasos atrás. Aunque el otro hombre era más alto que Wolfe, parecía estar bajo su sombra. Una vez que se cerró la puerta, el segundo hombre me miró, y jadeé ante la crueldad que vi en sus ojos. Wolfe había traído músculo con él. El hombre que podía invocar rayos en mi calle pensaba que necesitaba a alguien más fuerte o más cruel que él para asegurarse de que me comportara.

Tragué saliva mientras otra ola de magia maligna intentaba aferrarse a mí. El amuleto brilló e iluminó mi mano.

—¿Vienes por tu poción? —pregunté, tratando de sonar indiferente pero fracasando completamente cuando mi voz se quebró. Dirigí mis ojos al mostrador, donde había colocado el aceite en una botella de cristal ostentosamente grande. No me atrevía a apartar los ojos de los dos hombres más de lo necesario.

Wolfe levantó la mano y la botella levitó hacia él. Examinó el aceite, agitó la botella, pero no la abrió.

—Se ve un poco oscuro.

¡Murciélagos! ¡Piensa, Isabella, piensa!

—Me di cuenta de eso. Estaba bien hasta que agregué la tierra. ¿Sabías que los arqueólogos que excavaron la tumba de Holmes estaban preocupados por contraer tuberculosis? Sospecho que la contaminación de la tierra es lo que oscureció el aceite.

No parecía creerme. Se volvió hacia su compañero, pero antes de que pudiera dar alguna orden, dije:

—¿Por qué yo?

Sus labios se tensaron mientras me miraba de nuevo. Supongo que a nadie le gusta que lo interrumpen.

—¿Qué?

—¿Por qué yo? ¿Por qué molestarse en venir aquí por un aceite que estoy segura de que Hester tiene en su botica? ¿No sería mucho más fácil conseguirlo de ella que perder el día intimidándome? Ese truco con el rayo fue bastante asombroso, pero imagino que debe haber requerido cierto esfuerzo.

Me callé antes de meter realmente la pata.

—No necesito el aceite —dijo.

¿Qué? No lo entendía.

—¿Crees que la fraternidad no tiene sus propias brujas de pociones? Honestamente, niña, ¿qué tan ingenua eres?

—Entonces, ¿por qué molestarse?

Sentí una nueva magia emanando del compañero de Wolfe, como dagas que intentaban hacer mella en mis defensas. Hacía movimientos de apuñalamiento en el aire y tenía una sonrisa maniática mientras trataba de encontrar mis debilidades. Froté mi pulgar sobre el amuleto, y el movimiento de mis dedos permitió que algo de su luz escapara. El compañero de Wolfe dio un paso atrás, pero no dejó de atacarme.

Solo habían estado aquí unos minutos, y ya sentía que me estaba debilitando. Necesitaba sacarlos de aquí antes de que el Sr. Apuñalador tuviera un golpe de suerte.

—No necesito tu aceite de hechizos. Todo lo que necesito es tener control sobre ti. Ahora que me has hecho algo, te poseo.

Probablemente tendría razón, si le hubiera hecho el aceite que quería.

—Estamos al comienzo de una nueva era de la brujería, una era en la que ya no tememos a los que no tienen magia. Pronto podremos proclamar con orgullo quiénes somos sin miedo. Las brujas que se alineen con la fraternidad estarán entre las que cosecharán las recompensas. Las que no, bueno, serán las primeras en ser ejecutadas. Tus amigos y familiares son los primeros en mi lista si no te unes a nosotros.

Empezaban a formarse grietas en mi protección, y apenas podía prestar atención a lo que decía. El señor Apuñalador soltó una risita de placer mientras continuaba su asalto.

—Ya tienen lo que vinieron a buscar, pueden irse ahora —dije con voz ronca.

—Oh, no, aún no hemos terminado contigo —dijo Wolfe de manera amenazante.

Y entonces escuché el sonido más hermoso. El timbre de mi puerta. Miré hacia la entrada y Palmer entró. Pareció confundido y volvió a salir. Gracias a Brigid por eso. No podría vivir con la culpa si le pasara algo. Una vez fuera, se dio la vuelta y volvió a entrar en la tienda. Esta vez, no había confusión en su rostro.

—Estamos cerrados —dije.

Mientras se adentraba en la penumbra de mi tienda, un tenue resplandor se hizo visible a su alrededor. —En serio, Palmer, vuelve mañana.

Sonrió a los dos hombres, y el señor Apuñalador bajó las manos, cesando su asalto contra mí. —Ya escucharon a la señorita. Está cerrado. Solo vine a llevarla a casa.

Wolfe se volvió hacia Palmer. —No habíamos terminado nuestro asunto.

La frente de Palmer se cubrió de sudor. Levanté dos dedos de mi amuleto, deseando que la luz reforzara el hechizo de protección que le había puesto en el estante de los patos.

Wolfe se estremeció cuando la luz le dio en la espalda. La habitación se oscureció y escuché el retumbar de un trueno afuera. —Puedo hacerlo de nuevo, y esta vez no perdonaré la tienda —dijo amenazadoramente.

—Miren, ya tienen lo que vinieron a buscar. ¿Por qué no se van simplemente?

El resplandor de Palmer se intensificó.

—¿Proteges a todas tus mascotas? —me preguntó Wolfe.

—Mi gato no necesita protección —dije, esperando que Palmer no se diera cuenta de que Wolfe hablaba de él.

Palmer dio un paso adelante y me tomó de la mano. Su resplandor me rodeó, y por primera vez, sentí la fuerza del hechizo de protección que le había puesto. —Es hora de irnos, el clima está cambiando y deberíamos llevarte a casa antes de que empiece a llover.

¿De qué demonios estaba hablando? No importaba, y lo seguí mientras prácticamente me arrastraba hacia la puerta.

—¿Caballeros?

Detrás de Wolfe, el señor Apuñalador me dio un último golpe salvaje, pero rebotó; en lugar de tener que reforzar mis defensas en esa área, apenas lo sentí.

—Bien. Pero volveremos, cuando necesitemos tus servicios de nuevo.

Salieron de la tienda y la luz volvió a la normalidad.

—¿Llaves? —preguntó Palmer.

—En la oficina.

Sin soltarnos las manos, caminamos hacia la oficina, tomamos las llaves y cerramos la tienda. Por mucho que disfrutara sosteniendo la mano de Palmer, esta no era la forma en que quería que fuera.

Una vez sentados en su coche, cerró las puertas con seguro y se volvió hacia mí. —¿Qué fue eso?

Tenía una decisión difícil que tomar en ese momento, y solo un instante para decidir qué hacer. Podía decirle la verdad a Palmer, pero sabía que no estaba preparado para ella. Claro, era un buen tipo, pero las realidades de mi vida podían poner a prueba cualquier relación. Podía mentir, pero él era bueno para ver a través de mí. Confundir era la opción, entonces. —¿A qué te refieres?

Parecía exasperado. —Me refiero a qué estaba pasando allí dentro. Se podía cortar la tensión con un cuchillo cuando entré.

—¿Oh? No lo había notado.

—¿Qué había en el frasco de vidrio que tenía el viejo?

Esa era una pregunta que podía responder. —Era un aceite para cambiar la suerte.

Me miró con los ojos entrecerrados. —Pensé que no hacías cosas que alteraran la suerte.

—Normalmente no lo hago. Este era un caso especial. —Hora de cambiar de tema—. ¿Querías algo de la botica? Podemos volver y conseguir lo que necesites.

—No necesito nada —dijo.

—Entonces, ¿por qué te detuviste?

—No lo sé. Iba conduciendo a casa y sentí que realmente necesitaba hablar contigo.

—¿Querías hablar sobre el caso? —pregunté.

Se rio. —Esta noche no. De repente me siento agotado. Voy a dejarte en casa e irme a dormir temprano.

Me parecía bien. Arrancó el coche y salió a la carretera, evitando el bache creado por el rayo mágicamente invocado.

—¿Volverán mañana? —preguntó.

Había cerrado los ojos y casi me había quedado dormida. Mi batalla con el señor Apuñalador me había agotado. —¿Esos dos tipos? No lo sé. Espero que no.

—No me gustó su aspecto. Creo que deberías enviarlos a otra botica.

Si tan solo supiera por qué me eligieron a mí.

En mi apartamento, Palmer me acompañó hasta la puerta y echó un vistazo rápido a todas las habitaciones. —Asegúrate de mantener la alarma activada.

Asentí.

—Y llámame si pasa algo esta noche. No confío en esos tipos.

Puse mi mano en su brazo. —Está bien. No saben dónde vivo.

Mientras salía de mi apartamento, escuché el retumbar de un trueno en el cielo y pensé que tal vez sí lo sabían.

Capítulo 13



Sin compañera de piso, mi apartamento parecía grande y vacío. No me gustaba que Abby se hubiera ido, y Jameson no era lo mismo. Es decir, obviamente, porque es un gato mágico de doscientos años, pero más porque no era tan divertido. Deseaba que se relajara un poco, se divirtiera y dejara de lado el constante entrenamiento y sarcasmo. Me hizo apreciar a la abuela y lo que ahora parecía su horario de entrenamiento muy relajado.

Me estaba sirviendo un vaso de té helado de escaramujo y empezaba a preparar una tostada para el desayuno cuando Jameson siseó en la sala de estar.

—¿Palmer? —pregunté.

—No lo necesitas. Cuando termine contigo, serás mejor que él en todo lo que hace.

—¿Por qué lo odias tanto?

—¿Has oído hablar de los juicios de brujas?

Fruncí el ceño ante su pregunta, sabiendo que él conocía la respuesta. Incluso los que no eran brujas sabían todo sobre ellos.

—El clero y lo que se convertiría en la policía fueron responsables de matar a los nuestros. Los odio a ambos.

No me había dado cuenta de que odiaba al clero. Aunque, mi familia no iba a la iglesia, ni a la sinagoga, ni a la mezquita, ni a ningún otro edificio religioso. —Cuando dices "los nuestros", ¿te refieres a los familiares o a las brujas en general?

Saltó sobre la encimera de la cocina para poder mirarme a los ojos. Genial, me esperaba una conferencia, pero tal vez podría evitarla. —Sé que tanto las brujas como los familiares usan magia y son igualmente despreciados por las personas inclinadas a odiar cualquier cosa diferente. Lo que quería decir era, ¿los familiares también fueron perseguidos?

—Solo aquellos que no huyeron lo suficientemente rápido.

Oh. Me imaginé cacerías de familiares, todo el pueblo tratando de capturar un gato, o un ratón, o un conejo, solo por el crimen de ser propiedad de una bruja. Claro, también eran mágicos, pero no había forma de que el resto del pueblo pudiera saberlo. Era culpabilidad por asociación. —No lo sabía. Lo siento.

El golpe de Palmer en la puerta interrumpió nuestra conversación. Abrí la puerta y fingí

sorprenderme al verlo. Jameson, por supuesto, había corrido a su habitación. Me hice a un lado y dejé entrar a Palmer a mi apartamento. Estaba vestido con traje, así que iba camino al trabajo. — Buenos días. ¿Teníamos planes? —pregunté.

Parecía un poco avergonzado. —No exactamente. Quería pasar a ver y asegurarme de que esos dos tipos no te molestaran anoche.

Llevaba una bolsa de Fancy Tart y una bandeja con dos tazas calientes. —¿Una de esas es para mí? —pregunté, señalando las tazas.

—No sabía qué querías, pero Omar dijo que no me preocupara, porque él sabía lo que te gustaba.

Estas eran buenas noticias. Omar lo sabía, y esperaba que hubiera un bear claw o un éclair en mi futuro. —¿Quieres acompañarme? Sentémonos a la mesa.

Saqué dos platos del armario de la cocina. Una vez que me uní a él en la mesa, me entregó un éclair. El día se estaba convirtiendo en uno bueno. Di un sorbo a mi café para descubrir que era un mocha latte. Un muy buen día. —Gracias. Aprecio que hayas pasado, y el desayuno es un extra.

Sacó un croissant simple de la bolsa para él. Interesante. Ahora sabía qué podía traerle para el desayuno alguna mañana cuando necesitara un favor.

—¿Tuviste algún problema anoche? —preguntó.

Tenía la boca llena, así que negué con la cabeza.

—Bien. Me preocupaban.

—¿Estabas preocupado? Eso no parece propio de ti.

Dejó su croissant. —Lo sé. Y eso me preocupó más. Tuve la sensación de que estaba fuera de mi elemento, y que podían hacerme lo que quisieran sin siquiera esforzarse mucho.

Eso debe haber sido difícil para él. Palmer no era un tipo con mucha fanfarronería, pero sí confiado con calma. Podía entrar en cualquier habitación, cualquier situación, y saber que podía manejar lo que pudiera suceder. Definitivamente no podía manejar a Wolfe y al Sr. Apuñalador, sin embargo. La única sorpresa para mí fue que se diera cuenta por sí mismo.

—También me gustaría llevarte al trabajo y hacer una rápida inspección de la botica para asegurarme de que estarás a salvo.

Sonreí. Había planeado examinar la tienda a fondo antes incluso de entrar al edificio. No podía confiar en esos dos, incluso si creían tener el aceite correcto. —Estoy segura de que estaré bien. Honestamente, no necesitas preocuparte tanto por mí. Las boticas atraen su buena parte de gente extraña, y no es tan difícil deshacerse de ellos.

—Y, como es tan temprano, pensé que tal vez te gustaría venir conmigo a echar un vistazo a la habitación del hotel de Dan.

Recogí nuestros platos sucios y los puse en la cocina. —¿No fuiste ayer?

Negó con la cabeza. Aunque no dijo que Kate y yo teníamos razón al decirle que necesitaba respaldo, había seguido nuestro consejo de todos modos. Decidí tomar esa pequeña victoria. —Sí, me encantaría. Puedes mostrarme cómo un detective busca evidencias.

Frunció el ceño. —No estoy seguro de que sea un buen plan. Si hago eso, pensarás que estás un paso más cerca de poder investigar lo que quieras.

Palmer, Jameson y yo salimos juntos del edificio de apartamentos. —¿Es un gato de exterior? —preguntó Palmer.

—Encuentro que araña menos los muebles si lo dejo salir durante el día.



Palmer sacó un bolso mensajero del maletero una vez que llegamos al hotel. Arqueeé una ceja hacia él, pero todo lo que dijo fue: —Ya verás.

Lo seguí al vestíbulo del Portsmouth Hilton y al banco de ascensores. Parecía saber a dónde iba, tal vez había obtenido el número de habitación del hotel de Kate. Tomamos el ascensor hasta el quinto piso y salimos.

Miró a ambos lados y luego se dirigió a la habitación 538. —Mantén vigilancia. Da una pequeña tos si alguien viene por el pasillo.

—De acuerdo. Pero ¿qué está pasando? —pregunté.

No respondió. En su lugar, metió la mano en su bolsa y sacó una varilla metálica larga y flexible con una curva en un extremo y un trozo de paracord atado al otro. Se arrodilló frente a la puerta. Sosteniendo el extremo curvo de la varilla y el extremo suelto del cordón, deslizó lentamente el otro extremo de la varilla por debajo de la puerta y tiró suavemente del cordón mientras movía la varilla a lo ancho de la puerta hasta el pomo. —No me mires, vigila el pasillo —susurró.

Miré, pero no venía nadie. Oí un clic y la puerta se abrió. Se puso de pie y entramos en la habitación del hotel de su primo.

Una vez cerrada la puerta, dije: —¿Cómo hiciste eso?

Sonrió. —Puedes aprender cualquier cosa en YouTube. Deslizas la varilla bajo la puerta, pasas el cordón por encima del pomo, tiras de él y es como si alguien hubiera abierto la puerta desde dentro.

—Ingenioso.

Se sonrojó. —Sí, bueno, como dije, es YouTube. Echemos un vistazo. —Me entregó un par de guantes de nitrilo—. Póntelos antes de tocar nada.

La habitación era una habitación de hotel estándar que probablemente fuera igual en todo el país. Una cama de matrimonio, una cómoda con cafetera, una mesa pequeña con silla y un baño completo. Esta habitación estaba decorada en tonos beige industriales, ideales para ocultar pequeñas manchas. —¿Qué estamos buscando?

Palmer cerró las cortinas y encendió una luz. —Cualquier cosa. Particularmente algo fuera de lugar.

Nada parecía estar fuera de lugar en la habitación. De hecho, parecía que Wheeler y su equipo se habían llevado todo y el servicio de limpieza ya había dejado la habitación lista para el siguiente huésped. Miré en el armario, pero estaba vacío excepto por tres perchas y un soporte para equipaje. Abrí los cajones de la cómoda, pero también estaban vacíos.

—¿Se pueden sacar los cajones? Busca un mensaje en el fondo o en la parte trasera de cada uno.

Saqué cada uno, pero no encontré nada, ni siquiera residuos de cinta que indicaran que alguna vez hubo un mensaje. —Nada.

Palmer había levantado el colchón y revisado debajo de la cama. —Yo tampoco he encontrado nada.

—¿Qué tal un mensaje escrito en el espejo que solo podamos ver cuando esté empañado? —pregunté.

Sonrió. —No es mala idea, ve a comprobarlo.

Cerré la puerta del baño y puse la ducha en su configuración más caliente. Mientras esperaba, miré debajo del mostrador, levanté el cubo de basura y desenrollé el papel higiénico. No vi mensajes ni pistas. El espejo se estaba empañando bien, pero, por desgracia, tampoco había mensajes allí. Si el personal de limpieza hubiera sido concienzudo, ya lo habría limpiado.

Eché un último vistazo al baño y me di cuenta de que no había revisado el inodoro. Levanté la tapa del tanque de agua y miré dentro. Nada más que la bola azul flotante y agua. Sin embargo, en la parte inferior de la tapa, encontré el premio gordo. Apoyé la tapa sobre el asiento del inodoro y despegué la bolsa de plástico que estaba pegada a ella. Apagué la ducha y fui a ver a Palmer.

Le sonreí radiante. —Mira lo que he encontrado.

Estaba de rodillas, mirando debajo de la silla y la mesa. Levantó la cabeza y se golpeó con la mesa. —¡Rayos! Eso dolió.

Palmer se frotó la cabeza mientras se ponía de pie y tomaba la bolsa. —¿Dónde estaba?

—Pegada en la parte inferior de la tapa del tanque del inodoro.

Abrió el sobre y sacó el trozo de papel. El color desapareció de su rostro.

—¿Qué dice?

Me entregó el papel.

Steve, lamento haberte metido en mis problemas. Si encuentras esto, probablemente esté muerto. Haz lo mejor que puedas para cuidar de Marcy y los niños por mí. No investigues mi muerte. Déjalo estar, no quiero que acabes en la parcela al lado de la mía por mucho tiempo.

Le devolví el papel. —¿Qué vamos a hacer? Estoy a favor de honrar los últimos deseos de la gente, pero esto parece incorrecto.

Deslizó la nota en su cartera. —Muy incorrecto. Vamos a hablar con el gerente.

Antes de irnos, abrí mis sentidos un poco para ver si podía sentir alguna magia en la habitación. Para mi horror, sentí la misma magia aceitosa que había sentido emanar de Wolfe. ¡Murciélagos! Palmer no estaba preparado para enfrentarse a él. —Eh, Palmer. ¿Estás seguro de que es una buena idea?

—No lo sé. Pero sí sé que no puedo cuidar de su familia si no puedo mirarlos a los ojos y decirles que atrapamos al asesino de Dan.

Asentí. —Vamos. Estoy contigo hasta el final.

Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios mientras enrollaba la varilla para abrir puertas y la metía en su bolsa. Ahora que sabía lo que estaba buscando, podía ver la espiral expandiéndose hacia los bordes de la bolsa, desenrollándose tanto como podía.

En el ascensor, Palmer dijo: —Guantes —recordándome que me los quitara. Me los metí en el bolsillo porque no sabía si los necesitaría pronto otra vez.

En la recepción, Palmer mostró su placa y pidió hablar con el gerente. La recepcionista nos llevó a la oficina de Claude Meeks, gerente del hotel.

—¿En qué puedo ayudarle, detective? —preguntó Meeks.

—Tengo algunas preguntas de seguimiento sobre el asesinato de Palmer.

Meeks lo miró por un momento. —¿Algún parentesco? —preguntó.

Palmer mintió. —Es un apellido bastante común. Nunca lo había conocido en mi vida.

—Si usted y su asociada quieren sentarse, estaré encantado de ayudar a la policía en todo lo que pueda.

—Isabella Proctor —dije, extendiéndole la mano.

Nos saludamos y luego nos sentamos.

—¿Notó algo sobre el señor Palmer? ¿Cuando se registró, los días que estuvo aquí? ¿Alguna visita que recibió? —preguntó Palmer.

Meeks presionó algunas teclas en su teclado. —Veamos, se registró hace cinco días y reservó la habitación por una semana completa.

—Desafortunadamente, tendremos que cobrarle por toda la semana que reservó. No fue hasta hoy que la policía liberó la habitación y, bueno, alguien tiene que pagar por el tiempo que la habitación estuvo fuera de uso.

Lo miré atónita. —Seguramente su corporación tiene más empatía por su familia que eso.

Ignoró mi comentario. —Mirando el uso de su tarjeta llave, parece que subió a su habitación justo después de registrarse. Debe haber salido en algún momento de la tarde, probablemente para cenar, y luego regresó a las ocho y media de la noche. Salió de la habitación el sábado por la mañana antes de las nueve y nunca regresó. No hizo ninguna llamada desde el teléfono de la habitación, pero sí cargó su cena en nuestro restaurante a la cuenta de su habitación.

No creí que eso nos ayudara mucho.

—¿Alguna vez interactuó con él personalmente?

—Oh no. Nunca hablo con los huéspedes. Estoy demasiado ocupado aquí, asegurándome de que todo funcione sin problemas.

—¿Tienen cámaras de seguridad en su piso? —preguntó Palmer.

Meeks negó con la cabeza. —Absolutamente no. Encontramos que nuestros clientes prefieren más discreción.

Palmer lo intentó de nuevo —¿Qué tal en el vestíbulo?

—Sí, tenemos cámaras en el vestíbulo.

—Excelente. ¿Puedo ver las grabaciones?

Meeks lo miró por un momento. —¿Tiene una orden judicial?

Me sentí derrotada. Sabía que Palmer no podía tener una orden; se suponía que no debía estar investigando.

—Creo que la detective Wheeler ya le mostró nuestra orden —dijo Palmer con tanta naturalidad que me quedé asombrada. Actuó como si esto fuera lo más normal del mundo y que, por supuesto, Meeks querría ayudarnos si pudiera.

—La detective Wheeler... sí, creo que lo hizo. Está bien, entonces. —Tomó el teléfono de su escritorio y marcó una extensión de tres dígitos—. Perry. Ven a mi oficina. Tengo policías aquí que quieren ver algunas grabaciones de las cámaras.

Colgó el teléfono. —Perry es nuestro jefe de seguridad. Él les ayudará a encontrar lo que necesiten.

Un momento después, un hombre alto entró en la oficina. —Detectives, si me siguen.

Palmer y yo seguimos a Perry por el pasillo hasta una oficina con una pared de monitores que mostraban lo que estaba sucediendo desde muchos ángulos en el vestíbulo, el restaurante y fuera del edificio.

—Buen sistema —dijo Palmer.

—No está mal. Aunque mayormente es exagerado. Nunca pasa nada emocionante por aquí.

—De tu boca a los oídos de Dios —dijo Palmer con una risita.

Perry se sentó en uno de los dos escritorios. —¿Qué fecha y hora están buscando?

—No estoy muy seguro. Se registró el viernes, así que me gustaría verlo en el vestíbulo

entonces.

Perry preparó el tiempo apropiado y reprodujo el video del vestíbulo desde el ángulo del mostrador. Parecía estar solo, aunque miró por encima de su hombro varias veces durante la breve transacción. La recepcionista aún estaba hablando cuando él agarró su llave y se fue furioso hacia los ascensores. Ella frunció el ceño brevemente antes de atender a la siguiente persona en la fila.

—Nada sorprendente ahí. Viajero de negocios, una maleta, impaciente por llegar a su habitación. Vemos esto cien veces al día.

Perry se movió para detener el video.

—Me gustaría ver a las siguientes personas que se registran, si no te importa. Puedes acelerar el video. Solo quiero ver si reconozco a alguien —dijo Palmer.

Perry aceleró el video, y vimos a las siguientes personas registrarse. Tres hombres y cuatro mujeres que parecían viajar por negocios, una familia con dos niños pequeños, y una pareja que parecía estar comenzando su luna de miel, si el velo de ella era alguna prueba.

—Está bien. ¿Qué tal cerca de su habitación en el quinto piso?

—No hay nada en los pisos. —Perry sacó la cuenta de Dan—. ¿Qué tal la noche que cenó en el restaurante aquí?

—Eso sería genial —dije.

Perry preparó el video, y observamos durante unos minutos desde la perspectiva de la anfitriona mirando hacia el bar antes de que Dan entrara al restaurante, solo. Se sentó en la barra y pidió un trago de lo que parecía vodka. El camarero le trajo una cerveza un minuto después, que bebió lentamente durante unos cinco minutos. Creo que estaba empezando a levantarse cuando el video se volvió estático y luego se convirtió en nieve digital.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Un mal funcionamiento del video. Los tenemos de vez en cuando. Déjenme buscar otro ángulo.

Vimos a Dan desde la perspectiva del camarero. Tenía una mirada preocupada, y desde este ángulo podía ver su mano temblando. Se tomó el trago de un golpe, pidió una cerveza, y de nuevo, cuando comenzó a levantarse, el video se convirtió en nieve.

—¿Qué demonios? —murmuró Perry—. Déjenme avanzarlo para ver cuánto dura.

La nieve duró media hora, y cuando el video volvió, Dan no estaba en la barra.

—¿Algún otro ángulo en el restaurante? —preguntó Palmer.

—Uno más, desde el pasillo mirando hacia adentro.

Vimos a Dan entrar al restaurante, pero no podíamos verlo en el bar. —Veamos si este también está corrompido —dijo Palmer.

Continuamos mirando, y capté un destello de una persona en el espejo del pasillo antes de que la cinta se corrompiera. —¿Puedes rebobinar eso y ir despacio? Creo que vi a alguien en el espejo.

Perry hizo lo que le pedí y detuvo el video cuando Wolfe y el Sr. Apuñalador aparecieron en el espejo.

Capítulo 14



Palmer se levantó bruscamente.

—Creo que ya tenemos todo lo que necesitamos.

Me levanté más lentamente.

—Gracias por tu ayuda, Perry.

Palmer me agarró del brazo y me sacó apresuradamente de la oficina de Perry, por el pasillo hasta el vestíbulo y hacia su coche. Una vez que estuvimos sentados, me miró fijamente.

—Habla.

No sabía qué decir. No tenía idea de por qué Wolfe y el señor Apuñalador estaban en el hotel. ¿Se estaban reuniendo con Dan? Parecía razonable que fueran responsables del mal funcionamiento del video.

—No lo sé —dije.

—¿Por qué los hombres que te amenazaron ayer se reunieron con mi primo a principios de esta semana?

Miré por la ventana porque no podía soportar su mirada enojada.

—¿Qué tienes que ver con la muerte de mi primo? —preguntó con los dientes apretados.

Eso hizo que volviera mi atención hacia él.

—Nada. Lo juro.

Una lágrima rodó por mi mejilla. Quería contarle a Palmer todo lo que sabía, pero no podía. Me volví para mirarlo.

—¿Hay algo que no me estés diciendo? —preguntó.

Asentí.

—¿Tiene que ver con tu familia?

Asentí de nuevo.

—¿Tiene que ver con algo ilegal?

Esta vez negué con la cabeza.

—No. No infringimos la ley.

—Eso es lo que dijo el jefe. —Me entregó una servilleta—. Ya no pienso que hayas matado a alguien, ni que estés del lado equivocado de la ley. Pero necesito que hables conmigo,

que me expliques qué está pasando, para poder protegerte.

—No necesito protección —dije.

Se frotó la cara con las manos.

—Dan pensaba lo mismo. Al menos hasta que vino a verme, y para entonces ya era demasiado tarde.

Necesitaba salir de su coche y caminar. Necesitaba estar sola para poder pensar en lo que estaba pasando. Abrí mi puerta.

—Voy a caminar al trabajo. Necesito pensar antes de llegar allí.

Palmer puso una mano en mi brazo.

—Por favor, no lo hagas.

Me volví hacia él y vi que estaba preocupado por mí.

—Puedo llevarte y revisar la tienda. No tenemos que hablar y no tengo que hacerte preguntas.

Cerré mi puerta.

—De acuerdo.

Presionó el botón de encendido y una mujer golpeó su ventana. Me sobresalté por el ruido fuerte, luego me reí cuando escuché a la mujer de cabello castaño claro hablarle a Palmer como si lo conociera.

—Steve, pensé que eras tú. Dime que estás investigando.

—¿Marcy? ¿Qué haces aquí? —preguntó Palmer.

—Sigo siendo la madre de sus hijos y necesito algunas respuestas. Nadie en la estación parecía saber dónde estabas, así que decidí empezar por lo obvio y estar atenta por si te veía.

Me aclaré la garganta suavemente.

—Esta es mi amiga, Isabella Proctor. Ella me está ayudando.

—Lamento su pérdida —dije.

Marcy me miró de arriba abajo y sonrió con suficiencia.

—¿Desde cuándo las investigaciones de asesinatos se han convertido en citas?

—Marcy, ella me está ayudando a encontrar al asesino de Dan. Tal vez deberías intentar ser amable con ella.

—Está bien —resopló—. ¿Tienes alguna pista? Ese otro detective no quiso decirme nada.

—Ella no puede hablar sobre un caso en curso. Tal vez si fueras su pariente más cercano, pero no lo eres.

—Y por eso estoy aquí, hablando contigo. ¿Esta mujer Wheeler te dijo algo?

—Marcy, necesito llevar a Isabella. ¿Por qué no almorzamos y te cuento todo lo que sé?

Marcy frunció el ceño.

—Encuétrame en el Crispy Biscuit al mediodía, y puedo explicarte todo lo que pasó esa mañana.

—De acuerdo, pero tú pagas —dijo Marcy.

Palmer asintió, luego subió la ventanilla. Una vez que Marcy se alejó del coche, lo puso en marcha y se fue.

—Lo siento por eso. Puede ser un poco intensa.

Sonreí.

—Ya lo creo. ¿Lo suficientemente intensa como para matarlo ella misma?

Palmer lo pensó por un momento.

—No lo creo.

—Realmente no sé por qué esos dos tipos estaban viendo a Dan. Sea cual sea la razón, no

puede ser la misma por la que vinieron a verme. A menos que Dan fuera secretamente también un herborista.

Palmer se rio.

—Definitivamente no. ¿Por qué verían a Dan y luego irían a ti por el aceite que querían?

—No estoy segura de que los dos eventos estén relacionados. Dan ya estaba muerto cuando Wolfe vino a verme por primera vez.

—¿Y este aceite realmente funciona para cambiar la suerte de las personas? —preguntó Palmer.

Suspiré. Mi explicación probablemente iba a poner a prueba su credulidad.

—No. No así. Es complicado. ¿Sabes cómo mucha gente cree que las plantas tienen propiedades curativas?

—Sí, como masticar corteza porque tiene el ingrediente activo de la aspirina.

—Exactamente. Y se han gastado miles de millones de dólares en investigar plantas tropicales raras para descubrir cómo pueden ayudar a las personas. Es una industria enorme. En fin, lo que querían que hiciera dañaría a alguien.

—¿Y cómo no es eso un veneno?

—No es algo físico, es más bien un efecto placebo.

—No lo entiendo.

—Es difícil de explicar, pero si crees que vas a tener mala suerte, eso es lo que tiendes a ver.

Menos mal que estábamos en un semáforo, porque Palmer estalló en carcajadas.

—¿Por qué tendrías que hacer nada? ¿No serviría cualquier cosa mientras tuviera una etiqueta?

Y ahí estaba. El inevitable desprecio de Palmer hacia mi trabajo, tachándolo de fraude.

—Hay más que eso, pero como no eres herbolario, llevaría demasiado tiempo explicarlo. No sé si realmente funciona. Nunca he hecho el aceite de hechizo que quería, ni nada que pudiera dañar a la gente.

—¿Nunca?

—Por supuesto que no. ¿Qué clase de persona crees que soy?

Palmer me miró.

—Lo siento. No sé cómo funciona tu negocio, ni qué harás o no harás.

—Ciertamente no hago cosas que dañen a otros.

—Pero les diste algo anoche. ¿No era el aceite?

Le di una pequeña sonrisa.

—No era aceite de hechizo. Les hice algo que parecía similar, pero lo hice de manera que no pudieran dañar a nadie, y que la mala suerte que deseaban para otros les cayera a ellos mismos.

Se rio entre dientes.

—No les va a gustar eso.

—No, no les gustará. Espero que no se den cuenta hasta que se vayan del pueblo y luego decidan que es demasiado trabajo volver.

Palmer se estacionó en un lugar frente a la botica.

—Cuando vuelvan, tendrás que darles lo que te pidan.

—No puedo hacer eso. Va en contra de mi... —¿Mi qué? No hice un juramento de no hacer daño. Violaba mi ética personal—. Mi código ético. No puedo hacer cosas que dañen a

otros.

—Tu código ético no te servirá de nada si estás muerta. Estos tipos no están jugando, Isabella. Pude darme cuenta al verlos anoche.

—Tienes razón. No lo están. ¿Qué tenía Dan, o qué hizo, que les interesara tanto?

Palmer cerró los ojos.

—No tengo ni idea.

—Pensé que solo había metido la pata en algún negocio y finalmente había enfadado a la gente equivocada. Pero eso no encaja con estos tipos y lo que querían de ti.

—El viejo es Harold Wolfe, y no sé quién es el otro tipo. Lo llamo el Señor Apuñalador, porque no paraba de hacer gestos de apuñalar antes de que entraras.

—¿El Señor Apuñalador?

—Escucha, no puedo controlar los apodosos que mi cerebro inventa para la gente.

—De acuerdo entonces, el Señor Apuñalador. ¿Dijeron que volverían?

—No mencionaron un momento específico para volver, pero insinuaron la idea de que tendría que hacer lo que quisieran, ahora que había hecho una cosa mala para ellos.

—¿Chantaje?

—Lo más probable.

—¿Y cuando la persona a la que intenten hechizar... no puedo creer que esté diciendo esto... no esté hechizada? ¿Qué harán entonces?

Hice una mueca.

—Definitivamente volverán.

—Tenemos que encontrarlos antes de que eso ocurra.

No me gustaba cómo sonaba esto.

—Pero no tenemos ninguna razón para creer que mataron a Dan. Podría ser solo una coincidencia que estuvieran en el comedor al mismo tiempo. Definitivamente tenemos mejores sospechosos que ellos.

Frunció el ceño.

—Los tenemos, pero apuesto a que ninguno de ellos resulta ser culpable. Mi instinto me dice que fueron esos dos.

Miré mi reloj.

—Necesito abrir la botica.

—De acuerdo. Quédate cerca detrás de mí.

Cruzamos la calle, y mientras yo abría la puerta, Palmer se agachó y sacó una pistola de su funda en el tobillo.

—Qué conveniente —comenté.

—Déjame entrar primero.

Lo seguí a la tienda, abriendo mis sentidos para determinar si había alguien aquí. No sentí a nadie, y exhalé un suspiro de alivio. Aún podía sentir los residuos de la magia de anoche, pero podía limpiar el aire con la vela apropiada.

Palmer revisó la tienda, luego el invernadero y luego caminamos por el callejón de vuelta a la puerta principal, donde Jameson nos estaba esperando.

—Parece que todo está bien. Quiero que mantengas tu teléfono contigo en todo momento y me llames si crees ver a Wolfe y al Apuñalador.

Wolfe y el Apuñalador. Sonaban como un dúo cómico.

—Lo prometo. No quiero tener nada que ver con ellos. Pero como dije, no creo que vuelvan hoy.

—Puedo hacer que Kate venga a pasar el día aquí.

—No lo hagas. Esa pobre mujer va a pensar que es mi guardaespaldas permanente. Te prometo que puedo cuidarme sola. Krav Maga, ¿recuerdas?

—¿Cómo podría olvidarlo? Me prometiste que entrenaríamos juntos un día.

Salió de la botica, pero noté que no se fue conduciendo durante al menos media hora.

Encendí la vela de Trina y deseé por lo que parecía la millonésima vez que ella estuviera allí conmigo. Cada vez que no tenía clientes, intentaba encontrar a Wolfe y al Apuñalador en internet. No esperaba tener suerte, pero era lo único que podía hacer para seguir investigando. Por diversión, busqué la tienda de pociones de Hester y, para mi sorpresa, la encontré. La anunciaba como un negocio solo por correo y la gestionaba a través de un apartado postal en Meredith. ¿Alguien en Sewall sabía que estaba vendiendo a no brujas? Revisé su inventario y decidí que estaba bien. No estaba anunciando nada a la venta que una persona no pudiera conseguir en un millón de otros lugares.

Era la sección de "pedidos especiales", donde animaba a los clientes a describir lo que necesitaban, lo que me preocupaba. No tenía forma de saber qué vendería. Decidí hablar con la abuela sobre esto.

Llamé a Thea y Delia, y les pedí que trajeran el almuerzo.

—Claro, ¿qué quieres? —preguntó Delia.

Pensé por un momento.

—Pollo tikka.

—Estaremos allí en una hora —dijo.



Fieles a su palabra, una hora después mis primas irrumpieron por la puerta de la botica con una gran bolsa marrón llena de comida india. Mi estómago rugió: había pasado mucho tiempo desde que me comí el éclair, y honestamente, no fue suficiente para sobrellevar la estresante mañana que había tenido.

—No te ves muy bien —dijo Delia después de que todas nos hubiéramos servido el almuerzo.

—No lo estoy. Tuve problemas con un par de tipos ayer.

—¿Se lo dijiste a Palmer? Estoy segura de que él se encargaría de eso por ti —preguntó Delia.

—De hecho, se topó con parte de lo que sucedía y me sacó de apuros anoche.

—¿Como, problemas serios? —preguntó Delia.

—Por la diosa, Delia. Deja que cuente la historia —dijo Thea.

—Este tipo, Harold Wolfe, vino y quería que hiciera aceite de maleficio. Me trajo tierra de la tumba de H. H. Holmes. —Cuando ninguna de ellas pareció saber de quién hablaba, añadí —: El primer asesino en serie de Estados Unidos, criado en New Hampshire. Le dije que no lo haría, pero daba miedo. El cielo se oscureció mucho, y juro que invocó un rayo y lo hizo caer en la calle frente a la tienda.

La boca de Delia formó una O, pero no dijo nada.

—Por supuesto, no hice el aceite de maleficio. En su lugar, preparé una poción anti-maleficio. Era una receta de los archivos de Trina, diseñada para volverse contra el usuario. Ella

creó una serie de estas pociones justo antes de morir. En fin, Wolfe regresó justo antes de que cerrara, y trajo a un amigo. Lo único que hizo el amigo fue atacarme psíquicamente, y si no fuera por el amuleto, estaría muerta, o algo peor.

Fue el turno de Thea de parecer asombrada.

—Podría haber ganado, excepto que Palmer entró. Le había puesto un hechizo de protección ayer, y eso evitó que fuera afectado por el conjuro que Wolfe había puesto en el área para mantener alejada a la gente. En el momento en que me tocó, fue como si su protección se sumara a la mía. En ese punto, el otro tipo, al que llamo "Apuñalador", se dio cuenta de que no tenía caso y se fueron con el aceite que hice.

—Esto es demasiado peligroso. Tienes que decírselo a las tías —dijo Thea.

Tomé un bocado de pollo y me quedé pensando. ¿Podría manejarlos yo sola? No hice un buen trabajo la noche anterior, y si Palmer no hubiera entrado, no estaba segura de haber salido ilesa de la tienda. ¿Pero llamar a las tías? Tenía que haber algo más que pudiera hacer primero. —Todavía no. Si puedo practicar más con mi amuleto, creo que estaré bien.

Jameson maulló desde su percha en la sala de preparación. —Además, Jameson me ayudará.

Thea parecía escéptica. —Sé que es un familiar y todo eso, pero ¿realmente es lo suficientemente fuerte como para protegerte de alguien que ha dominado los elementos?

No estaba segura de eso. Sin embargo, Jameson no iba a permitir que se manchara su buen nombre. —Miren afuera —llamó.

Miramos por la ventana de la oficina y vimos formarse un tornado de cinco pies de altura frente al invernadero. No tenía idea de que pudiera hacer algo así, pero no iba a dejar que mis primas supieran que estaba tan asombrada como ellas. —¿Eso responde tu pregunta?

—Definitivamente necesito conseguirme un familiar —susurró Delia.

Desafortunadamente para ella, el proceso de obtener un familiar no funcionaba así. El animal elegía a la bruja y, por lo que había aprendido de niña, solo elegían a brujas excepcionalmente dotadas. Todavía no podía entender por qué Jameson me había elegido a mí. Claro, era mucho más fuerte con el amuleto, pero aún me sentía como una bruja normal.

El tornado se disipó y Jameson entró en mi oficina. —La protegeré de Wolfe y el Apuñalador. Ustedes dos asegúrense de no delatar a las tías sobre lo que está pasando.

Salió caminando, con la cola en alto. Sabía que dormiría al menos una hora, porque hablar con cualquier bruja que no fuera yo lo agotaba. Thea y Delia lo vieron marcharse, pero al menos finalmente habían superado la mayor parte de su reverencia hacia él. No creía que fuera bueno para su ya masivo ego que continuaran adulándolo.

Capítulo 15



A la mañana siguiente, Jameson me despertó con un cabezazo. Podía hablar, podía usar sus patas para sacudirme suavemente, pero no, supongo que necesitaba complacer su naturaleza felina y despertarme de la manera más molesta posible.

—Ya basta —murmuré.

Volvió a golpear su frente contra la mía.

—Vale, ya está, ¿qué quieres?

Abrí los ojos y vi su nariz a un centímetro de la mía.

—Esto mejor que sea importante.

Retrocedió y se sentó sobre mi vejiga llena. Lo levanté y lo coloqué junto a mis piernas.

—Kate está fuera —dijo.

—Dame un minuto.

Aparté las mantas y me dirigí al baño. ¿Qué hacía Kate aquí tan temprano? Mi alarma de las siete ni siquiera había sonado todavía. Me lavé las manos y la cara y al abrir la puerta del baño encontré a Jameson esperándome.

—¿Vas a dejarla entrar?

—Dame un minuto para vestirme. ¿Ha llamado?

—No. Está sentada en el pasillo, esperando a que salgas.

¿Por qué demonios haría eso? Más importante aún, ¿puede mi gato ver a través de las paredes?

—¿Cómo sabes lo que está haciendo detrás de una pared que supongo que no puedes atravesar con la mirada?

—Los humanos sois tan fáciles de descifrar. La oí paseando hace una hora, pero se cansó y se apoyó contra la pared. Se cansó de apoyarse y se deslizó hasta sentarse en el suelo. No se ha movido desde entonces.

—Vale, supongo que puedes oír lo que pasa fuera, pero ¿cómo sabes que es Kate?

¿Sabías que los gatos pueden poner los ojos en blanco? Yo no lo sabía hasta ese momento.

—No solo soy el familiar de una bruja, sino que desciendo de los grandes felinos

cazadores de la sabana africana. Puedo olfatear a una persona desde mucho más lejos que el pasillo.

¿He mencionado su ego? Nunca me había fallado, y nunca lo había pillado diciendo que podía hacer algo que no pudiera. Hasta que lo hiciera, estaba atrapada con su gigantesco sentido de la autoestima.

—De acuerdo. Me vestiré y luego la dejaré entrar.

Me tomé mi tiempo para vestirme, intentando pensar en una razón por la que estaría en mi pasillo a las siete de la mañana. Acababa de sacar la basura la noche anterior, había revisado mi correo cuando llegué a casa anoche, y no se me ocurría nada. No es como si pudiera decirle que mi gato sabía que ella estaba ahí fuera.

¿O sí podría?

Abrí la puerta y vi a Kate, sentada con los ojos cerrados y el vaso de viaje en la mano peligrosamente cerca de derramarse.

—¿Kate? —susurré, esperando que Jameson estuviera tomando nota de cómo despertar a alguien con suavidad.

Abrió los ojos y enderezó su vaso bruscamente.

Le tendí la mano para ayudarla a levantarse del suelo.

—Lo siento, ¿te he asustado?

—Debo haberme quedado dormida. Lo siento.

Sonreí.

—Vamos, entra, te prepararé el desayuno.

—¿Sabes cocinar? —preguntó.

—¿Por qué estás durmiendo en mi pasillo?

—No pretendía quedarme dormida, pero no pude evitarlo.

—Sí, pero ¿por qué mi pasillo?

—Oh, eh. Se suponía que debía vigilarte y luego inventar una excusa para llevarte al trabajo y asegurarme de que nadie estuviera esperando para emboscarte.

—Le dije a Palmer que no era necesario. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Kate miró su reloj.

—Unas cuatro horas o así.

Me sentí mal por ella. No es como si pudiera decirle que no a Palmer, que no intentaría protegerme, no sin decepcionarlo, de todos modos.

—Te propongo un trato. La próxima vez que te envíe aquí, avísame de inmediato y te dejaré entrar. Al menos podrás dormir en el sofá.

Kate se rio.

—Supongo que puedo hacer eso. No me dijo que tuviera que ser un secreto que estuviera aquí, y aunque lo hubiera hecho, ese secreto ya se ha descubierto.

Mi estómago rugió.

—Vamos, entra. Supongo que tú también tienes hambre, ¿no?

Kate enjuagó su vaso de viaje en el fregadero.

—Me encantaría desayunar, ¿y tal vez más café?

—El café está en el congelador. Prepara una cafetera entera y yo haré el desayuno. ¿Qué te parecen huevos revueltos y tostadas?

Kate me sonrió, y mi corazón dio un pequeño salto. Tal vez por fin había superado los errores que cometí cuando nos conocimos, y ella me había perdonado completamente.

—Suena genial.

Puse la sartén en la estufa, cascé cuatro huevos en un bol y los batí con un poco de agua. Añadí sal, pimienta negra y eneldo.

Nos pusimos manos a la obra con el desayuno. Jameson, un notorio enemigo de la policía, incluso entró en la cocina. Debía de tener suficiente hambre como para ignorar el hecho de que Kate estaba allí. Puse comida en su cuenco y le di agua fresca.

—Aquí tienes, cariño —dije, sabiendo que se vengaría de alguna manera por llamarlo algo que no fuera Jameson. Aunque supongo que también aceptaría señor, su gracia o mi señor con igual agrado. Mejor no alimentar su ego.

Kate terminó de preparar el café y se volvió hacia mí.

—¿Puedo ayudar?

Vertí los huevos en la sartén.

—Puedes poner el pan en el horno tostador, luego creo que solo necesitamos poner la mesa.

Kate sacó platos y cubiertos de los armarios.

—Los huevos huelen delicioso.

—Es el eneldo. Te encantarán.

Nos sentamos en la mesa del comedor a comer, y tuve un destello de Kate como mi nueva compañera de piso. Sacudí la cabeza. Eso nunca funcionaría. Desde que Abby se había mudado, me sentía más cómoda en el apartamento, sin preocuparme por lo que pudiera encontrar, o qué tipo de pistas pudiera juntar para darse cuenta de que era una bruja. Nunca tendría una oportunidad con Kate: notaría algo, y no pasaría mucho tiempo antes de que tuviera que decirle la verdad.

Tomé un bocado de huevos para ocultar la tristeza que se extendía por mi rostro. Por muchos amigos que parecía tener, por buenas que fueran mis relaciones con los clientes, me sentía sola.

—¡Tenías razón, están deliciosos! —dijo Kate.

Levanté la mirada y le sonreí. No era bueno ignorar los pequeños destellos de amistad que tenía. —Gracias. La tostada también está, eh, tostada.

Ambas reímos y mi corazón se rompió un poco más.

—¿Por qué quería Palmer que vinieras? —pregunté después de un gran sorbo de café.

—Dijo que había unos tipos causándote problemas. Pensó que la presencia policial sería suficiente para mantenerlos alejados.

Fruncí el ceño. —Pero ni siquiera estás de uniforme.

—No necesito uniforme, tengo mi placa y mi arma. Además, es mi día libre, y pensé que podríamos investigar un poco más antes de que tuvieras que abrir la botica.

—Excelente. Estaba pensando que me gustaría volver al Crispy Biscuit e intentar recordar algo más de lo que pasó. Pensé que si estuviera allí, podría recordar más.

Kate miró su plato vacío. —Probablemente no deberíamos haber desayunado aquí, entonces.

Sonreí. —Un segundo desayuno siempre es una opción, aunque no seamos hobbits. —Miré mi reloj—. Tengo que estar en la tienda en dos horas, así que tenemos tiempo de sobra para hacer un poco de trabajo detectivesco ligero.

Kate limpió la mesa mientras yo cogía mi teléfono y las llaves. —¿Lista? —pregunté.

—Absolutamente.

Jameson nos siguió hasta la puerta. —¿Dejas salir a tu gato durante el día? —preguntó

Kate.

—Si el tiempo es bueno, sí. Sospecho que se aburre dentro de casa todo el día, y no quiero que lo arañe todo.

—Siempre podrías quitarle las uñas —sugirió.

Jameson siseó.

—Es casi como si hubiera entendido lo que dije —dijo Kate con una risa.

Negué con la cabeza. —Su dueño anterior no lo hizo, así que yo tampoco lo haré. — Estaba segura de que él tampoco lo permitiría.

Una vez que salimos, Jameson se fue corriendo, persiguiendo a una ardilla hasta un árbol.



El viaje al Crispy Biscuit solo tomó unos minutos en el coche de Kate.

Emma nos recibió en la puerta. —Hola, Isabella. ¿Mesa para dos?

—Emma, ¿recuerdas a la oficial Stanton?

Emma miró a Kate. —Por supuesto, hablamos hace unos días.

Kate asintió. —Isabella quiere sentarse en la misma mesa y ver si puede recordar algo más de aquella mañana. ¿Es posible?

Emma miró hacia el comedor. —Están de suerte, esa mesa está vacía. —Cogió dos menús y nos guio hasta el comedor.

Una vez que nos sentamos y Emma tomó nuestros pedidos de bebidas —café para Kate y zumo de naranja para mí—, Kate preguntó: —¿Puedes unirme a nosotras unos minutos? Me gustaría escuchar también tu versión de aquel día.

Emma examinó el comedor. —Denme unos minutos para traerles sus bebidas y avisar a Liz de que me tomo un descanso.

Miré alrededor de la sala, tratando de recordar lo que había visto aquella mañana con Mina. —Bien, esto es lo que pasó. Entré y vi a Mina sentada aquí, donde estás tú. Estaba frente a Palmer. Hablamos y reímos. En un momento, Juliana pasó por la mesa con sus hijos, que corrían por el pasillo.

Cerré los ojos para pensar más. —Eso fue antes de que Dan muriera.

Vi que Emma casi se cae, y sin pensarlo realmente, usé un poquito de magia para ayudarla a mantenerse en pie. No necesitaba derramarse una bandeja entera de bebidas encima en una mañana tan ajetreada. —Justo antes de que Dan empezara a tener problemas, recuerdo que Emma casi se cae. Fue la recuperación más espectacular que he visto nunca. Estaba segura de que iba a tirar toda la bandeja.

Abrí los ojos y vi a Kate frunciendo los labios. —¿Alguien chocó con ella o se interpuso en su camino? —preguntó.

—No. No había nadie cerca de ella. —Eso no parecía correcto. Emma había estado trabajando en el Biscuit desde que tenía edad para trabajar. Podía manejar fácilmente una bandeja de bebidas, incluso si había gente en su camino. ¿Había pasado algo que no vi?

—¿Y luego qué pasó?

—Entonces oí golpes en una mesa detrás de mí. Me giré para mirar y vi a Palmer sentado con su primo, aunque entonces no sabía quién era.

—Vale, mantén esa imagen. ¿Había alguien cerca de ellos?

El Biscuit estaba lleno esa mañana. No había notado a nadie que pareciera fuera de lugar, sin embargo. —Todas las mesas de esa sección estaban llenas. Cuando me giré para ver qué era el ruido, todo el mundo ya estaba mirando a Dan. Una vez que salió de la mesa, se veía bastante mal, y la gente se alejó más de él. Solo Palmer se levantó e intentó ayudar.

—¿Viste a alguien saliendo?

—Para cuando quedó claro que Dan estaba en problemas, mucha gente se estaba yendo. Tal vez Emma pueda ayudar con los nombres de los clientes, pero yo estaba demasiado centrada en Palmer y Dan en ese momento.

Miré detrás de mí hacia la mesa junto a la que Dan había muerto.

Kate puso su mano sobre la mía. —Oye, no es tu culpa. No había nada que pudieras haber hecho para salvarlo, aunque fueras médica.

Me volví hacia ella y contuve las lágrimas. Había leído mi mente, y tenía razón. Para cuando me di cuenta de lo que estaba pasando, dudaba que algo menos que la magia más poderosa posible hubiera podido traer a Dan de vuelta.

—Lo sé. Aun así me siento impotente, ¿sabes? Curo a la gente, y es difícil quedarse de brazos cruzados y ver morir a alguien.

—Lo es —dijo Kate—. He tenido que hacerlo en el trabajo.

El teléfono de Kate sonó, interrumpiendo nuestro momento de conexión.

—Sí, claro. Estaré ahí enseguida —colgó y dijo—: Wheeler quiere hablar conmigo. No sé de qué, pero dudo que sea algo bueno. ¿Puedes hablar con Emma tú solo y luego informarme?

—¿Quieres que interroge a un testigo?

—Es tu amiga, sabrás si está diciendo la verdad o no. Además, se te da bien hacer hablar a la gente.

Kate se levantó, dejó un billete de cinco dólares en la mesa y salió a grandes zancadas.

Me quedé sentado solo en la mesa, preguntándome si habría podido salvar a Dan si hubiera pensado en usar el amuleto. Parecía saber lo que yo quería y me ayudaba cuando lo necesitaba, pero ¿lo habría hecho entonces? Me invadió el remordimiento de que nunca lo sabría.

Emma trajo nuestras bebidas a la mesa y se deslizó en el asiento frente a mí.

—¿La oficial Stanton tuvo que irse?

—Recibió una llamada y me dejó para hacerte preguntas. ¿Notaste algo extraño con Palmer o su primo esa mañana?

Emma pensó por un momento.

—No. Estaban teniendo una discusión intensa, pero eso ocurre a veces. La gente va a los restaurantes para tener conversaciones difíciles para asegurarse de que la otra persona no se altere.

Asentí.

—¿Alguien se acercó a ellos?

—¿Aparte de esa mujer de la que te hablé y el personal del restaurante? No. No vi a nadie.

—De acuerdo, ahora cuéntame sobre esa extraña caída que casi tuviste. Eso no es típico de ti.

Ella se rió.

—Lo había olvidado. A veces simplemente tienes un mal día. Eso debe haber sido lo que pasó.

—Aguanta un minuto, ¿vale? ¿Escuchaste o sentiste algo extraño antes de tropezar?

Se mordió el labio.

—No se lo mencioné a la policía porque estaba segura de que nunca me creerían, pero juro que sentí como si alguien me golpeara el hombro.

—Interesante. ¿Cómo te golpeó?

—Como cuando alguien quiere llamar tu atención en el pasillo de la escuela secundaria, simplemente chocan su hombro contra el tuyo y siguen caminando.

—De acuerdo, entonces ¿se sintió como si alguien te hubiera chocado mientras caminaba en la dirección opuesta?

Emma asintió.

—Sí, pero no había nadie allí. Y justo antes de empezar a caer, sentí como si hubiera una pared detrás de mí, sosteniéndome. No sé qué me pasaba, tal vez fue un mareo o algo así.

—¿Sueles tener mareos?

—No. Normalmente no. Ese fue el primero.

—¿Hay algo más que no le hayas contado a la policía? En serio, cualquier cosa, sabes que yo no juzgo.

—Sé que no lo haces. Pero no hay nada más. Solo tuve un momento extraño por un segundo y luego continué como de costumbre el resto del día.

—¡Emma! —llamó una voz desde la cocina.

Ella miró su reloj.

—¿Hay algo más? Mi descanso ha terminado.

—No, estamos bien aquí. Gracias. Si recuerdas algo, llámame.

Se levantó y dejó mi cuenta en la mesa.

—Claro que sí.

No estaba listo para irme todavía. Me sonaba a que ella accidentalmente se había topado con alguien que había lanzado un hechizo de invisibilidad sobre sí mismo. Cerré los ojos y abrí mis sentidos al restaurante. Busqué el pequeño rastro de mi hechizo que evitó que Emma se cayera. Una vez que lo encontré, me expandí para buscar cualquier otro rastro mágico y encontré el más mínimo hilo de alguien más usando magia en el Biscuit ese día.

Capítulo 16



Agarré mi amuleto y me concentré en el débil rastro. Había puntos más brillantes entre la mesa de Palmer y la puerta, y asumí que era por donde la bruja había cruzado su camino al salir del restaurante. Seguí los puntos brillantes hasta afuera y comencé a caminar por la acera.

—Es de mala educación ignorar a tu familiar —oí decir a Jameson.

Me di la vuelta y miré hacia abajo. Jameson estaba parado detrás de mí. Tenía que tomar una decisión. No quería alimentar rumores para la red de chismes, así que no podía simplemente caminar y hablar con mi gato. Podría sacar mi teléfono celular y fingir que estaba hablando con alguien más, dejando que Jameson decidiera si quería sonar como un gato maullando o hablar solo en mi mente. Por otro lado, podría practicar hablar en su mente sin gritar. Esa era definitivamente la mejor opción. «No te vi, lo siento».

Hizo una mueca. «Puedes pensar un poco más suave. Generalmente no estoy lejos de donde sea que estés. No tienes suficiente experiencia para que te dejen salir sola todavía».

¡Ja! «Al menos mi familia piensa que sí».

«¿De verdad lo piensan?»

Fruncí el ceño. Podría tener un buen punto ahí. «Estoy siguiendo un rastro de magia muy tenue y aparentemente fea. ¿Puedes verlo?»

Jameson dijo: «Puedo ver todos los caminos de magia dejados aquí. ¿De cuál estás hablando?»

Vaya. Yo apenas podía sentir uno, y él podía ver quién sabe cuántos. «Es del sábado, y se siente mal. No sé cómo describirlo de otra manera porque apenas puedo sentirlo, incluso con el amuleto».

«Creo que sé a cuál te refieres. Sígueme y avísame si me desvíó del rastro que estás siguiendo».

Caminamos durante doce manzanas, pasando la Casa Proctor, antes de que mirara mi reloj. Necesitaba estar en el trabajo en una hora. «¿Tienes alguna idea de dónde termina el rastro?»

«No. Pero no será pronto».

«Tal vez deberíamos volver y pedir prestado el Kia. Aunque no sé si puedes seguir el

rastró en un coche».

Jameson resopló en voz alta. «Por supuesto que puedo».

Volvimos caminando a la Casa Proctor y entramos a la cocina. La tía Nadia y mi madre estaban limpiando después del desayuno, y la abuela estaba bebiendo té en la mesa.

—Isabella, qué gusto verte —dijo mi madre mientras me abrazaba.

—Hola, mamá. Necesito pedir prestado el Kia.

Pareció sorprendida. Nunca había pedido prestado el coche, aunque después de mi muy irregular noche en el DMV, tenía licencia de conducir. —¿En serio?

—Sí. Jameson y yo estamos... —Demasiado tarde, me di cuenta de que probablemente no debería hablar de lo que estábamos haciendo.

La sonrisa feliz y alegre de mi madre fue reemplazada por un ceño fruncido. —¿Tú y Jameson están haciendo qué, exactamente?

La tía Nadia guardó el tazón que sostenía y comenzó a escalfar una rodaja de salmón para Jameson. Nadie me había ofrecido ni siquiera una taza de té. —Ella y el gato están investigando. ¿Acaso necesitas preguntar a estas alturas?

—No puedo creer que el detective Palmer quiera que te involucres en un asesinato —dijo mi madre.

—Bueno, mamá, es así. A él no se le permite investigar, pero lo está haciendo. A Kate no se le permite investigar, pero lo está haciendo. A mí nunca se me permite investigar, pero eso no me ha detenido hasta ahora. Sé que hay magia involucrada aquí, y ellos dos están completamente desprevenidos para eso. Si puedo mantener un ojo sobre ellos y la investigación, tal vez estaré ahí cuando me necesiten. No puedo simplemente sentarme y ver a mis amigos caminar hacia un peligro que ni siquiera saben que existe.

—Y eso es encomiable —dijo la abuela—. Mientras estés encargada de vigilar a las brujas con el amuleto, es importante no dejar de lado a los no brujos, especialmente a tus amigos.

Mi madre le lanzó una mirada. —No es lo que decías cuando éramos más jóvenes.

La tía Nadia puso un plato de salmón cocido en la mesa de la cocina frente a Jameson. —Deja que se enfríe un poco primero.

Me rendí y me preparé una taza de té.

—Cuando eras más joven, no tenías un amuleto. Las cosas son diferentes para Isabella ahora. El curso de su vida ha dado un gran giro, y todo lo que podemos hacer es acompañarla y apoyar su misión. Así que si dice que ella y su familiar necesitan un coche, todo lo que debemos hacer es preguntar si necesita dinero para gasolina o si alguien debe ir con ella —dijo la abuela.

Mi madre se sentó a la mesa y puso la cabeza entre las manos. —Lo sé. Y debes tener una idea de cómo me siento, o no habrías enfatizado tanto que no debía aceptar un amuleto cuando era más joven.

La abuela puso su mano sobre el brazo de mi madre. —Lo sé, Michelle, es difícil. Es difícil ver a tu hija crecer. Es difícil verla emprender un camino que no habrías elegido para ella.

Mi madre sorbió una vez y bajó las manos. Tomó una respiración profunda y dijo: —Gracias, mamá.

Se levantó y volvió al fregadero para lavar más platos. Pero antes de que pusiera las manos en el agua jabonosa, le di un abrazo. —Seré absolutamente tan cuidadosa como pueda ser. Y tengo a Jameson, así que no necesitas preocuparte demasiado por mi seguridad. Es bastante increíble, y dudo que deje que me pase algo.

—No estoy segura... —mi madre se interrumpió.

—¿No estás segura de qué? —pregunté.

—No importa. No era un buen pensamiento. Estoy segura de que tienes razón y Jameson ha aprendido su lección sobre proteger a su bruja.

Se estaba haciendo tarde, y podríamos estar así todo el día. —Voy a consultar con Thea y Delia sobre el coche. No tengo mucho tiempo esta mañana.

Antes de que alguien pudiera arrastrarme de vuelta a la conversación, me apresuré a salir por la puerta de la cocina hacia el comedor y subí las escaleras a los dormitorios del segundo piso. Delia estaba en su habitación, terminando de maquillarse.

—Oye, tengo un favor que pedirte —dije.

—Buenos días a ti también. ¿Qué necesitas?

—Necesito el coche. Jameson y yo encontramos una pista, pero tenemos que seguirla por la ciudad. Tengo que ir a trabajar en poco más de una hora, así que debo darme prisa.

Thea se unió a nosotros y dijo: —Claro. No lo necesitamos hoy.

—Con una condición —dijo Delia—. Que yo vaya con vosotros.

Sonreí. —De acuerdo. Siempre que Jameson diga que está bien.

Los ojos de Delia se iluminaron. —¿Lo has traído? ¿Mi madre le preparó el salmón que compró ayer?

Asentí. —Sí. No entiende por qué mi presupuesto no alcanza para darle pescado fresco todos los días. Ella lo va a malcriar, y en algún momento me dejará por ella.

Delia dejó su rímel y se dio un último vistazo en el espejo iluminado. —Vale, estoy lista para irnos.

—Sí, no hay problema. Yo me quedaré aquí —dijo Thea.

—No te quejes. Tú fuiste a Sewall mientras yo me quedé para abrir la oficina. Ahora es mi turno.

La conversación en la cocina había terminado cuando regresamos. Jameson también había terminado su salmón. —Es hora de irnos —dije.

Jameson saltó de su silla y salió por la puerta para gatos.

—Prometo que tendremos cuidado —le aseguré a mi madre—. Tengo a Jameson y a Delia conmigo. ¿Qué podría salir mal?

El trabajo de hechicería de Delia aún no era bueno, así que existía la posibilidad de que ocurriera algo sorprendente, pero era un riesgo que tendríamos que correr.

Una vez fuera, Delia dijo: —Tú conduces. Necesitas la práctica.

Puse los ojos en blanco. —Claro que no. Soy una conductora perfectamente competente.

—Sí, claro. Cuéntame otra vez sobre tu examen de conducir.

Empezaba a arrepentirme de haberles contado a mis primas cómo Palmer había arreglado que obtuviera mi licencia de conducir. Había pedido un favor a un amigo, y supongo que mi examen fue el tiempo que me tomó conducir su coche desde mi apartamento hasta el DMV. —Palmer fue muy exigente con mi forma de conducir. Si él cree que soy una buena conductora, debería ser suficiente para cualquiera.

Subimos al coche y Jameson saltó al regazo de Delia.

—Vuelve por donde vinimos y te avisaré dónde girar —ordenó Jameson.

—Como digas, jefe —respondí.

Presioné el botón de encendido y puse el coche en marcha. Hasta ahora todo bien, excepto que tenía que salir marcha atrás del camino de entrada. Por el rabillo del ojo, vi que Delia sonreía con suficiencia, pero sabiamente no dijo nada.

Condujimos por Market Street hasta Islington Street, y finalmente Jameson dijo: —Entra

aquí.

Aparqué el coche en el estacionamiento de BioSolutions. —¿Estás seguro?

—El rastro llega hasta la puerta principal.

Miré a Delia y a Jameson. —¿Y ahora qué hacemos?

—¿Vinimos aquí para quedarnos fuera mirando, o vinimos para seguir el rastro dondequiera que nos lleve? —preguntó Jameson.

Nunca había recibido una charla motivacional que al mismo tiempo pareciera decepcionada conmigo. —Pero tú no puedes entrar.

Delia empezó a sacar cosas de su bolso. —Puede esconderse aquí dentro.

Por fin, una razón para llevar un bolso. Contrabando de mi gato en edificios. Puede que tenga que comprarme uno pronto.

Delia metió suavemente a Jameson en su bolso. —¿Podrás guiarnos si te cierro aquí dentro? —le preguntó.

—No uso mis ojos para seguir el rastro. Me comunicaré solo con Isabella, no necesitamos que nadie me oiga.

Tomé una respiración profunda y la solté. Era hora de fingir valentía y ver adónde nos llevaba.

¿Tenía un plan? No. ¿Tenía Delia un plan? No que me hubiera dicho.

Cruzamos el estacionamiento y entramos al edificio con toda la bravuconería que pudimos reunir.

Detente aquí, ordenó Jameson cuando llegamos al área de recepción. —La mujer frente a nosotros sabe algo.

—De acuerdo. ¿Puedes darme algo más con qué trabajar? —pregunté.

Jameson no tenía nada más que decir.

Sentada en el gran mostrador curvo de recepción había una mujer alta y rubia de unos treinta y tantos años. Llevaba una blusa blanca y gafas rojas que hacían juego con el esmalte de sus uñas. —Buenos días. ¿En qué puedo ayudarles? —preguntó.

Mi resolución y bravuconería se evaporaron, y todo lo que podía pensar era que nos iban a descubrir. Llamaría a la policía y Palmer aparecería, listo para darme de nuevo su sermón de "no investigues asesinatos". O peor aún, vendría Wheeler y entonces estaríamos en un gran problema.

—Eh, hola. Sí. Me preguntaba si... —y no estaba segura de qué decir después de eso.

—Lo que mi amiga y yo nos preguntábamos es si hay algún trabajo disponible aquí en BioSolutions. Acabamos de graduarnos de la universidad y estamos buscando trabajo. Ya sabe cómo es —dijo Delia.

El rastro da la vuelta en este escritorio, así que es ella, dijo Jameson.

La mujer nos miró de arriba abajo. Ninguna de las dos estaba vestida para una entrevista. —No que yo recuerde —dijo—. Normalmente contratamos en mayo y diciembre, cuando la gente se gradúa de la universidad.

—Cuando digo que nos graduamos, supongo que quise decir que casi nos graduamos. Queríamos adelantarnos en la búsqueda de trabajo —dijo Delia.

Puse los ojos en blanco. No había nada más que hacer sino seguir con lo que ella había dicho. —Mi área de interés son las alergias, particularmente las que amenazan la vida. Por ejemplo, ¿escuchó sobre el tipo que murió el fin de semana pasado en el centro? Tengo una amiga que estuvo allí, y dijo que parecía un shock anafiláctico. —Me tomé un momento para parecer nostálgica—. Si pudiera ser parte del equipo que cure las alergias alimentarias como esa,

sentiría que he hecho algo útil con mi vida.

Entrecerró los ojos mientras fruncía el ceño. —Lo siento. Como dije, no tenemos ninguna vacante en este momento. Si quieren dejar sus currículums, puedo pasarlos a Recursos Humanos.

—¡Currículums! Sabía que olvidamos algo. Volveremos esta tarde con ellos —dijo Delia.

La agarré del brazo antes de que dijera algo más y la arrastré hacia la puerta. Una vez afuera, nos dirigimos directamente hacia el Kia. Solo después de subir al coche empezamos a reírnos. No estoy segura de que algo fuera realmente gracioso, pero era una buena manera de aliviar nuestra tensión colectiva.

—Si pudieras sacarme de la bolsa —dijo Jameson.

Su tono altivo me hizo reír aún más fuerte mientras señalaba la bolsa, esperando que Delia entendiera lo que quería. Lo hizo, y lo dejó salir.

Jameson se estremeció y sacudió su pelaje. —¿Alguna vez consideraste lavar esa bolsa? Hay pelo y polvo dentro.

Resoplé de risa y luego decidí que necesitaba controlarme. Si dejaba de reír, tal vez Delia también lo haría. Después de un par de respiraciones profundas y algunos pensamientos sobre el primo de Palmer, dejé de reír.

—No tengo nada. Simplemente parecía molesta con nosotras, lo que no habría pasado si Delia no hubiera inventado una historia tan estúpida —dije.

—¿Historia estúpida? Decir cualquier cosa es mejor que quedarse ahí parada como una idiota. Si no hubiera intervenido, eso es lo que habríamos terminado haciendo —dijo Delia.

—Niñas, dejen de pelear —advirtió Jameson.

Odiaba cuando pensaba que estaba actuando como una niña. —Bien. ¿Conseguiste algo? —le pregunté.

—Sí. Ella conoce al asesino, y quizás ayudó de alguna manera pequeña.

—¿Cómo sabes que ella misma no es la asesina? La gente piensa que el veneno es un método de asesinato femenino.

Jameson se lamió una pata y luego se limpió la cara con ella. —Sabemos que eso no es cierto, ¿verdad?

Lo sabíamos. En el caso anterior, Brent Thompson había asesinado a su madre con veneno, y unos días después estranguló a una mujer.

—El mal se detuvo con ella. No es posible que se quede en el escritorio todo el día. Si fuera la culpable, habría dejado un rastro hasta el baño de mujeres o la fuente de agua, o hasta la oficina de su jefe. El camino del mal se detuvo justo en su escritorio, pero ha dejado una mancha en ella. Conoce al asesino, pero no es la asesina.

—Bien, ¿y ahora qué hacemos? Necesito abrir la tienda en media hora.

—Y yo tengo un tour al mediodía —dijo Delia.

—Me quedaré. Ustedes dos vayan a ocuparse de sus responsabilidades humanas, y yo haré el trabajo real —dijo Jameson.

Estaba a punto de recordarle cómo mis responsabilidades humanas lo mantenían fuera de la lluvia cuando me ordenó lanzar un hechizo de camuflaje. Habíamos practicado toda la semana, así que lo activé casi instantáneamente, ocultándonos a los tres y a todo el Kia.

—Ella está saliendo. Conduce hasta la puerta para que podamos escuchar lo que está diciendo.

¡Vaya! ¿El hechizo de camuflaje ocultaría incluso el ruido de todo un motor de coche? Eso era impresionante. Arranqué el coche y conduje hasta la puerta.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Delia frenéticamente.

—Estamos camuflados, y Jameson dice que ella está saliendo.

El rostro de Delia decayó. —Oh. Ya veo.

Jameson no le había pedido que lanzara el hechizo, y estaba decepcionada. No la culpaba, pero honestamente, si ella lo hubiera lanzado, podríamos haber parecido y sonado como una banda de tambores y cornetas.

—Oye, Delia. Lo siento —dije.

Se frotó la nariz. —Está bien. No te preocupes por mí. La abuela dijo que es solo temporal, y que algún día nos reiremos de esto.

No parecía que fuera a reírse.

—Si ustedes dos han terminado de hablar, ¿tal vez podamos escuchar?

La recepcionista había salido del edificio y estaba parada a un lado de la puerta. Rebuscó en su bolso y sacó un paquete de cigarrillos, un encendedor y su teléfono móvil. Encendió el cigarrillo y comenzó a hablar por teléfono. —Sí, soy yo. Acaban de venir un par de chicas raras a la oficina.

Hizo una pausa por un momento para disfrutar de su cigarrillo, si es que eso es posible.

—Dijeron que querían trabajo, pero no trajeron currículos. La de pelo negro largo dijo que quería trabajar en alergias.

La persona al otro lado del teléfono debió haberla interrumpido.

—No lo sé. Alta, pelo negro, guapa. No dejó nombre. La otra tenía las puntas del pelo rojas. Me pareció una broma, pero dijiste que llamara si pasaba algo fuera de lo común.

Exhaló más humo. —Bien. Sí, si vuelven las retendré aquí y te llamaré. —Dejó caer el cigarrillo al suelo y lo pisó—. Mira, si ella realmente está buscando información sobre ti, sabes que no diré nada. Hasta que la muerte nos separe, cariño.

Guardó todo en su bolso y volvió a entrar.

Jameson saltó por la ventana y la siguió por la puerta.

Ya pueden irse fue su pensamiento de despedida para mí.

—Él se encargará desde aquí —dije mientras me alejaba conduciendo. Aparqué entre dos furgonetas grandes y liberé mi hechizo de camuflaje sobre todo excepto Jameson. Salí y comencé a conducir hacia el centro.

—Entonces, ¿es su marido? —preguntó Delia.

—Tal vez. Es difícil saberlo todavía. Espero que Jameson tenga más que decir más tarde. Mira, no te tomes lo del hechizo personalmente. Una vez que obtuve el amuleto, mi enfoque fue anulado, y Jameson me ha estado entrenando en lanzamiento de hechizos todos los días. Todo lo que realmente quería era hacer pociones, pero supongo que no obtengo lo que quiero.

—No lo sabía —dijo Delia suavemente. Extendió la mano y me apretó el brazo—. Parece que ninguna de las dos obtuvo lo que quería por ahora.

Capítulo 17



Llegué a la tienda justo a tiempo para abrir. Después de tener a Jameson conmigo los últimos días, la tienda se sentía vacía sin él. Me puse a trabajar con mi rutina de apertura, comenzando por encender la vela de Trina. —Las cosas no van muy bien por aquí ahora mismo, así que te agradecería que me vigilaras hoy.

No sabía si ella me estaba vigilando —si siquiera era posible que me vigilara—, pero pedir su ayuda siempre me hacía sentir más tranquila y como si tuviera una amiga de mi lado.

Después de una mañana ocupada atendiendo a clientes, encontré a Jameson en la sala de preparación. —¿Cómo entraste aquí?

Se lamió la pata antes de responder. —Las puertas realmente no pueden mantenerme dentro, ni fuera.

Bueno saberlo. Esto podría ser útil algún día. —¿Qué pasó con la recepcionista?

—Condujo hasta un apartamento y habló con un hombre. Ninguno de los dos está contento de que los hayas encontrado. Él parecía pensar que la fraternidad estaría muy descontenta.

—Es hora de llamar a Kate, ¿no?

Las campanas de mi puerta sonaron y di un salto. Había estado nerviosa todo el día, preguntándome si Wolfe y Stabby se darían cuenta de que su aceite de hechizo era peligroso para ellos. Hasta ahora, no había señales de ellos.

Me puse una sonrisa en la cara y salí al área de ventas. —Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarle? —le pregunté al hombre muy alto que estaba junto a las velas.

Me miró desde arriba. —¿Está sola en la tienda?

Mis protecciones personales habían estado activas todo el día, y Jameson estaba aquí conmigo, así que no me sentía demasiado vulnerable, pero él era intimidante. —Sí. Pero estoy esperando más clientes pronto.

—Eso no será un problema —dijo.

Abrió la puerta y entró Wolfe. El hombre alto se quedó afuera, bloqueando la entrada de mi tienda mientras Wolfe se arrastraba hacia mí. Cojeaba y su cara estaba cubierta de forúnculos. La magia enferma y grasienta que había sentido emanar de él antes apenas se registraba en mis

sentidos ahora.

—Supongo que crees que eres graciosa —dijo.

—No sé a qué te refieres.

—Tú me hiciste esto. Maldijiste el aceite de hechizo. Apenas puedo caminar, y Horatio está incapacitado.

La mala poción de Trina funcionó. Miré por la ventana y vi coches pasando. Parecía que Wolfe había perdido parte de su poder, por eso necesitaba a alguien para vigilar la puerta. No podía mantener la calle despejada con su magia. —Lo siento. No conozco a nadie con ese nombre.

Wolfe me miró con el ceño fruncido. —Horatio es el hombre que estuvo aquí conmigo la última vez que nos encontramos.

—¿Te refieres al hombre que intentó matarme? No le podría haber pasado a un tipo más agradable.

—En realidad es bastante doloroso para él. Cada vez que estornuda, aparece un ramo de flores. Las flores le hacen estornudar, y aparecen más flores. Ha agotado casi toda su capacidad mágica, y corre el riesgo de no poder recuperarse del hechizo.

¡Oh, Trina! ¿Qué hemos hecho? —¿Cuánto tiempo le queda?

—Calculo que cuatro horas antes de que pierda su poder para la magia por completo. Será solo otro humano sin poder.

—Así que no va a morir, ¿verdad?

—Por supuesto que no, niña estúpida. Sufrirá algo mucho peor.

—¿Perder su poder permanentemente? —pregunté.

Dio un paso hacia mí. Probablemente debería haberme sentido más amenazada, pero era difícil tomarlo en serio cuando ni siquiera tenía la energía mágica para mantener un glamour. Extendí la mano. —Detente ahí mismo.

Para mi sorpresa, lo hizo.

—No sabes con quién estás tratando. Vine aquí como cortesía, para permitirte arreglar tu error.

Pensé por un minuto. ¿Siquiera sabía cómo revertir los efectos de estos hechizos? Trina ciertamente no había dejado instrucciones. —Honestamente, no sé si podría.

Rayos comenzaron a crepitar en el cielo despejado. Perdí mi bravuconería: obviamente no era un hombre al borde de perder todo su poder.

Sigue así, haz que agote lo último de su poder también, dijo Jameson.

—Y aunque pudiera, ¿por qué lo haría? Se nos dio poder para hacer del mundo un lugar mejor, y tú estás abusando del tuyo. Si me preguntas, deberías perder tus habilidades y pasar el resto de tu vida como un hombre débil y sin poder.

Las nubes se arremolinaron y se asentaron sobre Market Street. Afuera, la gente corría hacia los edificios para evitar el aguacero torrencial que parecía salir de la nada. —Sabes lo que puedo hacer —amenazó.

—Sí, sí. Sin tu amigo Horatio, pareces ser más fanfarronería que otra cosa. —Inspeccioné casualmente mis uñas, actuando como si él no fuera una amenaza en absoluto.

Un fuerte estruendo de trueno sacudió mi ventana delantera. —Necesito un antídoto, ahora.

—Lo siento. No tengo ninguno. Ahora, si eso es todo, tengo trabajo que hacer.

No me atreví del todo a darle la espalda, pero hice lo mejor que pude para ignorarlo mientras reorganizaba la exhibición de velas. Sentí un pequeño golpe en mi protección, pero no

lo suficiente para preocuparme. Miré hacia arriba. —Oh, ¿todavía estás aquí? En serio, la tienda es solo para clientes que pagan. Preferiría no tener que pedirte que te vayas.

Sonreí con suficiencia y le di la espalda. Jameson, me cubres, ¿verdad?

Sí, lo hago. No es lo suficientemente fuerte para lastimarte, a menos que intente... ¡cuidado!

Di un paso hacia un lado y me volví para enfrentar a Wolfe. Tenía una vela grande en la mano y la estaba bajando hacia donde había estado mi cabeza hace solo un segundo. Puse los ojos en blanco. —¿En serio? ¿Eso es todo lo que tienes? No agotes mi paciencia.

Saqué mi amuleto. —Sabes lo que puedo hacer con esto, ¿verdad? ¿Realmente crees que puedes resistir mi ataque?

Dio un paso atrás.

—Deja mi mercancía con cuidado y vete.

La furia cruzó su rostro mientras dejaba caer la vela al suelo. Cuando el cristal se hizo añicos, invocó un rayo y rompió mi vitrina. —Volveré y entonces veremos qué tal te van tus amenazas vacías.

El hombre alto abrió la puerta para Wolfe y ambos caminaron por la calle. Las cosas realmente habían cambiado para él en las últimas treinta y seis horas. Claro, aún podía afectar el clima, pero no podía lanzar un hechizo de ocultamiento, no podía impedir que la gente bajara por la calle, y su ataque psíquico parecía débil.

Solté un suspiro y examiné los cristales rotos en el suelo. Esta vez no había casero que me arreglara la ventana. Estaba por mi cuenta.

Saqué la escoba y el recogedor del armario y empecé a barrer. Pequeños fragmentos habían volado por toda la tienda, y tendría que limpiar todo para asegurarme de que mis clientes no se cortaran. Había un pequeño círculo en el suelo a mi alrededor sin cristales, y otro pequeño círculo donde Wolfe había estado de pie. Habríamos estado sacándonos cristales del pelo y la ropa durante días si no hubiéramos tenido nuestras protecciones activadas.

Jameson se acercó al pasillo, pero se mantuvo alejado del cristal roto. —Parece que el aceite de maleficio está funcionando como pretendías.

—Ciertamente está más débil que antes, pero sigue siendo bastante aterrador.

—No lo será por mucho tiempo. Parece que le queda otro día de poder parcial como hoy y luego empezará a quedarse sin magia también, especialmente si sigue intentando usar hechizos grandes para asustarte.

A mitad de mi limpieza, Palmer entró. Jameson soltó un rápido siseo y regresó a su lugar en la sala de preparación.

—¿Qué pasó aquí? —preguntó Palmer.

—Wolfe estuvo aquí, con un tipo diferente, amenazándome de nuevo.

—¿Cómo rompió tu ventana? —preguntó Palmer.

—Fue más clima extraño. Creo que fue otro rayo cerca.

Palmer parecía preocupado. —No quiero que se te acerque de nuevo. Si te amenazó, puedes solicitar una orden de alejamiento.

—No creo que sea necesario. Es un matón, y si sigo demostrándole que no puede intimidarme, tarde o temprano se rendirá.

—Esa no es su única opción.

Barri los últimos cristales en el recogedor. —Te prometo que pronto dejará de molestarme.

Palmer me acercó el cubo de basura. —¿Sabe que le hiciste la cosa equivocada?

Tiré el cristal en el cubo. —Sí. Parece que Apuñalador ha tenido mala suerte.

—¿Ya has llamado a alguien por la ventana?

—No. Necesito conseguir algo de madera contrachapada y cubrirla. Llamaré a alguien mañana, porque ya se está haciendo tarde.

Palmer miró su reloj. —Hmm, es más tarde de lo que pensaba. Cubriré la ventana por la noche y luego quiero llevarte a Proctor House. No me gusta la idea de que estés sola esta noche, no con esta nueva amenaza.

¿Quería ir a Proctor House? Sí, quería. Podía ver a Wolfe viniendo a mi apartamento desesperado, intentando obligarme a hacer algo antes de quedarse sin poder. —De acuerdo.

Palmer hizo un doble take. —¿Así sin más? ¿Sin argumentos, sin persuasión?

Negué con la cabeza. —No voy a mentir, me tiene un poco asustada. Además, no hay casi nada en mi nevera, y la tía Nadia me enviará a casa mañana con suficientes sobras para alimentar a un pequeño ejército.

—Bien, volveré con madera contrachapada, y una vez que la coloque, nos iremos.

Le sonreí. —Gracias. Lo aprecio.

Volvió en veinte minutos con madera contrachapada, un destornillador eléctrico y tornillos. —Voy a necesitar tu ayuda para sostener la madera en su lugar hasta que la fije.

Colocamos la madera sobre la ventana, y la sostuve en su lugar mientras él la atornillaba. —Eso está bien. Yo puedo seguir desde aquí.

Terminé de limpiar las vitrinas que tenían cristales. —¿Viniste por alguna razón en particular?

—¿A qué te refieres?

—No viniste aquí para arreglar mi ventana, porque no podías saber que estaba rota.

—Oh, sí. Vine a asegurarme de que estuvieras bien.

—¿Pensaste que no lo estaría?

—No lo sé. Tuve la sensación de que debía pasar por aquí. Intento no ignorar mis sensaciones, generalmente están en lo cierto.

Sonreí. —Tus instintos de policía trabajando, supongo.

—Sí, supongo que sí.

Puso el último tornillo. —Bien, he terminado aquí. La empresa de cristales quitará la madera contrachapada por ti por la mañana. Si tienes espacio, deberías guardarla, por si necesitas cubrir tu ventana de nuevo.

—Esperemos que no —dije, pero por cómo iba mi vida, sabía que probablemente la necesitaría de nuevo.

Miré en la sala de preparación buscando a Jameson, pero no estaba allí. Probablemente ya estaba en Proctor House, siendo alimentado con delicias por mis tías. Si iba a desaparecer así, tendría que instalar una puerta para gatos para explicar cómo seguía entrando y saliendo.

—¿Lista? —preguntó Palmer.

Tomé la vela de Trina y la puse en el fregadero. Parecía que le quedaban unos diez minutos para consumirse.

—Probablemente deberías apagar esa vela, sabes. No es seguro dejarla encendida sin supervisión.

Fruncí el ceño. —Tradición familiar. No apagamos las velas a menos que sea necesario. Se apagará en unos minutos, pero si estás tan preocupado, podemos esperar hasta que lo haga.

—Creo que deberíamos. No pasé todo este tiempo cubriendo tu ventana para que el edificio se queme. Además, hay algo de lo que quería hablarte.

Arqueeé una ceja.

—Esa noche que me preparaste la cena.

—¿Sándwich de queso a la plancha y sopa de tomate? Eso apenas cuenta como prepararte la cena.

—No era la cena de lo que quería hablar, sino del tiempo juntos.

¿Habíamos cenado hace meses y recién lo mencionaba ahora? Parece que no odió tanto el tiempo conmigo como yo había supuesto.

—¿Y?

—Y lo pasé bien.

Puse los ojos en blanco. Lo pasas bien cuando llevas a tu abuela a almorzar. Realmente tenía que dejar de pensar que podría haber algo entre nosotros, porque obviamente él no lo sentía así.

—Vale, bien.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Bueno, no me estás dando mucho con qué trabajar aquí. Dices que lo pasaste bien, pero eso es todo. Probablemente también lo pases bien cenando con tu madre.

—Eso no viene al caso —dijo.

No tenía nada más que decir, así que miré la vela de Trina. Aún ardía.

—Pero lo pasé mejor contigo.

¿Acaso era pésimo para las citas? ¿Era posible que no tuviera idea de cuánto estaba arruinando lo que podría ser un momento entre nosotros?

—Así que soy mejor compañía para cenar que tu madre. Anotado.

Se pasó los dedos por el pelo.

—No se lo pones fácil a un hombre, ¿verdad?

—¿Fácil para qué? —pregunté.

Tomó mi mano entre las suyas.

—Quiero invitarte a una verdadera cita para cenar una vez que se resuelva este lío con mi primo, pero no pareces interesada. Pensé que esa noche quizás tuvimos algo, pero ahora... sabes qué, olvídalo. Olvida que dije algo.

Soltó mi mano.

—Yo también pensé que podríamos haber tenido una conexión, pero cuando tardas meses en siquiera mencionar la cena de nuevo y no me llamas ni me envías mensajes, ¿qué se supone que debo pensar? Asumí que lo habías pasado terriblemente y que no estabas interesado en mí. Así que simplemente lo dejé pasar.

—Pero estábamos riendo y hablando, ¿cómo pudiste pensar que no me divertí?

—Porque no llamaste. Escucha, sé que has tenido citas en el pasado, ¿has olvidado cómo funciona todo esto?

Bajó la mirada al suelo.

—Conocí a mi esposa cuando estábamos en la escuela secundaria. Realmente no tengo experiencia en citas fuera de salir con ella.

Lo miré, atónita. Con razón era tan malo en esto. Todo lo que había aprendido sobre citas lo aprendió en la escuela secundaria.

—De acuerdo, bueno saberlo. Entonces, cuando cenas con una mujer, aunque sea una cena sencilla de sopa y sándwich, la llamas y le dices que te divertiste. Es decir, si lo hiciste. Luego charlas un poco y la invitas a salir de nuevo.

—Quería hacerlo, pero el trabajo se puso tan ocupado que para cuando lo recordé, habían

pasado semanas, y pensé que debería hablar contigo en persona.

—En persona siempre es agradable, pero aun así, más cerca de la fecha de la cita anterior.

—¿Crees que podríamos cenar fuera, juntos, alguna vez?

Sonreí.

—Me gustaría eso. Pero primero, encontremos a la persona que mató a tu primo.

La vela de Trina se apagó.

—Supongo que podemos irnos ahora —dijo Palmer.

Me acompañó a la casa justo cuando toda mi familia se estaba sentando a cenar. Jameson, noté, ya tenía un plato medio comido de atún. No había forma de que pudiera seguir el ritmo de cuánto lo mimaban.

—Detective Palmer, estábamos a punto de cenar. ¿Le gustaría unirse a nosotros? —preguntó la tía Nadia.

Pensé que el olor de su lasaña y pan de ajo era demasiada tentación para que cualquier hombre resistiera, pero él lo hizo.

—Gracias, señora Proctor, pero tengo trabajo que hacer esta noche. Solo quería asegurarme de que Isabella llegara a casa a salvo.

Antes de que alguien pudiera intervenir con cualquiera de las cientos de preguntas, dije:

—Mantengan la calma. Solo estoy lidiando con un cliente espeluznante, pero estoy segura de que no será un problema en un día o dos. Quería dormir aquí como precaución.

La tía Nadia rebuscó en uno de los armarios un recipiente de plástico.

—En ese caso, déjeme darle algo para más tarde.

Sirvió al menos tres porciones de lasaña en el recipiente y envolvió varias piezas de pan de ajo en papel de aluminio para él.

—Gracias, pero esto realmente no es necesario —dijo él.

—Por supuesto que lo es. Usted pasa mucho tiempo llevando a Isabella de un lado a otro y manteniéndola a salvo; esto es lo mínimo que puedo hacer. Y cuando termine con la lasaña, traiga el recipiente de vuelta para que podamos llenarlo con la cena de esa noche.

Palmer miró a la tía Nadia, a mí y al resto de mi familia sentada en la mesa.

—Bien, no abrumemos al pobre hombre.

Empecé a empujarlo hacia la puerta de la cocina cuando sonó su teléfono.

Le quité la comida de las manos y él contestó.

—Palmer.

El color se le fue de la cara.

—Voy para allá.

Capítulo 18



Puse mi mano en su brazo.

—Kate ha tenido un accidente.

Salió corriendo por la puerta y lo seguí. Subimos a su coche, y no fue hasta que lo arrancó que se dio cuenta de que yo estaba con él. —Deberías quedarte aquí. Te avisaré cómo está una vez que lo sepa.

Negué con la cabeza. —Es mi amiga, y esto podría ser mi culpa.

Puso el coche en marcha atrás y salimos del camino de entrada. —¿Cómo es eso?

—Las amenazas de Wolfe no eran solo para mí. Amenazó a mi familia y amigos.

Encendió las luces y la sirena, y atravesamos la ciudad. Al menos no se detuvo para hacerme bajar.

Llegamos al lugar del accidente, y había luces intermitentes de todos los vehículos de emergencia imaginables. Seguí a Palmer hasta la escena, pero cuando llegamos a la cinta policial, se detuvo. —Espera aquí.

—Pero yo...

Dejé de hablar al ver su mirada fulminante. Kate estaba herida, y él necesitaba cuidar de su compañera.

Habló con un paramédico durante un minuto antes de arrodillarse para hablar con Kate, que yacía inmóvil en el suelo. Ella levantó la mano y mis rodillas se debilitaron. Hasta entonces, realmente no sabía si había sobrevivido al accidente. —Gracias a la diosa —murmuré entre dientes.

Los paramédicos le envolvieron el cuello con un collarín y deslizaron una tabla espinal debajo de ella. De ahí, fue un rápido viaje a la ambulancia y, presumiblemente, al hospital.

Una vez que supe que estaba bien, amplí mi atención para tomar en cuenta a todo el personal de policía y bomberos en la escena. Papatonis vigilaba la cinta de la escena del crimen a unos veinte metros de mí, así que me acerqué a él. —¿Sabes cómo ocurrió esto? —pregunté.

—Buenas noches. No, no lo sé. Pero los oficiales de patrulla junior suelen ser los últimos en enterarse. Parece que va a estar bien, sin embargo. Tuvo suerte de rozar el edificio y no chocar directamente contra él. Seguro que habría tenido un desenlace diferente.

—¿Cómo puedes saberlo?

—¿Ves el arañazo en el costado del edificio? Así es como frenó su coche antes de chocar contra el muro. Debía ir rápido, lo suficiente como para que un choque frontal hubiera causado daños graves.

Me estremecí.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó Papatonis.

—Palmer me llevaba a casa del trabajo cuando recibió la llamada.

Papatonis asintió. —Si no te importa que lo diga, hacéis buena pareja.

Fruncí el ceño. —¿Qué? No, eh, no somos pareja. Alguien me amenazó en mi tienda y él quería asegurarse de que llegara a casa sana y salva.

Se irguió un poco más. —Lo siento. Es solo que habla mucho de ti, y supongo que pensé...

¿Habla mucho de mí? ¿En el trabajo? —Pero ¿dice cosas buenas o se queja?

—Ahora que lo mencionas, suele decir cosas como "esa mujer será mi muerte".

Sonreí. —Eso suena bastante acertado. Mi vida ha estado bastante patas arriba últimamente. Supongo que él preferiría una mujer con una vida más estable.

Pero ¿sería así? Me había invitado a cenar, ¿y siquiera le dije que sí? Tal vez le gustaban los desafíos.

Palmer se acercó corriendo. —Vamos al hospital.

No tuvo que decírmelo dos veces. Una vez en su coche, le pregunté por Kate. —¿Cuál es su estado?

—Conmoción cerebral por el airbag, moretones, latigazo cervical seguro. Le harán escáneres para detectar otros daños.

Puse mi mano en su brazo. —Es fuerte y estará bien después de que se recupere.

Tomó mi mano y la apretó. —Lo sé. Es la espera lo que es difícil.

Soltó mi mano. —Esta es la segunda vez en una semana que estás aquí para consolarme. Lo aprecio.

No dije nada. Ambas ocasiones fueron coincidencia.

—Pero creo que no es seguro para ti estar cerca de mí ahora mismo. Demasiada gente está resultando herida, o algo peor. Una vez que veamos a Kate, te llevaré a la Casa Proctor y luego mantendré mi distancia.

No estaba segura de que eso funcionara muy bien. —Creo que olvidas que tengo mis propios problemas con Wolfe. Tal vez ninguno de los dos es seguro para estar cerca. Aunque, por otro lado, esto podría haber sido un accidente.

—Lo que te digo no sale de este coche. Sus líneas de freno fueron cortadas.

Asentí. —¿Sabes por qué iba tan rápido?

—Aún no. Alguien podría haber anulado la programación de su coche. Los técnicos deberían saberlo mañana.

En el hospital, Palmer insistió en acompañar a Kate durante todos sus escáneres. Esperé, observando a la gente entrar y salir de la sala de espera de urgencias. Después de dos horas, regresó, pero pasó de largo junto a mí.

—¿Palmer? Espera —lo llamé.

Estaba de pie bajo una farola afuera, y pude ver que estaba furioso.

—Oye, ¿qué pasa? ¿Está ella...?

—La están llevando a una habitación. Quieren que se quede toda la noche en observación.

—Entonces, ¿no hay cirugías, ni huesos que enyesar?

—No. Nada de eso.

—Entonces, ¿qué pasa?

Parecía que quisiera golpear a alguien. —Hay un número limitado de personas por las que me preocupo a nivel personal, y ella es una de ellas. Debería haber previsto esto, debería haberla protegido.

—Pero ¿cómo podrías haber sabido que esto iba a pasar? —pregunté.

Continuó como si no hubiera escuchado mi pregunta. —Y tú. Estás siendo amenazada en tu propia tienda, y lo único que puedo hacer es pasar de vez en cuando y llevarte a lugares para que nadie te secuestre en la calle.

Se dejó caer en un banco y puso la cabeza entre las manos. —Soy un fracaso... un fracaso como policía y un fracaso como hombre.

Vaya, eso ciertamente no era cierto. Me senté a su lado. —Escucha, probablemente esto sea lo último que quieres oír ahora mismo, pero estás siendo un idiota.

Giró la cabeza para mirarme.

—¿Quién me salvó de Wolfe y Stabby? Tú. ¿Quién pasa cada día manteniendo Portsmouth a salvo, incluso cuando le han dicho que no lo haga? Tú. No me hagas continuar. Eres un gran detective y un muy buen amigo. Si no lo fueras, nada de esto te molestaría.

Me frunció el ceño.

—¿Qué te parece si subimos a hablar con Kate? Tal vez tenga algunas ideas en las que podamos trabajar.

Soltó un suspiro. —De acuerdo.

En el ascensor hacia el quinto piso, se volvió hacia mí. —¿Lo que dije afuera?

Le sonreí. —Nuestro pequeño secreto. Nadie necesita saber que te mientes a ti mismo de esa manera.

Me giré para mirar la puerta, pero él siguió mirándome fijamente.

En la estación de enfermeras, Palmer me puso en la lista de visitantes aprobados para la habitación de Kate. —Gracias —dije.

—Va a necesitar tener cerca a una amiga que no sea policía.

Papatonis estaba vigilando la puerta de Kate. Me sentí mal por el tipo, porque esta no podía ser una parte muy interesante del trabajo. —De guardia en la puerta otra vez, veo.

—Sí, señora. Me tomo el trabajo en serio.

Palmer le dio una palmada en el hombro. —Buen hombre. La señorita Proctor está en la lista.

No estaba preparada para la cantidad de moretones en la cara de Kate, y jadeé cuando la vi.

—¿Tan mal? —preguntó.

—Oh, Kate —fue todo lo que pude decir.

—Te ves terrible, pero en una semana o dos volverás a la normalidad. Y he visto mucho peor —dijo Palmer.

Hizo una mueca mientras levantaba la cabecera de su cama. —Genial, no soy la peor de la historia. Tu tacto deja mucho que desear.

Una enfermera con uniforme rosa entró apresuradamente con un carrito. —Hola Kate. Soy Joyce y seré tu enfermera por el resto de la noche. Es hora de tomarte los signos vitales.

Palmer y yo nos hicimos a un lado y dejamos que la enfermera hiciera su trabajo. Anotó

la presión arterial y la temperatura de Kate, y revisó su respuesta pupilar. —¿Tienes algún dolor? —preguntó.

—Me duele todo el cuerpo y tengo dolor de cabeza.

—¿Peor que hace una hora?

Kate intentó negar con la cabeza y se estremeció. —No.

—Vas a sentir los efectos de la conmoción cerebral durante unos días, pero todo lo demás parece estar bien. Si tu dolor empeora o notas algún dolor nuevo y agudo, usa el botón para llamar a una enfermera.

—Gracias, Joyce —dijo Palmer.

Una vez que se fue, Kate preguntó: —¿Podemos apagar algunas de estas luces? Son demasiado brillantes.

Apagué la luz sobre su cabeza, y Palmer apagó las luces del techo.

—Demasiado oscuro —dijo. Encendió la luz del baño y dejó la puerta entreabierta. —¿Mejor? —preguntó.

—Mucho —dijo Kate.

Palmer tomó la silla junto a su cama. —¿Alguien te ha preguntado ya qué pasó?

—Dobbins me preguntó en la ambulancia, pero no sé si fui de mucha ayuda. Estaba en pánico, ¿sabes?

Le tomó la mano. —Comprensible. Sabes que vas a estar bien, ¿verdad?

—No se siente así, pero sí, lo sé.

—¿Estás dispuesta a responder un par de preguntas? Luego te dejaré descansar.

Kate pareció entrar en pánico. —No quiero estar aquí sola.

—Me quedaré contigo, y Papatonis está en la puerta. Nadie pasará por nosotros —No dejaría que nada le pasara.

Sonrió. —Gracias. ¿Qué quieres saber?

Antes de que Palmer pudiera hacer una pregunta, un hombre con un portapapeles y un archivo entró y encendió la luz del techo.

—Ay —se quejó Kate.

Extendió su mano hacia Kate. —Hola, soy el Dr. McGinnis. Trabajo con el equipo de lesiones cerebrales traumáticas aquí. ¿Puedes decirme tu nombre?

Ella le estrechó la mano delicadamente y dijo: —Oficial Kate Stanton.

McGinnis revisó su tabla. —Bien. ¿Sabes por qué estás aquí?

—Tuve un accidente de coche y choqué contra una pared —dijo Kate.

—Correcto. —Sacó una pequeña linterna—. Voy a revisar tus pupilas por un segundo. —Iluminó un ojo y luego el otro.

Asintió y dijo: —¿Algún dolor nuevo o agudo que deba saber?

—Nada agudo, y me duele todo el cuerpo.

—Era de esperar. —Se volvió hacia Palmer y dijo—: Las horas de visita han terminado, así que ahora que se han asegurado de que su amiga está bien, es hora de que la dejen descansar.

Palmer se puso de pie y aunque solo era un par de centímetros más alto que el doctor, pareció cernirse sobre él. —Tenemos razones para creer que la oficial Stanton sigue en peligro, así que dejaremos a Papatonis en la puerta y a Proctor aquí en la habitación.

El doctor me miró. —No puede dormir durante —revisó su tabla— otras cuatro horas. ¿Puedes mantenerla despierta?

Asentí.

—Bien. Haré que la enfermera te traiga una taza de café.

Palmer siguió al Dr. McGinnis al pasillo, y yo volví a apagar la luz.

—¿Mejor? —pregunté.

—Estaría mucho mejor si dejaran de quemarme los ojos con la linterna —dijo Kate.

—Lo sé.

Palmer regresó y se situó al otro lado de la cama de Kate. —El médico dice que te recuperarás por completo. Solo necesitas descansar y seguir las instrucciones.

La miró fijamente y reiteró: —Sigue las instrucciones. No puedo estar aquí para vigilarte, necesito encontrar al bastardo que te hizo esto.

—¿Cómo vas a hacer eso si estás de baja? —preguntó Kate.

—No te preocupes por eso. —Palmer me hizo un gesto para que lo siguiera al pasillo.

—Me quedaré y me aseguraré de que esté bien. Entre Papatonis y yo, creo que tenemos todo controlado.

Asintió, luego se dio la vuelta y se dirigió a los ascensores.

Joyce entró con un vaso de papel con café para mí. —No sabía cómo te gusta el café, así que te traje un poco de todo. —Rebuscó en su bolsillo y sacó crema, sobres de azúcar y al menos tres tipos diferentes de sobres de edulcorante.

—Gracias. Lo aprecio mucho. ¿Kate puede comer algo?

La enfermera miró la pizarra en la pared con la información de Kate. —No estoy segura, déjame consultar con el médico.

Me volví hacia Kate, y sus ojos parecían empezar a cerrarse. —Hablemos un poco. Tenemos cuatro horas antes de que puedas dormir.

—No creo que pueda aguantar tanto tiempo.

—Haremos nuestro mejor esfuerzo. Hablemos sobre el accidente. Sé que Palmer quería preguntarte si recordabas algo, pero se fue. ¿Viste a alguien cerca de tu coche? ¿O fuiste a algún lugar diferente al habitual hoy?

Kate elevó la cabecera de su cama tanto como pudo. —No, no vi a nadie, y no fui a ningún lugar diferente. Estaba conduciendo de vuelta a casa desde el supermercado cuando perdí el control del coche.

—Bien, entonces ahí es donde debe empezar a buscar. Probablemente encuentre algo en las cámaras del estacionamiento —dije.

Joyce volvió a entrar con un vaso de gelatina de lima y una cuchara. —El médico dice que puedes tomar líquidos sin cafeína. Así que tus opciones son refresco, agua, gelatina, helado o caldo de pollo.

—La gelatina está bien por ahora, ¿y tal vez un ginger ale? Me siento un poco mareada.

La enfermera le dio unas palmaditas en el brazo. —Sí, eso es de esperarse con una conmoción cerebral.

Quería establecer un rápido círculo de protección en esta habitación, pero nunca estábamos solos el tiempo suficiente. Agarré mi amuleto, cerré los ojos e intenté sentir a través del hospital para ver si Kate corría algún peligro inmediato. El amuleto no me señaló a nadie, pero Kate me interrumpió.

—Oye, no te quedes dormido. Si tú te vas, no tengo ninguna posibilidad de mantenerme despierta.

Abrí los ojos. —Lo siento.

Iba a ser una noche larga.

Capítulo 19



Para cuando habían pasado cuatro horas y Kate pudo descansar un poco, habíamos tenido alrededor de veinte visitas. Las enfermeras entraban y salían constantemente para revisarla, el Dr. McGinnis vino dos veces más, y algunos de sus amigos se pasaron solo para ver cómo estaba. No entendía por qué las enfermeras estaban preocupadas de que se quedara dormida; nunca tuvo la oportunidad.

El Dr. McGinnis entró, revisó sus pupilas y dijo:

—Te ves bien, Kate. Si quieres, puedes irte a casa siempre y cuando no vayas sola. O puedes quedarte aquí hasta mañana al mediodía.

Kate me miró, y yo asentí.

—Puede quedarse conmigo hasta que esté mejor.

—Entonces haré que las enfermeras preparen tus papeles de alta. Puedes comer lo que quieras, pero te sugiero que lo tomes con calma, limitándote principalmente a líquidos durante las próximas veinticuatro horas. Puedes dormir cuando quieras, pero quiero que llames si tienes algún dolor agudo y repentino, o si tu nivel general de dolor empeora.

—Me aseguraré de ello —dije.

—Gracias. Aprecio su cuidado —dijo Kate.

Una vez que salió de la habitación, Kate sacó lentamente los pies de la cama y se sentó erguida.

—¿Necesitas ayuda? —pregunté.

—Necesito ropa. Estoy bastante segura de que cortaron la mía, y no voy a irme a casa vestida con una bata de hospital.

Sonreí.

—Déjame consultar con las enfermeras.

Salí a la estación de enfermeras y encontré a Joyce.

—Se va a ir a casa esta noche, pero no sabe dónde está su ropa.

La enfermera frunció el ceño.

—No subió nada con ella desde urgencias, así que tendrás que encontrarle algo nuevo. ¿Quizás probar en la tienda de regalos?

Dudaba que estuviera abierta tan tarde por la noche.

—¿Tienen un par de pijamas quirúrgicos de sobra? Podemos devolverlos mañana; sería mucho más rápido que ir primero a su apartamento.



Papatonis insistió en que tenía que llamar a Palmer para llevar a Kate a mi apartamento. Palmer no estaba dispuesto a correr ningún riesgo hasta que encontrara a los responsables de su accidente.

Para cuando llegamos a mi apartamento, Kate estaba pálida y se había quedado dormida en el coche de Palmer. Se despertó lo suficiente para caminar, pero Palmer la mantuvo agarrada del brazo para que no se cayera.

La metí en mi cama y me encontré con Palmer en la sala de estar.

—Dijo que el último lugar al que fue fue al supermercado. ¿Revisaste las cámaras de vigilancia allí?

—Supuse que era ahí donde estaba. Había leche derramada y huevos rotos por todo el interior de su coche.

Eso sonaba terrible. Para cuando estuviera lista para conducir de nuevo, iba a oler horrible.

—¿Sabes si el coche ha sido declarado siniestro total?

Palmer asintió.

—Sí, ya era bastante viejo para empezar. Va a necesitar comprar uno nuevo.

Al menos eso era algo con lo que no tenía que lidiar: volver a subirse a un coche en el que había tenido un accidente.

—Quiero que ustedes dos se queden aquí hoy. Papatonis se fue a casa a dormir un poco, así que he asignado a alguien más para que vigile el edificio. —Parecía listo para rebatir mis objeciones, pero yo estaba agradecida. Por mucho que él pensara que el accidente de Kate era su culpa, yo sabía que era mía. Wolfe había amenazado a mis amigos y yo no lo había tomado en serio—. Podemos hacer eso. Mi familia nos traerá cualquier cosa que necesitemos, así que solo avísale al oficial que los estaremos esperando.

Me desperté en el sofá por unos golpes en la puerta. Miré por la mirilla y vi a Abby. ¿Qué estaba haciendo aquí? Abrí la puerta y la saludé con una gran sonrisa.

—Qué bueno verte. ¿Cómo estás?

Ella no parecía tan feliz de verme. De hecho, ni siquiera me miró a los ojos.

—Hola, Isabella. Estoy aquí para recoger algunas cosas más. Las dejé porque pensé que no las necesitaría, pero sí las necesito.

No tenía idea de qué cosas estaba pensando.

—Claro, ¿qué necesitas?

Abby entró en la cocina y dijo:

—Casi todo lo que hay aquí. Yo compré la mayoría, y voy a necesitarlo para mi nuevo apartamento.

¿Nuevo apartamento?

—¿Va a estar cerca de aquí?

Ella negó con la cabeza.

—No, me mudo a Boston, y voy a estudiar biología en Northeastern. No puedo permitirme comprar todas estas cosas de nuevo, lo siento.

No pude evitar sonreír. Sabía que la universidad estaba en la lista de cosas que Abby quería hacer. Tal vez sería más feliz empezando una nueva vida en la universidad.

—Eso es genial, me alegro por ti.

Empezó a empacar la cocina. No me hacía feliz perder tantas cosas, pero podía hacer un viaje a una tienda de segunda mano y reemplazar todo relativamente barato. Y si no podía, probablemente podría pedir prestado cualquier cosa que necesitara a Proctor House.

—¿Puedo ayudar? —pregunté.

—No, gracias. Creo que ya casi termino.

Equilibró cada caja y pudo cargar las tres a la vez.

—¿Estás segura? No quieres que se te caigan.

Abby se volvió y me miró fijamente.

—Te dije que estoy bien.

Levanté las manos.

—De acuerdo. No tienes que gritarme por intentar ayudar. Cuando te mudes, envíame tu dirección y te iré a visitar.

Abby miró al suelo.

—No puedo. Mis padres dijeron que solo pagarán si nunca vuelvo a hablar contigo.

Mis rodillas se debilitaron y me desplomé en el sofá.

—¿Y eso está bien para ti? —Estaba atónita. ¿Estaba dispuesta a tirar nuestra amistad por dinero? ¿Dinero que sus padres probablemente le darían de todos modos?

Kate salió de mi habitación, pasándose los dedos por su cabello despeinado.

Abby se volvió hacia Kate. —Sí. Tu vida es demasiado peligrosa. Necesito salir de aquí antes de que termine pareciéndome a Kate.

Los moretones de Kate se habían desarrollado por completo y se veía horrible.

—¿Ves a lo que me refiero? Eres peligrosa para tus amigos.

Se dio la vuelta y se marchó, sin molestarse siquiera en despedirse.

Kate se sentó a mi lado. —Mal momento, lo siento.

Suspiré. —No, no te preocupes. Ya tenía su opinión formada antes de verte; nada habría cambiado si no estuvieras aquí. ¿Puedo prepararte algo de desayunar?

—Esperaba una taza de café.

—Déjame ver qué me ha dejado Abby en la cocina e intentaré hacer lo que pueda.

Abrí los armarios y me sorprendió ver que me había dejado casi nada. Pensé que había comprado algunos de los utensilios de cocina, pero no iba a perseguirla por una sartén. Me dejó mi taza favorita, mi taza de viaje, una sartén pequeña y un juego de cubiertos. Genial.

—No hay mucho aquí. ¿Qué te parece si salimos a desayunar?

Kate hizo una mueca. —No con este aspecto.

Su ojo morado no había mejorado durante la noche, y el moretón en su mejilla ocupaba casi todo el lado de su cara. —Sí, puedo entenderlo. Llamaré a mi familia y nos traerán algo.

—¿Puedes hacer eso? ¿Y dejarán lo que estén haciendo para cuidarme?

Me dolió el corazón por ella. Sabía que había perdido a sus padres cuando era más joven. Aunque la había criado su familia, supongo que no eran del tipo que se cuida mutuamente sin importar qué. —Por supuesto.

Cogí mi teléfono y llamé a la Casa Proctor.

—Buenos días, Isabella —contestó la tía Lily.

—Buenos días, tía Lily. ¿Recuerdas a Kate Stanton?

—Por supuesto que sí. Nos ayudó a capturar a Brent Thompson.

—Exacto. Bueno, ahora está bien, pero anoche tuvo un accidente de coche. Pasó la noche en mi apartamento. En fin, iba a preparar el desayuno, pero Abby acaba de pasar a llevarse todo de la cocina porque se muda.

—¿Y quieres que os llevemos algo de comida? Seguro que la pobre Kate no quiere salir en su estado. Estaremos allí en media hora.

—Gracias. Te quiero.

—Yo también te quiero, cariño. Ahora ve a cuidar de tu amiga.

Colgué y sonreí. —El desayuno llegará en media hora.

Kate se estiró muy lentamente. —¿Te importa si me doy una ducha?

—Claro que no. —Miré el pijama quirúrgico arrugado con el que había dormido—. ¿Quieres que te preste algo de ropa limpia?

Hizo una mueca. —No, gracias. Me cambiaré cuando llegue a casa.

—Vale. Las toallas están en el armario del baño. Avísame si no encuentras lo que necesitas.

Cerré la puerta del baño y abrió el grifo. Me pareció oír un sollozo a través de la puerta, pero solo uno, así que no la molesté. Jameson salió del dormitorio y se unió a mí en la cocina.

—Hice lo que pude por ella anoche —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Dormí a su lado para que siguiera durmiendo y se curara lo más rápido posible.

Fruncí el ceño. —¿Usaste magia con ella? No le gustaría eso.

Jameson estornudó. —Como si fuera a pensar que un gato puede hacer magia.

—¿Significa esto que tu odio hacia la policía está disminuyendo? —pregunté.

—No. Pero no soy un completo imbécil. Todavía me conmueve ayudar a la gente cuando está sufriendo.

Le rasqué entre las orejas. —Eres mejor persona que mucha gente ahí fuera, ¿sabes?

Saqué una lata de comida para gatos y la abrí con un abrelatas. —Abby pasó y se llevó casi todas las cosas de la cocina. Ten cuidado de no cortarte con el borde de la lata. Cuando termines la comida, volveré a llenar la lata con agua.

Doblé la manta del sofá y ordené un poco mientras Kate se duchaba. Salió del baño envuelta en una toalla, con una nube de vapor detrás de ella. —Ya me siento un millón de veces mejor.

No se veía mejor, pero no se lo mencioné.

Sonó un golpe en la puerta. —Debe de ser el desayuno.

Miré por la mirilla y me sorprendió ver a toda mi familia en el pasillo, detrás del oficial que había estado de guardia fuera toda la noche.

Abrí la puerta. —Buenos días, oficial.

—Buenos días, señora. ¿Está todo bien aquí dentro?

Asentí. —Puede dejar pasar a mi familia, han traído el desayuno.

Al mirar detrás de él, me di cuenta de que cada uno llevaba o una caja o una bolsa. ¿No podía ser todo esto el desayuno, verdad?

Se apartó y dejó entrar a todos.

—¿Qué es todo esto que traéis? —pregunté.

La tía Lily dijo: —He traído un conjunto de ropa para Kate. Tuve que adivinar su talla,

pero es mejor que lo que sea con lo que la mandaron a casa anoche.

Kate se adelantó y tomó la bolsa. —Gracias, señora Proctor. Ha sido muy amable por su parte.

La tía Nadia ya estaba en la cocina con Thea y Delia. —Hemos traído comida y algunas cosas extra de nuestra cocina. —Nadia estaba poniendo comida en los platos que Delia estaba desempaquetando, y Thea estaba desempaquetando una caja entera de utensilios de cocina—. Realmente no era necesario. Iba a pasar por algunas tiendas de segunda mano hoy y reemplazar lo que necesitaba.

Mi madre le entregó una caja de zapatos a Kate. —Algunas viejas recetas familiares: cremas para desvanecer moretones, ungüentos para los músculos y sales de baño que te harán olvidar todos tus dolores.

Kate empezó a llorar. —Todos sois tan amables. Nada de esto era realmente necesario.

La abuela, última en entrar al apartamento, nos entregó a cada una una gran taza de viaje. —Café con mucha crema y azúcar. Tuvieron una noche difícil ayer y necesitan esto para arrancar esta mañana.

Kate se frotó los ojos antes de tomar una taza. Parecía abrumada. Podía entenderlo; mi familia a veces podía ser como una fuerza de la naturaleza. —Solo voy a vestirme ahora —dijo.

Tomé la otra taza y bebí. Estaba delicioso y era justo lo que necesitaba. —Gracias a todos. No esperaba más que las sobras del desayuno de esta mañana.

Mi madre me abrazó. —Es raro que nos pidas ayuda a todos, pero estamos aquí para ti.

Una vez que me soltó, miré hacia la cocina. —Creo que he desempacado todo en los armarios correctos —dijo Thea.

Abrí algunos. No importaba dónde estaban las cosas, pero lo había hecho bien. —Está perfecto —dije.

En la mesa del comedor, había dos platos de comida esperando a Kate y a mí. Huevos revueltos, tocino crujiente y tostadas de trigo.

Kate se unió a mí en la mesa y empezamos a comer, mientras mi familia caminaba lentamente por cada habitación. Yo sabía lo que estaban haciendo, pero Kate no. Estaban revisando y reforzando los hechizos protectores en mi apartamento. Muy pronto iba a ser más difícil entrar aquí que en Fort Knox.

Dejé el tenedor y miré a mi familia. —No quiero ser grosera, pero me gustaría comer sin que todos me estén mirando.

Sentí cómo los hechizos más fuertes se asentaban en su lugar. —No hay necesidad de ponerse brusca, jovencita. Solo nos asegurábamos de que no necesitaras nada más antes de irnos. Ya que estás bien, nos vamos —dijo la abuela.

Kate se levantó y fue hacia la puerta. Le dio un suave abrazo a cada miembro de mi familia antes de que se fueran.

Capítulo 20



Todos se dirigieron a la puerta, y la abuela la abrió justo cuando Palmer estaba a punto de llamar. —Buenos días, detective Palmer. Ya nos íbamos, pero estoy segura de que Nadia ha preparado suficiente desayuno para que pueda acompañar a las chicas.

Palmer miró más allá de la abuela para ver mi pequeño apartamento abarrotado. —Gracias. Si no les importa, tenemos algunos asuntos que discutir.

Mi familia dejó de amontonarse en la puerta y permitió que Palmer entrara. Me sorprendió que se fueran sin armar un escándalo o exigir quedarse para escuchar lo que sucedía. Me levanté y le preparé un plato de desayuno. —Siéntese, aún no estamos listas para irnos a ningún lado.

—Delicioso. ¿Lo hizo su tía?

Asentí. —Solía tener un negocio de catering, así que todo lo que prepara es delicioso.

—¿Cómo sabía que estaba aquí para llevarla al trabajo? —preguntó Palmer.

Sonreí. —Parece que ha asumido un nuevo trabajo como mi chófer desde que está desempleado. ¿Por qué otra razón estaría aquí?

—En realidad, quería ver cómo estaba Kate.

Kate levantó la vista de su plato y dijo: —Mucho mejor después del desayuno. Aunque todavía me duele todo y solo quiero meterme en mi propia cama y dormir durante una semana.

—Comprensible —dijo Palmer—. Papatonis está listo para quedarse fuera de su apartamento durante el día, por si acaso.

El rostro de Kate se contrajo como si quisiera decir que no era necesario, pero luego decidió que tal vez sí lo era. —Sí, está bien.

No estaba segura de lo difícil que era para ella admitir que necesitaba ayuda, pero a juzgar por la expresión de su cara, no era fácil.

Kate se puso de pie. —Déjenme recoger mis cosas y estaré lista para irme.

—Deberías llevarte el resto del desayuno también. Así no tendrás que cocinar para ti hoy. —Mi familia había cocinado para un ejército, no solo para dos mujeres.

Salimos del apartamento y me sorprendió ver que no había ningún oficial de guardia. —¿Qué pasó con el tipo que estaba aquí?

—Lo envié a casa. Apenas podía mantener los ojos abiertos, y sabía que nos iríamos juntos.

Una vez que subimos al auto, Kate se recostó con un suspiro.

—Lo primero que debes hacer es tomar dos ibuprofenos y luego usar el baño de burbujas. Te sorprenderá lo mucho mejor que te sentirás. Luego te sugiero una siesta, algo de almuerzo y una agradable tarde viendo televisión. Ah, y no olvides la crema para los moretones. Te verás un millón de veces mejor mañana.

Kate sonrió desde el asiento delantero. —Sí, doctora.

Papatonis nos estaba esperando afuera cuando llegamos. Se puso pálido cuando vio la cara de Kate. —¡Santo cielo! —exclamó.

—¿Todo bien aquí? —preguntó Palmer.

Papatonis apartó la mirada de Kate. —Todo tranquilo aquí. Conseguí que su casero me dejara entrar en su apartamento y parece estar bien.

Yo sabía que las cosas podían parecer perfectamente bien por fuera y aun así estar completamente mal. Así que sostuve mi amuleto, cerré los ojos y escaneé el edificio de apartamentos. Fui apartamento por apartamento, revisando a cada persona. Realmente no debería hacer esto muy a menudo, perdería mi fe en la humanidad. Había un hombre en el tercer piso planeando evadir impuestos, y una mujer en el primer piso llamando a su novio ahora que su esposo se había ido a trabajar, pero nadie pensando en Kate.

—De acuerdo. Te dejaré que la lleves adentro.

Me moví al asiento delantero y dije: —¿No querías comprobarlo tú mismo? Eso parece sorprendentemente confiado de tu parte. ¿No crees que deberíamos ir a echar un vistazo nosotros mismos?

Palmer arrancó el auto. —He estado vigilando el apartamento toda la noche. Sé que estará segura aquí. Papatonis es un buen chico y no quiero que piense que estoy cuestionando su juicio.

Fruncí los labios. No tenía idea de cuánta gestión de personal estaba involucrada en el trabajo policial diario. —Debes estar agotado —dije.

—No tanto como podrías pensar. Llevo mucho tiempo en este trabajo y estoy acostumbrado a hacer turnos de uno y dos días.

—Suena duro. Creo que me quedaré con dirigir una botica. Al menos puedo dormir en mi propio apartamento todas las noches.

No dijo nada, así que continué. —¿Quién crees que mató a tu primo?

Palmer agarró el volante con fuerza. —No lo sé, y es increíblemente frustrante tratar de investigar por mi cuenta.

—No estás exactamente solo, nos tienes a Kate y a mí.

—Kate iba a ir a ver a la ex esposa de Dan hoy, pero supongo que ahora tendré que hacerlo yo. ¿Vienes conmigo?

Miré mi reloj. Las ocho y media. —Me tienes por aproximadamente una hora.

—Eso debería ser suficiente. La conozco lo suficientemente bien como para saber si me está mintiendo o no. —Puso el auto en marcha y volvió a salir a la calle.

Fue un corto viaje hasta el hotel, y la encontramos en el vestíbulo, haciendo el check-out. —Marcy, ¿te vas tan pronto?

Ella se dio la vuelta y se sorprendió al vernos. —No tiene sentido quedarse aquí. Mis hijos necesitan a su madre, y ahora que estoy segura de que no lo mataste, no hay nada más que pueda hacer excepto esperar a que la policía encuentre a su asesino.

Me sorprendió que le hablara con tanta franqueza.

Palmer puso su mano en el codo de ella. —¿Podemos sentarnos un minuto aquí en los sofás?

Ella me miró. —¿Es necesario que ella venga con nosotros?

—No. No si no quieres que lo haga.

Caminaron hacia un sofá en el centro del vestíbulo, y yo me moví a una mesa cerca de la puerta principal. Estaba lo suficientemente lejos como para no poder oírlos, pero lo bastante cerca de Palmer como para ayudar si algo ocurría. Jameson no me había enseñado cómo mi amuleto podía ayudarme a determinar si alguien mentía. De todos modos, pensé en intentarlo. Alcé la mano y ajusté la cadena, tratando de parecer menos conspicuo. Marcy estaba hablando, y yo cogí el amuleto, mirándolo como si pudiera decirme qué hacer a continuación. Pensé: ¿está diciendo la verdad? Pero no ocurrió nada. Normalmente el amuleto se calentaba si respondía "no" a una pregunta. Me senté a la mesa y los observé hasta que terminaron de hablar. Se levantaron y, en la puerta, Marcy dijo: —Bueno, Steve, ha sido un placer verte. En ese momento, el amuleto se calentó. Pude notar por la expresión de su rostro que estaba mintiendo. Al menos ahora sabía cómo detectar cuando alguien mentía. Palmer se unió a mí en mi mesa.

—No creo que ella lo hiciera. —Yo tampoco. Su lenguaje corporal sugería que estaba mintiendo —llamarlo "lenguaje corporal" era tan bueno como cualquier otra cosa. Después de presenciar las reacciones de Palmer durante nuestra conversación sobre pociones, ciertamente no iba a contarle cómo mi collar determinó que Marcy fue sincera en su conversación privada—. No creo que realmente se alegrara de verte. Me dedicó una pequeña sonrisa. —No puedo imaginar que se alegre de ver a nadie en este momento. Aunque se divorciaron, él seguía siendo el padre de sus hijos, y eso cuenta para algo. Vamos a llevarte al trabajo. Lo seguí hasta su coche. —Entonces, ¿a quién nos queda como sospechoso? ¿Alguien? —No lo sé. No tengo a nadie, y con Kate fuera de combate, no tengo a nadie que pueda colarse y leer archivos por mí. —¿Entonces qué harás ahora? —pregunté. Palmer bostezó. —Voy a dejarte en el trabajo y a dormir un poco. No teníamos tiempo para buscar a Wolfe o a Stabby. —De acuerdo. ¿Podemos reunirnos esta noche para repasar todo? Quizás entre los dos, o tres si Kate se siente con fuerzas, podamos juntar suficientes pistas.

Capítulo 21



Palmer me acompañó a la tienda y echó un vistazo rápido antes de dejarme sola.

—Llama si necesitas algo. Los tres debemos mantenernos unidos ahora.

Asentí. No me gustaba lo preocupado que se veía. Sin embargo, cuidarnos mutuamente parecía un buen plan.

—Tú también. Puedo cerrar en dos segundos si me necesitas.

—Bueno saberlo. Cuídate —dijo al marcharse.

Eché un buen vistazo a mi tienda. Me encantaba estar aquí, pero ya no se sentía como el santuario que alguna vez fue. Ahora sentía que debía estar en guardia todo el tiempo. Sentí algo rozar mi pierna y di un grito. Miré hacia abajo y vi a Jameson.

—Casi me matas del susto —le dije.

—Lo siento. No me di cuenta de que estabas tan alterada hoy. Tal vez deberías tomarte un tiempo para relajarte. Estaré contigo todo el día y te prometo que estarás a salvo.

Me agaché y lo levanté.

—Lo sé. Y te agradezco que me mantengas a salvo aquí, pero ¿qué hay de Palmer y Kate? Lo último que quería era que mis amigos no mágicos se vieran envueltos en magia peligrosa.

Jameson saltó de mis brazos y no tuvo nada reconfortante que decir. Genial. Supongo que hoy estaban por su cuenta.

Encendí la vela de Trina y la miré fijamente por un momento. Normalmente le decía unas palabras sobre cómo deseaba que estuviera aquí conmigo. Hoy, estaba demasiado alterada para decir algo. Abrí la oficina y preparé la tienda para los clientes. Cuando abrí la puerta a las diez, no había nadie esperando para entrar. Miré arriba y abajo de la calle para asegurarme de que Wolfe no hubiera encantado la zona, pero había gente entrando y saliendo de las otras tiendas. Tal vez era el gran trozo de madera contrachapada que bloqueaba la ventana rota.

Cerré la puerta y volví a la oficina. Llamé a la primera cristalería que tenía una puntuación decente en línea, y dijeron que vendrían a ver el daño más tarde por la tarde.

Sin la ventana, la tienda estaba oscura. Encendí más velas y las coloqué alrededor de la habitación para aliviar la penumbra. Volví a comprobar la puerta trasera para asegurarme de que

seguía cerrada. Tampoco había nadie merodeando por detrás.

El té del día era manzanilla con hoja de aguacate. Me serví una taza y la sostuve, dejando que calentara mis manos. Después de casi una hora, el té se había enfriado, y me di cuenta de que no había hecho nada más que mirar por la ventana, esperando que llegara algún problema. Tenía que controlarme. Di un sorbo al té frío y revisé el formulario de clientes. Cada cliente habitual tenía una página, junto con un calendario de la frecuencia con la que necesitaban reabastecerse.

Pasé cada página, tomando notas sobre qué tratamientos debería hacer más. La lista era más larga de lo que debería ser; corría el peligro de quedarme atrás. Eché un último vistazo largo por la ventana, decidí que todo parecía seguro y fui a la sala de preparación.

—Jameson, despierta —dije.

Levantó la cabeza y bostezó.

—¿Qué? ¿Hay algún problema?

—No que yo sepa, pero estoy nerviosa. No puedo trabajar si alguien no está vigilando.

Se levantó y se estiró.

—Supongo que es una buena idea mantener la guardia. Me quedaré en la entrada.

La mayoría de la gente se siente segura con un perro guardián, pero yo sabía sin duda que estaría a salvo con mi gato guardián mágico.

Me puse a trabajar en mis pociones: primero, comenzando las cosas que tardarían días en estar listas, luego volviendo a trabajar en las cosas según cuándo pensaba que mis clientes vendrían a recogerlas.

A las dos en punto, el Sr. Schmidt entró.

—¿Hay alguien aquí? —llamó.

Me limpié las manos con una toalla de papel y salí a ayudarlo.

—Sr. Schmidt, ¿cómo está? —Parecía que le iba bien; su cabello había crecido completamente y era de un castaño ondulado que no había visto en años—. Su cabello se ve genial —dije entusiasmada.

Sonrió.

—¿Eso crees?

—Absolutamente. No parece tener ni un día más de cuarenta. ¿En qué puedo ayudarle hoy? —pregunté.

—Necesito más té de pólvora, y estaba pensando en una vela.

Bajé el frasco de té de pólvora de la pared de hierbas y lo llevé al mostrador.

—¿Cuánto té le gustaría?

—Ocho onzas estarán bien.

Medí el té y pregunté:

—¿Qué tipo de vela tenía en mente?

—Tengo una cita mañana por la noche. Le voy a preparar la cena a Marcella Escobar, y quería algo que pudiera ayudarla a enamorarse de mí.

Sonreí.

—No la conozco, pero si le está preparando la cena, prácticamente ya ha ganado la batalla.

—Necesito toda la ayuda que pueda conseguir, sin embargo. Es hermosa, y los hombres siempre la están invitando a salir.

—Entiendo. No hacemos pociones de amor ni velas aquí, pero creo que puedo ayudar. —Caminé hacia la exhibición de velas y elegí dos velas blancas cónicas con pétalos de rosa—. Encienda estas en la repisa de la chimenea y luego tome algunas de estas velas flotantes más

pequeñas, póngalas en un recipiente de vidrio con pétalos de rosa en su mesa de comedor.

—¿No quiero las velas de rosa en la mesa? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—No. No quiere más que un toque de aroma en la mesa, o interferirá con su cena. ¿Qué le va a preparar?

—Aún no estoy seguro. Quiero hacer algo impresionante, pero lo suficientemente simple como para no arruinarlo.

—Sabio. ¿Ha considerado algo súper fácil como conchas rellenas? Podría hacer una ensalada para acompañar, y si consigue una buena botella de vino, ella quedará impresionada.

—¿Está segura de que es lo suficientemente impresionante?

—Absolutamente. La cena es solo una parte de toda la noche. Si se relaja y es usted mismo, estoy segura de que la cita irá bien. Pero no olvide el postre: algo con chocolate, y le irá genial. ¿Quiere que le envuelva estas velas también?

—Sí. Gracias por su consejo. No he tenido una mujer en mi casa desde hace mucho tiempo.

Cobré su pedido. —Veintidós cincuenta. Solo recuerda, ella está allí porque ya le gustas.

Tomó la bolsa de mi mano y comenzó a silbar mientras se dirigía a la puerta. Cerré los ojos y disfruté la sensación de haber ayudado a un cliente.

—Eres un sentimental —dijo Jameson.

—No lo soy.

—¿A quién le importa si su cita sale bien o no? Hay un asesino en Portsmouth y aún no lo hemos encontrado.

—Y no hay nada que pueda hacer desde aquí tampoco. Estoy tratando de aferrarme a lo que considero mi vida normal. La vida normal significa charlar con los clientes, ser alentador y simplemente ser amable con la gente. No tienes muchas oportunidades de hacer eso cuando estás buscando a un asesino.

Jameson puso los ojos en blanco.

—Piensa en ello como algo humano, entonces. Necesito hablar con la gente y hacerlos sonreír. No puedo evitarlo.

Sonaron las campanillas de la puerta y entró Kate. Sus moretones estaban desapareciendo y ya no caminaba como si sintiera dolor.

—Oh no, deberías estar en la cama —dije.

—Hice lo que me dijiste y me siento genial. Creo que fue el baño caliente. Esa espuma de baño fue increíble.

—¿Papatonis sabe que estás aquí?

—Él me trajo. Está afuera, haciendo guardia.

Guardé el frasco de té de pólvora. —¿Cómo lograste convencerlo de eso?

—Preparé un poco de café y simplemente empezamos a charlar. Él entiende lo frustrante que es estar excluida de una investigación. Odia vigilar puertas y sabe que puede hacer mucho más.

—Entonces, ¿qué te dijo?

—Encontraron una huella dactilar en mi línea de frenos. La analizaron, pero no estaba en el sistema. Tampoco era la huella digital de nadie de mi taller.

—Interesante. Así que si pudiéramos encontrar uno o dos sospechosos, podríamos averiguar quién cortó tu línea de frenos.

Kate suspiró. —Espero que Wheeler encuentre algo en el video del supermercado. Pero

incluso si lo hace, no es como si me lo fuera a decir.

Serví una taza de té para cada una. —¿Todavía no está compartiendo ninguna información?

Kate tomó el té y negó con la cabeza. —Y ni siquiera puedo ir a la oficina. Si el jefe me ve allí, voy a estar en grandes problemas. Me ordenó tomar una baja médica por dos semanas.

Sonó mi teléfono móvil. Miré la pantalla. —Es Palmer. Tal vez haya encontrado algo importante.

Presioné el botón verde del teléfono y antes de que pudiera decir algo, Palmer dijo: —¿Dónde estás ahora mismo?

—Estoy en la botica, donde dije que estaría todo el día.

Podía oír sirenas de fondo. —¿Dónde estás tú? ¿Qué está pasando?

—Estoy en tu apartamento. Está en llamas.

Capítulo 22



—¿En llamas? Voy para allá —colgué el teléfono—. Mi apartamento está en llamas. Vámonos.

Papatonis se sorprendió al vernos salir corriendo del edificio.

—¿Qué ocurre?

—Tenemos que ir a mi apartamento. Está en llamas —dije.

Parecía que quería discutir conmigo, pero Kate le lanzó una mirada, así que dijo:

—Suban. Yo conduzco.

Al llegar a mi apartamento, me alivió ver que no era tan malo como pensaba. El edificio seguía en pie y, con suerte, los daños podrían repararse.



Los cuatro nos sentamos en el coche patrulla de Palmer, observando en silencio cómo mi edificio seguía humeando.

Sostuve mi amuleto y le pedí ayuda a Brigid. No ayuda para mí, no la merecía, sino ayuda para todos los demás que vivían en mi edificio.

Las cosas malas les pasan a las personas todo el tiempo, pero estaba segura de que esta cosa mala en particular era exacta y específicamente mi culpa.

Puse mi mano en la manija de la puerta.

—Necesito ir a disculparme.

—¿Disculparte por qué? —preguntó Papatonis.

Él no estaba exactamente al tanto de todo lo que había estado sucediendo, y no estaba segura de tener la energía para explicarlo todo. Miré a Kate, y ella negó con la cabeza.

—Ella piensa que cada cosa mala que sucede en la ciudad es su culpa de alguna manera. No lo es —dijo Kate.

—¿Por qué no ves si puedes ayudar a Wheeler? —sugirió Palmer.

Papatonis se animó. No creía que le gustara solo observar.

—Entendido, jefe —salió del coche patrulla y se acercó trotando a Wheeler.

—Pero esto es mi culpa. Es la misma persona que cortó los frenos de Kate —dijo.

Kate se giró para mirarme en el asiento trasero.

—¿Cómo podrías saberlo?

—Dijeron que irían tras las personas que me importan si no hacía lo que querían. Les di algo que parece lo que querían, pero no lo era.

—Kate tiene razón, no tienes idea de quién hizo esto. Pero si fueron las mismas personas, nos estamos acercando a ellas.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Estoy contando al menos tres crímenes separados; no haces eso en un corto período de tiempo sin dejar pistas sustanciales. Solo necesitamos encontrarlas.

Vimos al jefe Dobbins caminando hacia nosotros con una tableta. Palmer bajó su ventanilla, y pude oler la madera y el plástico quemándose. Estaba lista para que el jefe comenzara a gritarnos, porque ninguno de nosotros debería estar en la escena del crimen.

—Escucha, Wheeler está furiosa. Jura que tendrá todo lo que necesita para arrestarte, Palmer, antes de que termine el día. Antes de que lo haga, necesito que veas este video.

El jefe le entregó la tableta a Palmer, y todos nos inclinamos hacia adelante para ver el video. Vi una lata de gasolina en el borde de la pantalla levantarse y derramar gasolina en el revestimiento de mi edificio de apartamentos. No había ninguna mano en la lata. Lo sabía, el uso de magia significaba que definitivamente era mi culpa.

—No estoy seguro de lo que estoy viendo, parece que la lata está levitando —dijo Palmer.

—Miré todos los ángulos de cámara diferentes, y este es el mejor. No sé cómo el perpetrador preparó el sistema para mantenerse fuera de la cámara, pero eso realmente no importa. Estamos buscando la lata ahora. Apuesto dólares contra donas a que fue la misma persona que cortó los frenos de Kate.

No tenía idea de cómo llegó a esa conclusión por sí solo.

—¿Qué te hace decir eso, jefe? —dijo Kate.

—Me parece que tenemos a alguien que va tras las mujeres jóvenes de la ciudad. Tenemos que encontrar a este tipo antes de que escale a asesinato.

Concepto interesante.

—¿Pero dos casos realmente hacen un patrón?

El jefe hizo una mueca.

—Ves este tipo de cosas en las ciudades más grandes todo el tiempo. Está apuntando a mujeres exitosas como tú, una dueña de negocio, y Kate, una estrella en ascenso en el departamento.

Vi a Kate contener una sonrisa. Definitivamente no era el momento de regocijarse con su cumplido.

Un bombero llamó al jefe. Palmer devolvió la tableta por la ventana y el jefe se alejó.

Mi casero, el Sr. Subramanian, se acercó a mi ventana.

—Lo siento mucho. Parece que el edificio no estará listo por al menos tres meses. Tendrás que encontrar otro lugar donde vivir. Espero que vuelvas cuando esté listo, pero entendería completamente, especialmente en tu caso, si decides que quieres vivir en otro lugar.

¿Vivir en otro lugar? No se me había ocurrido. Aunque era pequeño y económico, amaba mi apartamento. Abby y yo habíamos creado tantos recuerdos allí, solo tratando de averiguar

cómo vivir por nuestra cuenta.

—¿Qué hay de usted y la Sra. S? —pregunté.

Sonrió.

—Tenemos a dónde ir. A ella no le gustará, pero es hora de que deje ir su enojo y conozca a su nieto.

Sonreí. Tuve la ocasión de seguirlo una noche, verificando una coartada, y lo vi jugando con su nieto mientras visitaba a su hijo y nuera. Se veía tan feliz allí, y esperaba que su esposa también llegara a ser feliz allí.

El Sr. Subramanian dio un golpecito al coche y dijo:

—Hazme saber lo que decides —y luego se alejó.

—Supongo que te llevaré de vuelta a la Casa Proctor —dijo Palmer.

Eso no me sonaba como una buena idea. Dondequiera que iba, alguien parecía salir herido.

—No. Creo que me quedaré en mi oficina esta noche. Necesito estar sola y pensar.

Lo que realmente esperaba era que vinieran por mí. Jameson y yo tendríamos que tenderles una trampa. Ya habían causado suficiente daño, y necesitábamos encargarnos de ellos, permanentemente.

Palmer frunció el ceño. —No es un buen plan. No me gusta que estés sola.

—Tengo a mi gato conmigo —dije. Si tan solo supiera cuánta ayuda sería realmente Jameson.

—Puedes quedarte conmigo —dijo Kate.

Absolutamente no. La pobre Kate ya había sufrido bastante por ser mi amiga. Negué con la cabeza, pero no dije nada.

—Bien. Haz lo que quieras —dijo Palmer. Sonaba más frustrado de lo que jamás lo había escuchado.

Un coche patrulla con luces y sirenas se detuvo y estacionó en diagonal detrás del auto de Palmer. Wheeler y otro oficial que nunca había conocido salieron apresuradamente del coche hacia la puerta de Palmer.

—Steven Palmer, queda arrestado por el asesinato de su primo, Daniel Palmer —dijo Wheeler.

Espera, ¿qué? Él no lo hizo, yo tenía pruebas de que no fue él. No tenía pruebas que pudiera darle. "Fue envenenado por un hombre invisible, y aún no he descubierto su motivo" no tendría ningún peso con, bueno, nadie.

—Tiene derecho a un...

Palmer abrió la puerta del coche. —¿Estás bromeando, Joelle?

—Proceso de eliminación. Podrías ahorrarnos mucho tiempo confesando.

Palmer nos miró a Kate y a mí. —Tengan cuidado. Isabella, usa mi coche. Saldré en un día o dos.

—No tan rápido, necesitamos registrar el coche.

Palmer salió del coche. —Su apartamento acaba de incendiarse, y creo que está en peligro. Al menos haz que alguien la lleve a su oficina.

—Voy a tener que registrarlas a ambas antes de que puedan irse —dijo Wheeler.

—Por mí está bien. No tengo nada que ocultar —dije.

Kate y yo salimos del coche. Wheeler nos cacheó a ambas mientras el otro detective le leía sus derechos a Palmer.

—Ustedes dos pueden irse. Stanton, no quiero verte en dos semanas. Estás de baja médica, y si es necesario, lo haré cumplir.

Kate asintió.

—¡Papatonis! —llamó Wheeler.

Papatonis se volvió del bombero con quien estaba hablando, vio que Wheeler era quien lo llamaba, y se unió a nosotros.

—Stanton necesita ir a casa, y Proctor necesita ir a su oficina.

Él asintió y dijo: —Me encargaré de ello.

Lo seguimos hasta otro coche patrulla. Una vez que salió de mi estacionamiento, dejó escapar algo de su enojo.

—No puedo creer lo que está pasando hoy. Es como si todos estuvieran tomando las peores decisiones posibles.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Wheeler ha estado detrás de Palmer desde el almuerzo. Se fue a la guardería, diciendo que tenía que haber una explicación razonable para que alguien más hubiera matado al primo de Palmer, pero cuando regresó, estaba segura de que tenía que ser él. Un cambio total de opinión en solo una hora.

—Parece que algo pasó en la guardería. ¿Dijo algo?

—No, nada.

Me pregunté si Wolfe o Stabby habían estado allí. ¿Habían amenazado a su hijo o simplemente habían puesto esa idea en su mente?

—¿Podemos pasar por la guardería? —pregunté.

—¿Para qué? —preguntó Papatonis.

—Solo quiero comprobar algo.

—De acuerdo, pero ya está cerrada a esta hora, y no puedo conseguir que entremos.

—Está bien, solo necesito echar un vistazo.

Papatonis encendió las luces y dio un giro en U en medio de la calle. Estaba bastante segura de que las luces eran solo para uso oficial y de emergencia, pero él era joven y trataba de impresionar. Pero, ¿estaba tratando de impresionarme a mí o a Kate?

En la guardería, abrí mis sentidos y sentí esa misma magia aceitosa y malvada. Cuando Wolfe dijo que iría tras mis amigos, no estaba bromeando. Hasta ahora, no había molestado a mi familia. Aunque, por otro lado, mi familia tenía muchas más formas de defenderse que mis amigos no mágicos; Wolfe parecía ser el tipo de persona que solo se metía con gente que no podía defenderse.

—¿La guardería tiene cámaras? —pregunté.

Papatonis suspiró. —Sí, las tiene.

—¿Es posible echarles un vistazo extraoficial? Tengo una corazonada.

—¿Corazonada sobre qué? —preguntó Kate.

—No quiero decirlo, no hasta que vea si se confirma.

—Tienes suerte de que conozca a alguien —dijo Papatonis. Estacionó en el aparcamiento e hizo una llamada—. Hola, Brad, soy Luke. Necesito cobrar ese favor.

Podíamos oír a Brad hablando, pero no entendíamos lo que decía.

—No, honestamente, no es nada malo. Solo necesito echar un vistazo a las grabaciones de la Guardería Little Angels de hoy, entre las doce y la una. Extraoficialmente.

La voz de Brad se hizo más fuerte, hasta que Papatonis lo interrumpió. —Si no puedes, lo entiendo. Sé que no eres tan importante allí.

Eso provocó a Brad, y en un momento Papatonis dijo: —Genial. Estaremos allí enseguida.

—¿Quién era ese? —preguntó Kate.

—Mi amigo Brad. No logró pasar la academia de policía y tiene un complejo por eso. Es un tipo decente, solo que fácil de manipular.

Entramos en el estacionamiento de Executive Security Services y vimos a un hombre caminando de un lado a otro, fumando un cigarrillo. —Ese es Brad.

Nos acercamos a él, y Papatonis bajó la ventanilla.

Se estrecharon las manos, y Brad dijo: —Ahora estamos a mano, ¿verdad?

—Por supuesto. Si esto funciona, hasta podría deberte una.

Brad sonrió, luego se alejó, aplastando la colilla de su cigarrillo bajo su zapato.

Nos marchamos y, una manzana después, Papatonis me entregó la memoria USB que Brad le había pasado.

—¿Tienes algo con qué leer esto? —preguntó.

—En mi oficina —respondí.

Ya en mi oficina, conecté la memoria USB y reproduje el único video que contenía. La cámara estaba configurada para observar a las personas que entraban y salían del edificio, mientras también vigilaba a los niños jugando en el patio cercado. La marca de tiempo comenzaba a las once y media, así que aceleré la reproducción. Observamos durante unos diez minutos antes de que viera a Wolfe acercarse a un hombre que había estado mirando a los niños. El rostro del hombre estaba dirigido en dirección opuesta a la cámara, así que no pude identificarlo.

No había manera de que permitiera que alguien no mágico fuera tras Wolfe, así que no ralentice la reproducción.

Vimos a Wheeler entrar al edificio y salir veinte minutos después. Tras su salida, el hombre misterioso la siguió, y por un momento, pude ver su rostro.

—Oye, conozco a ese tipo —dijo Papatonis.

—¿Qué tipo? —pregunté.

Señaló al hombre que había seguido a Wheeler.

—Es el nuevo camarero del Rusty Pigeon.

¿El Rusty Pigeon? Sonaba como un lugar horrible.

—Nunca he oído hablar de él.

—No, claro que no, es un bar de policías —dijo Kate.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

—No lo sé —dijo Papatonis.

—¿Cómo es? ¿Y por qué estaría siguiendo a Wheeler?

—No me pareció el tipo de persona que quisiera estar cerca de la policía, pero no puedes arrestar a alguien por dar mala vibra —dijo Papatonis.

—Es una vibra muy mala. No me gustaría estar a solas en una habitación con él —dijo Kate.

—Tal vez tenga un hijo allí también. Pero probablemente conoce a Wheeler, así que sigamos observando.

Vimos el resto del video, pero no ocurrió nada más notable.

—Supongo que fue un fracaso. Gracias por intentarlo —dije.

—¿Estás segura de que estarás bien aquí? —preguntó Papatonis.

Asentí.

—Sí. Además, mi familia vive a solo unas cuadras y uno de ellos puede venir a recogerme más tarde.

No parecía convencido.

—Llévame a casa primero y siempre puedes volver a revisarla más tarde —dijo Kate.

Después de que se fueron, Jameson entró tranquilamente en mi oficina.

—Pensé que nunca se irían.

—¿Viste el incendio en el apartamento? —pregunté.

—Sí. ¿Cuál es nuestro plan?

—Me quedaré aquí esta noche. No quiero llevar este tipo de problema a Proctor House.

—Proctor House fue una de las primeras casas construidas en Portsmouth, y yo no sería responsable de que se quemara.

—A tu familia no le va a gustar eso —advirtió.

—Lo sé. De hecho, no puedo creer que aún no hayan llamado.

No llamaron porque estaban afuera, tocando la puerta. Dejé entrar a mi familia, todos los seis, y antes de que pudieran decir algo, levanté las manos para llamar su atención.

—Sí, sé que mi apartamento se incendió antes. Todos los que estaban allí salieron a salvo. Las renovaciones tomarán al menos tres meses, durante los cuales tendré que encontrar otro lugar donde vivir. Por ahora, ese lugar no será Proctor House. Su valor histórico es demasiado importante. Reconsideraré una vez que atrapen al incendiario.

Mi madre se separó de los demás y se paró a mi lado.

—Estoy de acuerdo. Pero ¿dónde te quedarás esta noche?

—Esta noche dormiré aquí. Buscaré un nuevo lugar mañana.

Mi familia no tenía nada que decir.

—¿Qué está pasando?

—¿Al menos podemos traerte un colchón inflable y algo de ropa de cama? —preguntó la abuela.

Asentí.

—Sí, eso sería agradable.

Thea y Delia fueron a su coche y trajeron ropa de cama. ¿Cómo sabían lo que había planeado hacer? La tía Nadia comenzó a descargar la mochila que llevaba sobre el mostrador junto a la caja registradora.

—Te he preparado algo de comida para ti y Jameson hasta mañana.

Ahora estaba aún más sospechosa.

—Están tramando algo, ¿verdad?

Miré a Delia, que no podía ocultar sus emociones.

—Suéltalo.

Miró a la tía Nadia, luego a la tía Lily, antes de quebrarse.

—Íbamos a usarte como cebo. Si te quedabas aquí, podríamos protegerte y atrapar a quien viniera por ti esta noche.

—Creo que sé quién está detrás de todo esto. Un tipo llamado Wolfe, otro llamado Horatio —pero puede que ya se haya quedado sin magia—, un tipo alto y un tipo que trabaja en el Rusty Pigeon.

—¿Tienes cuatro tipos diferentes persiguiéndote? —preguntó Delia.

—El camarero es el que mató al primo de Palmer. Realmente quiero saber quién es.

—¿Tienes una foto? Delia y yo podemos averiguar su nombre —dijo Thea.

Sonreí.

—Puedo mostrártelo, tengo un video.

Capítulo 23



¿Logré dormir algo esa noche? No realmente. Jameson, por otro lado, estaba fresco como una lechuga cuando mi familia trajo el desayuno a las siete y media de la mañana siguiente.

Aparentemente, la abuela también durmió lo suficiente, porque lo primero que dijo fue: —Tenemos que llevar esta pelea hasta ellos. Ya no voy a esperar más a que ataquen a Isabella con la esperanza de poder atraparlos antes de que la lastimen.

Mi madre y la tía Nadia estaban sirviendo el desayuno, y pude oír a mi madre murmurar: —No sé cuánto más puedo soportar esto. Necesitamos terminar con esto de una vez.

Preparé un té fuerte para todos, y mientras Thea se servía una taza, dijo: —Delia y yo nos divertimos mucho anoche.

—¿Se divertieron en un bar de policías? —pregunté.

Delia sonrió. —Nadie quería responder nuestras preguntas sobre ese tipo. Tampoco estaba trabajando anoche. Al final tuvimos que retarlos a jugar dardos. Por cada juego que ganábamos, tenían que responder una pregunta.

—No me digas —dije.

—Ya habíamos comprado varias rondas, así que no eran tan buenos como creían. Solo le dimos un empujoncito a algunos dardos a nuestro favor.

—Bueno, ¿y qué averiguaron?

—No tanto como esperaba, pero su nombre es Jenkins y vive en las afueras de la ciudad. Además, está a punto de ser despedido del bar porque pasa todo su tiempo tratando de obtener información de los policías que van allí. Ellos solo quieren relajarse y no tener que estar en guardia. Varios ya se han quejado con el dueño.

Armé un burrito de huevo y le di un mordisco. Quería sacarlo de su casa y obligarlo a confesar.

La tía Lily tiró su plato de papel. —Digo que vayamos por él antes de que esté listo para nosotros esta mañana.

El consenso general de mi familia era que necesitábamos ir por él de inmediato. —De acuerdo. Estoy con ustedes. Déjenme escribir una nota, porque voy a cerrar la tienda hoy.

Mientras escribía mi nota, el resto de la familia limpió. Pegué la nota en la puerta y luego

salimos y nos subimos al auto de Thea y Delia.

—Pasamos por su casa hace unas horas y las luces ya estaban encendidas —dijo Delia.

Thea estacionó a tres cuadras de la casa y luego la abuela lanzó un hechizo de invisibilidad sobre el auto y todos los que estábamos dentro. —No tiene sentido darles una advertencia anticipada —dijo.

Jenkins vivía en la frontera entre Portsmouth y Newington, junto a un parque industrial. El aspecto sombrío de su vecindario se extendía a su casa, con sus tejas faltantes y un jardín casi muerto.

Cuando salimos del auto, tuve la sensación inmediata de que quería irme. —¿Alguien más siente eso?

—No puedo salir del auto —dijo Delia.

—Es un hechizo de protección —nos dijo Jameson—. Podemos atravesarlo, pero no será agradable.

Me paré donde creía que estaba el asiento delantero del auto y extendí la mano. Sentí la puerta abierta. —Delia, dame tu mano.

Sentí su mano en la mía y la saqué del auto. Me sentí un poco mejor sosteniendo su mano. —Deberíamos tomarnos todos de las manos —dije.

¿Sabes lo difícil que es lograr que siete mujeres se tomen de las manos cuando no pueden verse entre sí? Finalmente logramos la tarea después de unos minutos; yo estaba situada entre Delia y la tía Lily. —Jameson, ¿estás bien?

—No muy bien —dijo débilmente.

—Entonces salta sobre los hombros de alguien. Eso debería ayudar.

Un momento después lo sentí aterrizar mitad en mi hombro y mitad en mi cabeza. Se acomodó y luego estuvimos tan listos como podíamos estar para partir. Caminamos por la calle vacía hacia la casa de Jenkins. Durante la primera cuadra me sentí bien, pero cuando llegamos a la segunda, comencé a sentir náuseas.

—Oh —dijo la tía Lily mientras levantaba nuestras manos entrelazadas hacia su boca. Pude sentir cómo trataba de no vomitar.

—¿Alguien puede combatir esto? —pregunté.

—Sí, dame un minuto —dijo mi madre. La oí recitando un hechizo en voz baja, pero no ayudó.

—Delia, pon tu mano en mi brazo —dije.

Ahora que ella no tocaría el amuleto, puse mi mano sobre él y le pedí ayuda a Brigid. —¿Mejor? —pregunté.

Todos los demás dijeron que no.

—Tiene que haber un límite donde esto termine. Solo necesitamos atravesarlo para llegar a la casa —dijo la tía Nadia.

Comenzamos a caminar de nuevo, y traté de enfocar la ayuda protectora de Brigid en mi familia.

Finalmente, sintiéndonos agotados y enfermos, nos paramos frente a la casa. Había doce hombres en fila atravesando el jardín delantero: Wolfe, Apuñalador, Jenkins, el tipo alto que había estado en la botica y otros ocho que nunca había visto antes. Wolfe chasqueó los dedos y nuestro hechizo de invisibilidad se desvaneció.

—Pensé que eran ustedes, pero no creí que traerían tanto respaldo. No importa, aquí están en desventaja numérica.

La abuela levantó la cabeza lentamente. Se veía horrible, pero su voz era fuerte. —Casi

no te queda poder. ¿Aún no has descubierto cómo revertir el efecto del aceite maldito?

¿Cómo sabía que le había dado aceite maldito?

—Y tu amigo de allá atrás, el que está al final. Está completamente agotado. Me sorprende que lo hayas mantenido contigo. Ya no es de ninguna utilidad para la fraternidad. A menos que lo estés guardando como chivo expiatorio.

¡Vaya! ¡Bien hecho, abuela!

—El resto de tu grupito de amigos no tiene tanto poder como el que tiene mi nieta en su dedo meñique. Apostaría por nuestras siete contra tus doce cualquier día de la semana.

El tipo alto pasó su mano por su pecho y luego la empujó hacia abajo. Mientras lo hacía, la abuela cayó al suelo.

—¡Tía Esther! —gritó la tía Lily.

Delia cayó después, luego la tía Lily.

—Retirada —susurró la abuela.

—¡Escóndenlos! —gritó mi madre, y una densa niebla surgió entre nosotros y los hombres en el jardín. Parecían confundidos, y los que aún estábamos de pie ayudamos a la abuela, a Delia y a la tía Lily a levantarse. Caminamos lo más rápido que pudimos, sin molestarnos en usar hechizos de ocultamiento. Cuanto más nos alejábamos, mejor nos sentíamos, hasta que llegamos al coche ahora visible y nos ayudamos mutuamente a entrar.

Thea arrancó del lugar de estacionamiento y salió disparada del vecindario.

Para cuando llegamos a la Casa Proctor, estábamos exhaustos pero ya no nos sentíamos enfermos.

—Todos a la sala de estar. Voy a preparar té y tostadas —dije.

La tía Nadia me sonrió agradecida. No tenía energía para cocinar nada en ese momento.

Cuando entré en la sala de estar con una bandeja cargada de té y tostadas, mi familia parecía casi normal.

—Necesitamos ayuda —dijo la abuela—. Necesitamos a Eunice.

Eunice. Genial. Tal vez esta vez no me pegaría al techo por diversión.

Capítulo 24



Saqué mi teléfono para enviarle un mensaje a Eunice y vi que ya tenía uno de ella.

Estoy esperando que me dejes entrar por la puerta de la cocina.

¿Qué? Caminé hacia la cocina y abrí la puerta. —¿Cómo lo supiste?

Pasó junto a mí hacia la sala. —Cada bruja en la costa este sintió que usabas tu amuleto con todas tus fuerzas esta mañana. Sabíamos que no habías muerto, así que vine para asegurarme de que todo estuviera bien.

Se sentó junto a la abuela y nos miró a todos. —Por fuera parecen estar bien, pero por dentro tienen algunos problemas. ¿Quién les hizo esto?

—Un brujo llamado Wolfe y sus amigos de la fraternidad. Está protegiendo a la bruja que mató al primo del detective Palmer, mi amigo.

Eunice se rio. —¿Ese matón de poca monta? Ha estado haciendo pequeñas jugadas de poder durante décadas. Me sorprende que finalmente haya conseguido que alguien lo siga.

Tomó la taza de la abuela y la olió. —Entonces, ¿qué será, señoras? ¿Nos sentaremos aquí a tomar té o vamos a derribar a este canalla y obtener algo de justicia?

Yo estaba a favor de la justicia, pero sentía que primero necesitaba una siesta seria.

Delia bostezó y se recostó en su silla, cerrando los ojos.

Eunice se puso de pie y comenzó a cantar en latín. ¡Latín! La familia Proctor apenas puede organizarse lo suficiente para que los hechizos ocasionalmente rimen en inglés, y aquí estaba ella lanzando un hechizo en otro idioma. Dejó de hablar y aplaudió ocho veces, una por cada Proctor y una por Jameson.

Con el último aplauso, todos nos sentamos más erguidos, sintiéndonos más enérgicos y menos propensos a volver a dormir.

—Muy bien, señoras, vámonos. El tiempo se acaba y tengo que desyerbar mi jardín lateral esta tarde —dijo Eunice.

No había espacio para meter a Eunice en el Kia, así que nos siguió en su Volkswagen Beetle vintage de los años 70. Una vez más, nos detuvimos a tres cuadras de la casa de los

Jenkins, pero esta vez cuando salimos, no sentimos nada.

—¿Qué fue ese hechizo? —le pregunté a Eunice.

—Lo llamo Encender el Fuego, para poner en marcha tu trasero —dijo.

La miré fijamente. —¿Lo lanzaste sobre ti misma?

Negó con la cabeza. —No lo necesitaba.

—¿Y sientes algo ahora?

—Me estoy sintiendo molesta por todas estas preguntas, niña. Ve al grano.

—Hace un par de horas nos golpeó una pared de náuseas que tuvimos que superar. Parece que ha desaparecido, y no sabía si era por tu hechizo o si la fraternidad se ha ido.

—No fue mi hechizo —confirmó Eunice.

—Esta vez deberíamos tomarnos de las manos primero, luego lanzaré el hechizo de ocultamiento —dijo la abuela.

Formamos una línea, tomados de las manos. —Isabella y yo tomaremos cada extremo —dijo Eunice—. Puede que necesitemos una mano extra para usar nuestros amuletos.

Caminamos las tres cuadras pero no sentimos resistencia. Un cuervo graznó y saltamos, pero nada nos detuvo. Cuando estábamos frente a la casa, Eunice agarró su amuleto. —No hay nadie en casa.

Tomé mi amuleto y busqué la magia aceitosa que Wolfe exudaba. Su habilidad mágica era débil, al igual que su rastro.

Intenté iluminar el rastro, y parecía una línea negra y ondulante que se movía por la carretera.

Eunice y la abuela dijeron que sí, pero nadie más podía verlo.

—De vuelta a los coches, necesitamos alcanzarlos. Isabella, tú conduces conmigo y me dices por dónde ir. Esther navegará para el otro coche —ordenó Eunice.

No estaba segura de que poner a ambas portadoras de amuletos en un solo coche fuera la mejor idea. Miré a Eunice, y ella asintió. Esperaba que eso significara que tenía un plan que no quería contar a los demás.

Subimos a los coches, y Eunice y yo nos fuimos primero. —Gracias a la diosa que no armaste un alboroto cuando te dije que subieras a mi coche. Necesitamos hablar.

—Gira a la izquierda aquí —dije.

Giró a la izquierda. —Es hora de tomar decisiones. ¿Llevamos a tu familia al peligro o nos enfrentamos a la fraternidad nosotras mismas?

—Vamos juntas, tú y yo al frente. Ellos pueden quedarse detrás de nosotras y ayudar.

—Apoyo táctico, ya veo —dijo Eunice.

¿Cuándo había pasado mi vida de vender té y charlar con los clientes a considerar apoyo táctico? Al menos lo tenía cuando lo necesitaba.

Condujimos durante medio kilómetro antes de que perdiera el rastro. —Detente.

Eunice se detuvo y todos salimos de nuestros coches.

—Los perdí —dije.

La abuela me miró con el ceño fruncido. —Eso es porque te perdiste el desvío hace tres cuadras.

—No, no lo hizo. Gira a la derecha justo allí —dijo Eunice.

—No seas tonta, Eunice —dijo la abuela.

La tía Lily nos miró a las tres. —¿De qué estamos hablando?

Mi madre la miró a los ojos. —¿Te sientes bien, Lily?

—Claro que sí. Simplemente no sé por qué estamos dando un paseo en coche por un

parque industrial a primera hora de la mañana.

Esto era malo. Thea y Delia se dieron la vuelta y comenzaron a alejarse caminando.

—Deténganse ahí mismo, chicas —ordenó mi madre.

—Tenemos trabajo que hacer, y ni siquiera recuerdo haber aceptado este paseo —dijo Thea.

Mi madre se volvió hacia Eunice y hacia mí. —Creo que nos topamos con un hechizo de confusión. Ha afectado de manera diferente, pero debemos revertirlo de inmediato. Todos juntos, justo frente a mí.

Todos respondimos al tono de mando en su voz. No estaba bromeando, y aunque yo no veía un gran problema, el hecho de que ella sí lo viera era suficiente. No sé si hubiera confiado en cualquiera, pero mi madre nunca se equivoca cuando dice que algo necesita arreglarse.

—Hechizo, hechizo, hechizo vete ya. Vuelve a donde debes estar. Al lanzador regresa, llévate tu desastre —entonó mi madre.

Parpadeé y miré alrededor. El rastro que habíamos estado siguiendo seguía avanzando recto por la carretera. —¿Ves que va en línea recta? —le pregunté a la abuela.

Ella asintió, al igual que Eunice.

—Bien, volvamos a ello. Aumentad vuestros escudos personales al máximo y llamad a Isabella si algo más empieza a ir mal.

Nos pusimos en marcha, más tensos que antes, buscando a un asesino y posiblemente más trampas.

Mi teléfono sonó cuando pasamos por la biblioteca pública. —Hola, os tengo en altavoz —dije.

—Mi madre está pidiendo que la dejemos aquí. ¿Deberíamos? Probablemente nunca encontraremos a quien buscamos, y seguramente ya hayan abandonado la ciudad. Creo que deberíamos irnos a casa ahora —dijo Delia.

Oí a mi abuela decir algo, y Delia activó el altavoz.

—Estoy a punto de tener un motín aquí. Necesitamos parar —dijo la abuela.

Eunice suspiró y se detuvo en un terreno vacío. —¿Estáis seguras de que vale la pena llevarlas con nosotras?

Honestamente, había empezado a sentir que era un esfuerzo inútil seguir el rastro. —Sería más fácil enfrentarnos a ellos si alguna vez volvieran a la tienda.

Eunice me miró. —Vaya. También te ha afectado.

Una vez más, salimos del coche. Esta vez la abuela y Eunice parecían menos afectadas. —Ya sabéis cómo va esto, señoras, todas de pie frente a nosotras —dijo Eunice.

Se agachó y cogió un puñado de tierra. —Todas haced lo que yo haga.

Solo la abuela la imitó cogiendo un poco de tierra. —Ya la habéis oído, coged un poco de tierra.

Todas nos agachamos y cogimos un puñado de tierra.

—Ahora repetid conmigo. Madre Tierra, escucha nuestra súplica. Suelo y barro, tierra y polvo, elimina la maldición que me ha herido.

Era demasiado para que yo lo recordara. ¿Por qué la magia parecía tan difícil hoy? —Me voy a casa a echar una siesta —dije.

Me di la vuelta para irme del terreno, pero la abuela me agarró del brazo. —Vale, hagamos esto juntas, ¿de acuerdo? Tú repite lo que yo diga.

La abuela cogió más tierra y repitió el cántico para romper la maldición palabra por

palabra. Yo repetí lo que ella decía y sentí la energía de la Madre Tierra fluyendo de vuelta en mí.

—Guau —dije.

—Ve a ayudar a tus primas —dijo la abuela mientras iba a ayudar a la tía Nadia a romper su maldición.

Guié a Thea y Delia a través del cántico, palabra por palabra, y finalmente todas volvimos a la normalidad. Honestamente, me sentía mejor que normal, como si la Madre Tierra me hubiera dado energía extra para encontrar al asesino.

Iba a llevar mucho tiempo alcanzarlos si no nos dábamos prisa. Podrían estar ya a medio camino de Boston, y si llegaban a una gran ciudad, tal vez nunca los encontraríamos.

Eunice me llevó aparte. —Necesitamos ir en un solo coche. Tendrás que sentarte en el suelo. Necesitamos concentrarnos en proteger a todos mientras Thea conduce, o perderemos nuestra oportunidad.

Asentí.

—Todas al Kia. Tenemos que ponernos en marcha —ordenó Eunice.

Nos apretujamos y seguimos el rastro. No llevaba a la autopista como pensé que haría, sino a un barrio residencial. El rastro conducía a la tercera casa a la izquierda, que tenía una fea niebla verde a su alrededor. ¿Estaban intentando llamar nuestra atención?

—¿Veis eso? —pregunté.

—¿La niebla? Sí —dijo la tía Nadia.

Era media mañana de un hermoso día de finales de verano, y esperaba ver niños jugando fuera, pero no había ni una sola persona o mascota en la calle. Ningún pájaro volaba sobre el vecindario, y ni siquiera podía oír el canto de los grillos. Algo iba mal aquí.

—¿Quién vivirá aquí? —preguntó mi madre.

—Palmer. Ese es su coche en la entrada —dije. Debía ser el siguiente en su lista de objetivos entre mis amigos.

—Bien, ¿cuál es el plan? —preguntó Eunice.

—El plan es dar la vuelta, ir a casa y fingir que nunca vimos nada de esto —dijo mi madre.

No podía creer que dijera eso. —¡Madre!

—Mira, Isabella. Sé que es tu amigo y todo eso, pero es demasiado arriesgado. No estoy dispuesta a perder a toda mi familia para mantenerlo fuera de la cárcel. Si volvemos a casa, todos seguiremos con vida.

—Tiene razón —dijo la tía Lily.

Agarré mi amuleto. —No, no la tiene. Si nadie quiere venir conmigo, iré yo sola.

Me esforcé por levantarme del suelo del coche muy abarrotado. Thea intentó impedir que abriera la puerta a su lado, pero lo hice y casi me caí fuera.

Delia murmuraba entre dientes mientras salía del coche. —El miedo es el asesino de la mente —fue todo lo que capté.

—¿Dune? —pregunté.

—Puedes hacer un hechizo con cualquier cosa, ¿sabes?

Supongo que nunca se me ocurrió usar citas de películas. Parecía tan moderno. —Bien, hagamos esto —dije mientras agarraba su mano.

Eunice agarró la otra mano de Delia y las tres cruzamos la calle, repitiendo el hechizo de Delia. Jameson se frotó contra mi pierna, reforzando mi valor.

Disipamos la niebla y oí puertas de coche cerrándose detrás de nosotras. No me atreví a

mirar atrás, pero después de un momento, sentí una mano en mi hombro.

—Ahora estamos todas aquí —dijo Thea.

Avanzamos juntos, pero nos detuvimos cuando los miembros de la fraternidad salieron de la casa de Palmer. El tipo alto caminaba en círculos. Debía ser la persona que lanzó el hechizo de confusión que mi madre había derrotado, y nadie se había molestado en intentar quitárselo. Apuñalador estaba en la parte trasera del grupo, agachado.

Wolfe estaba al frente, aunque parecía agotado. —Qué bueno que lograron pasar nuestros pequeños hechizos. Están demasiado exhaustos para pelear ahora, así que mejor den la vuelta y váyanse a casa.

¿Proyectando mucho? Ellos parecían destrozados.

Jenkins estaba junto a Wolfe, sosteniendo un frasco con un líquido transparente.

Detrás de Wolfe había un joven brujo, más joven que yo, tratando de invocar más miedo. Nubes de niebla verde se elevaban a su alrededor, pero se desvanecían después de moverse unos sesenta centímetros.

Dimos otro paso adelante, hacia el jardín de Palmer. Una vez que estuvimos en la Madre Tierra de nuevo, sentí una descarga de energía. La Madre Tierra nos estaba cuidando. Me quité las sandalias y sentí su poder fluir a través de mí. —Quítense los zapatos —dije.

Mi familia se quitó los zapatos. Éramos lo suficientemente fuertes para soltarnos las manos y rodear a la fraternidad.

Wolfe se giró y nos miró a cada uno. Podía sentir que lo último de su magia se desvanecía mientras buscaba frenéticamente una salida. Un trueno resonó en el cielo, y él desapareció, dejando al resto de la fraternidad para que se las arreglara por su cuenta.

Una vez que vieron que su líder había huido, la mayoría lo siguió, dejando solo a Apuñalador y Jenkins atrás.

Apuñalador gritó al cielo: —¡Dijiste que no me dejarías!

No le quedaba absolutamente nada de magia. Wolfe ya no tenía uso para él.

Cerramos nuestro círculo y nos tomamos de las manos otra vez. Jenkins intentó atravesarlo y escapar, pero no pudo. Fue su error intentar dirigir sus esfuerzos de escape hacia el punto entre Eunice y la abuela. Cuando las tocó, Eunice dijo: —Confiesa.

Jenkins rebotó por la fuerza de su agarre y cayó al suelo. Sacudió la cabeza y comenzó a hablar. —Tuve que hacerlo.

Se cubrió la boca con las manos, pero eso no le impidió continuar. —Dan iba a entregarnos a todos. Wolfe dijo que ascendería en la fraternidad si me deshacía de Dan, así que lo hice. Ahora me ha dejado aquí.

—Dan no era un brujo, ¿verdad? ¿Qué tenía que ver con la fraternidad?

Jenkins me miró como si fuera una idiota. —No usamos brujos para matar gente. No a menos que tengamos que hacerlo.

Jenkins era el segundo brujo que conocía que había cometido un asesinato, siendo Brent Thompson el primero. —No a menos que sean prescindibles, quieres decir.

—Yo no soy prescindible —escupió.

Eunice se rio. —Mírate, hijo. Te han abandonado, estás atrapado en este círculo, y la policía llegará en cualquier momento.

Y así era. Podía escuchar las sirenas a lo lejos.

—Llamé antes de salir del coche —explicó Eunice.

—¿Y tú qué? —le preguntó a Apuñalador.

Él levantó las manos. —No quiero problemas. Su aceite hexado me robó el poder, y ahora estoy indefenso. Solo déjenme morir.

Tuve un momento de culpa. Había sido mi aceite el que había agotado completamente sus poderes. Ahora era un hombre sin nada. Si yo hubiera perdido mi magia, probablemente también querría morir.

Pero yo nunca usaría mi magia para dañar a alguien, así que nunca tendría que enfrentar esa consecuencia. Mi corazón se endureció al recordar el júbilo en sus ojos cuando me atacó en la botica.

—La policía tendrá mucho que decir sobre tu futuro, y me aseguraré de que te pongan en vigilancia por suicidio —dije.

Tres coches y una furgoneta llegaron a la casa, y de repente nos vimos rodeados por policías que nos gritaban que levantáramos las manos. Hicimos lo que nos pedían, y Wheeler se acercó a mí.

—Tú. ¿No te interrogué en un asesinato diferente? —preguntó.

—Sí. Usted fue la primera detective en el asesinato de mi mentora, Trina Bassett, antes de tener a su bebé. Felicidades, por cierto.

Wheeler frunció el ceño. Supongo que ahora estaba completamente centrada en el trabajo. —Y estabas en el Biscuit cuando murió el primo de Palmer, ¿no es así?

Esto no pintaba bien para mí. —Así es.

—¿Hay alguien muerto aquí?

Negué con la cabeza. —No que yo sepa.

Un oficial recogió el frasco de veneno, lo puso en una bolsa de evidencia y se lo llevó a Wheeler. Ella lo miró pero no dijo nada. La etiqueta decía "Tropomiosina".

Detrás de Wheeler pude ver a los oficiales esposando a todos en el jardín. —Si pudiera ser gentil con mi abuela y su amiga Eunice.

—¡Eh, Rodríguez! Pon a las ancianas en la parte trasera de un coche, sin esposas —gritó.

—Gracias.

Ahora que la neblina de miedo se había disipado de la casa de Palmer, la gente estaba saliendo de las casas vecinas y observándonos. Genial, ahora parezco una criminal. Esto no será bueno para el negocio.

Señalé a Jenkins. —Él es el que envenenó al primo de Palmer.

—¿Y cómo sabes eso? —preguntó Wheeler.

—Él me lo dijo. Y estaba sosteniendo ese frasco cuando llegamos aquí. Estoy segura de que si habla con él, confesará.

Wheeler resopló. —Has estado viendo demasiada televisión. Nadie confiesa en estos días. Date la vuelta.

Me di la vuelta, sabiendo lo que venía a continuación. —Isabella Proctor, estás bajo arresto por obstaculizar una investigación policial.

Continué leyéndome mis derechos, pero no estaba prestando atención. Todos los demás que vinieron conmigo también estaban siendo arrestados. No había forma de que pudiera hacer que esto se sostuviera.

Cuando Palmer me arrestó hace unos meses, estaba aterrorizada de que mi madre se enterara. Ahora que ella estaba siendo arrestada junto a mí, sabía que no diría nada sobre cualquier problema futuro en el que pudiera meterme.

Jenkins y Apuñalador fueron metidos en otro coche, y el resto de nosotros fuimos puestos en la furgoneta. Wheeler había venido preparada: arrestarlos a todos y luego aclarar las cosas

parecía ser su plan.

En el camino a la comisaría, mi madre nos dio instrucciones. —Lily, tú habla con Ray. Los demás, no digan nada excepto que quieren un abogado. Llamaré al nuestro y nos representará a todos. Guarden sus llamadas por si necesitamos contactar a alguien más. Aguanten y saldremos en unas horas.

—¿Cómo puedes estar tan serena? —le pregunté.

La tía Nadia se rio. —No es su primera experiencia siendo arrestada.

—¿Qué? ¿Estás bromeando? ¿Qué hiciste? —pregunté.

—Podemos hablar de eso más tarde —dijo mi madre.

—No creas que lo olvidaremos, tía Michelle —dijo Delia.



Nos escoltaron a la central de detención, donde la tía Lily insistió en hacer su llamada telefónica. Tres minutos después, el jefe Dobbins entró tranquilamente, tratando de parecer lo más calmado posible.

—Wheeler, ¿podría verte en mi oficina? —dijo—. Espera antes de procesar a estas mujeres —le indicó al sargento de guardia.

—¿Está bien si mi tía se sienta? —preguntó la tía Nadia.

El sargento miró alrededor. No había sillas. —Eh, sí. Síganme.

Lo seguimos hasta la sala de conferencias donde había borrado la memoria de Palmer sobre las mujeres Proctor usando magia. Odiaba haber tenido que manipular su mente y esperaba no tener que hacerlo nunca más.

—La puerta estará vigilada, así que nada de trucos —advirtió el sargento.

—Solo siéntense en silencio —nos aconsejó mi madre—. Saldremos de esto pronto.

Me recliné en mi silla y cerré los ojos. Se acercaba la hora del almuerzo, y estaba hambrienta y completamente agotada. Respiré profundamente dos veces y me permití relajarme.

Lo siguiente que supe fue que el jefe estaba en la puerta, aclarándose la garganta. Abrí los ojos y supe que todo estaría bien. Parecía avergonzado cuando comenzó a hablar. —En nombre del Departamento de Policía de Portsmouth, me gustaría disculparme con todos ustedes por el comportamiento de uno de mis detectives. Son libres de irse, con mi agradecimiento personal por encontrar al asesino de Dan Palmer.

Supongo que Wheeler se equivocó: no le tomó mucho tiempo a Jenkins confesar después de todo. Aunque, claro, el hechizo de Eunice lo había obligado.

Mi familia comenzó a salir, y la tía Lily se detuvo y le dio un pequeño beso en la mejilla al jefe. —Gracias, Ray.

Yo fui la última en salir de la sala de conferencias. —¿Cuándo liberarán a Palmer?

—Ya está libre, y creo que te está esperando en su escritorio. Te llevaré con él.

Palmer estaba sentado en su escritorio, sin afeitado y desaliñado, pero con aire de suficiencia mientras la gente le decía que sabían que él no lo había hecho. Me pregunté si alguno de ellos lo había visitado o expresado preocupación por él antes de que fuera exonerado.

Me vio y dijo: —Hablemos afuera.

Lo seguí y no dijo nada durante dos manzanas completas. Finalmente, nos sentamos en una banca de autobús. —No sé si eres una especie de mente criminal que sabe sobre todo lo malo

que sucede en la ciudad, o si simplemente tienes una suerte tonta y sigues tropezando con asesinos.

No estaba segura de qué decir. Odiaba no poder decirle la verdad.

—El jefe dice que todo el mundo está en el lugar correcto en el momento adecuado de vez en cuando, y que tú simplemente estás teniendo una racha de suerte.

—Eso suena mucho más plausible que yo siendo una mente criminal. —Desesperada por desviar su atención de mí, pregunté—: ¿Qué pasó con los dos tipos que Wheeler trajo con nosotros?

—Jenkins confesó. Reece dijo que fue engañado por alguien que afirmaba poder impulsar su carrera política.

¿Reece? Así que ese era el apellido de Apuñalador.

—A menos que quieras presentar cargos contra él por intimidarte en tu tienda, será liberado por la mañana.

—No lo sé. En realidad no me lastimó, y no creo que tenga que preocuparme por él nunca más.

Palmer se movió en la banca. —¿Estás segura?

—Sí, lo estoy. Creo que es solo un hombrecillo triste que desea tener más poder del que tiene. No es probable que vuelva a molestarme.

Al menos no de una manera que pudiera causarme daño. Era poco probable que pudiera superar las defensas de mi amuleto.

—¿Y qué hay de ti? ¿No hay repercusiones duraderas por las conclusiones apresuradas de Wheeler sobre ti?

Palmer frunció el ceño. —No para mí. Aunque el jefe está enojado con ella, y es poco probable que tenga otro caso de alto perfil por mucho tiempo.

Se puso de pie. —Tengo que volver al trabajo, pero me preguntaba... Dije que me gustaría cenar contigo una vez que el caso terminara. ¿Estás libre mañana por la noche?

Un taxi se detuvo frente a nosotros, con las tías en el asiento trasero. —¿Quieres que te llevemos a casa? —preguntó la tía Nadia.

Estaba demasiado agotada para caminar a casa. —Sí. Dame un segundo. —Me volví hacia Palmer—. ¿Qué tal a las siete?

—Es una cita —dijo.

Capítulo 25



Thea y Delia insistieron en que me ayudarían a prepararme para mi gran cita. Eso fue exactamente lo que dijeron, además. "Gran Cita". Cualquiera pensaría que nunca había salido con un chico antes.

Mi última cita fue bastante horrible, pero aun así, no había razón para armar tanto alboroto por elegir un vestido. Lo peor era que no tenía ropa propia para elegir. No había vuelto a mi apartamento, y ni siquiera estaba segura de si algo se podría salvar del daño por humo y agua.

—Esta podría ser la cita más importante de tu vida —dijo Thea. Thea, la seria, reflexiva y poco dada a la hipérbole, hablaba como si fuéramos a cabalgar hacia el atardecer y vivir felices para siempre.

Hice una pirueta con el vestido floral verde que acababa de ponerme. —Honestamente, si puedo pasar unas horas con él sin que me acuse de un crimen, será suficiente para mí.

Delia hizo una mueca. —Uf, no con tu tez. Quítatelo.

Thea estaba revisando el armario de Delia. Sacó el único vestido que esperaba que nadie recordara. Era un minivestido floral rojo y blanco con volantes flotantes que Abby había insistido en que comprara el verano pasado. Las etiquetas aún estaban puestas porque había pensado en devolverlo, pero en su lugar se lo di a Delia. Era demasiado: tirantes finos, flores, un escote en V más profundo de lo que solía usar. —¿Qué tal este?

Me lo puse obedientemente, esperando haber ganado peso inexplicablemente durante el último año y que el vestido ya no me quedara. Mientras se deslizaba en su lugar, me di cuenta de que no tenía tanta suerte. Me quedaba perfecto.

—Isabella —llamó mi madre desde las escaleras—. Tienes una visita.

Una descarga de adrenalina recorrió mi sistema. —¿Cómo me veo?

—Perfecta —dijo Thea—. Déjame quitarle las etiquetas.

—Si tiene medio cerebro, se enamorará de ti en el momento en que te vea.

Me puse mis sandalias blancas de tiras y bajé las escaleras.

—Está en la sala —susurró la tía Nadia en el pasillo.

Antes de doblar la esquina hacia la sala, tomé un respiro profundo. ¿Qué era lo peor que podía pasar? Podría arrestarme, pero eso no era probable. Podríamos decidir que no nos

gustábamos en absoluto. Podría derramarle vino encima. Podría...

—Aquí estás —dijo mi madre mientras me arrastraba hacia el Palmer que esperaba.

Aparté su mano de mi brazo y sonreí a mi cita. Mi increíblemente guapo acompañante. Oh, diosa, qué bien se veía. Camisa oxford a cuadros azules con las mangas remangadas, pantalones chinos azul marino, botas Chelsea.

Me di cuenta de que lo estaba mirando fijamente. —Hola —dije, como una idiota. Normalmente soy mucho mejor hablando con la gente.

—Hola a ti también —dijo mientras me sonreía—. Te ves increíble.

—Gracias. Tú también. —¿Tú también? Nada como anunciar el hecho de que solo había tenido un puñado de citas en toda mi vida.

—¿Estás lista para irnos? —preguntó.

—Sí. Rápido, antes de que lleguen todos y quieran hacer un millón de preguntas.

Lo guíé hacia la puerta principal y di un pequeño suspiro de alivio porque mi familia realmente nos había dejado solos. Me volví hacia la casa y vi a Thea y Delia saludando desde mi habitación.

Palmer me ofreció su brazo mientras bajábamos los escalones hacia la puerta principal.

—¿Cuál es el plan para esta noche? —pregunté.

—La típica primera cita. Cena y espectáculo en Prescott Park.

—Suena genial. Guía el camino.

Habíamos llegado a la acera y, hasta ahora, no me había tropezado ni avergonzado.

—¿Qué te parece caminar? El parque no está muy lejos, pero nunca sé cómo funcionan los zapatos de las mujeres.

Me reí. —¿No sabes cómo funcionan los zapatos de las mujeres? Más o menos igual que los de los hombres.

—Me refiero a si son cómodos para caminar o no. Podemos ir en coche si prefieres.

No estaba ni a un kilómetro de distancia, y mis zapatos eran perfectos para caminar. —Vamos caminando.

Sonrió. —Solo tengo que sacar la cena de mi coche. —Corrió hacia su coche en el camino de entrada y sacó una gran cesta de picnic y una manta.

Me ofreció su brazo de nuevo y empezamos a caminar. —¿Qué hay para cenar? —pregunté.

—Receta familiar secreta —fue todo lo que dijo.

En el parque, elegimos un lugar frente al escenario que aún estaba a la sombra del sol del atardecer. Extendió la manta y nos sentamos. Pasé más tiempo mirándolo, preguntándome cómo lograba que su cabello fuera tan liso para el trabajo, pero rizado para una cita. Me gustaban los rizos.

Se aclaró la garganta. —¿Limonada o agua? —preguntó.

—Limonada, por favor.

—No estaba seguro de qué te gustaba, así que pensé que no podía equivocarme con el agua. Pero luego pensé, ¿y si no te gustaba el agua? Así que traje limonada.

Hablaba muy rápido, ¿estaba tan nervioso como yo? —La limonada está bien.

Metió la mano en la cesta, e intenté echar un vistazo dentro, pero no me dejó. Sacó dos vasos y un gran termo. Después de servir nuestras bebidas, volvió a meter la mano en la cesta y sacó dos mitades de una fresa y puso una en cada vaso.

—Gracias —dije.

Di un sorbo y me sorprendí. —¿Recién exprimida?

Asintió. —¿Estás lista para el primer plato?

Dejé mi vaso. —Absolutamente. —No había comido al mediodía, porque estaba ocupada rechazando los intentos de mis primas de pasar horas en mi cabello y maquillaje. Me alegré de haber optado por un look más natural, en lugar del maquillaje pesado que Delia quería.

De la cesta sacó dos platos, dos tenedores y un cuenco tapado. —Ensalada de espinacas, fresas y queso feta.

—Suena delicioso.

Me sirvió un poco y me observó mientras probaba un bocado. —Sí. Deliciosa. ¿La hiciste tú mismo?

Sonrió. —Sí.

—No tenía idea de que supieras cocinar. Ahora me siento avergonzada por haber hecho tanto alboroto al prepararte sopa de tomate y queso a la plancha.

Se rio. —No deberías estarlo. Nunca te lo dije, pero fue agradable que alguien me preparara la cena, no como en un restaurante, sino porque quería hacerlo.

Tomé otro bocado de ensalada y un sorbo de limonada. —Claramente voy a tener que mejorar mi juego si quiero estar a tu altura.

Las luces del escenario se encendieron y nos acomodamos para ver La comedia de las equivocaciones. En algún momento, rellenó mi plato con una tarta de tomate y pesto y luego una galette de arándanos.

Reservé mis preguntas hasta el intermedio. —¿De dónde sacaste esa tarta?

—La hice esta mañana —dijo.

Lo miré fijamente, tratando de ver si estaba mintiendo.

—No encaja con mi imagen de detective duro, pero hornear me ayuda a manejar el estrés.

Sonreí. —Tu secreto está a salvo conmigo, siempre y cuando cocines para mí de vez en cuando.

—Con gusto.

La brisa cambió y me estremecí. Probablemente debería haber traído un suéter. Se acercó a mí y me rodeó los hombros con el brazo. —Apóyate en mí un poco y ponte cómoda.

Vimos la segunda mitad de la obra así, y nuestro nerviosismo inicial pareció haberse desvanecido. Para cuando los dos Dromios salieron juntos del escenario al final del quinto acto, yo estaba tan cómoda como podía estar.

Doblé nuestra manta y Palmer guardó lo último de nuestra cena. —Tengo que confesarte algo —dijo.

—¿No suele ser al revés? ¿La gente te confiesa cosas a ti?

—La noche que nos conocimos, cuando te vi caminando a casa tarde por la noche... Sabía quién eras.

—¿Lo sabías?

—Sí. Tenía tu foto. Y estaba seguro de que habías matado a Trina. Sabía que solo tenía que hablar contigo un poco y podría cerrar el caso.

No respondí de inmediato. No estaba feliz de que me hubiera engañado, pero ¿habría actuado diferente yo en su lugar? No lo creía. —Como ahora sabes, no es divertido que alguien asuma que eres un criminal cuando no lo eres. Espero que tu experiencia con Wheeler te haya enseñado eso.

Dejó la cesta y dio un paso hacia mí. —Isabella. Lo sé. Por eso tenía que decírtelo. Y por qué tengo que disculparme por mi comportamiento esa noche.

—¿Y por la vez que intentaste arrestarme?

—Y por esa vez también. Pero para ser justos, realmente parecías culpable en ese momento.

Le di un golpecito juguetón con la manta. —¡Retira eso! Sabes que no es así.

Me atrajo hacia él. —Sí, lo sé. —Sus cálidos ojos marrones miraban fijamente los míos, y sentí que podía caer en sus brazos y nunca irme.

Y entonces sonó la alarma de un coche, haciéndome saltar y arruinando nuestro momento.

Palmer recogió la cesta y metió la manta en ella. —¿Tus pies están bien para caminar a casa?

—Absolutamente.

Salimos del parque, cogidos de la mano. —Nunca he conocido a un hombre que fuera tan considerado con mis pies o mis zapatos.

Se apartó. —Oh. Mi ex esposa me entrenó bien, supongo. Es una mujer pequeña y siempre usaba los tacones más altos que podía encontrar, sin importar cómo le hicieran sentir los pies. Tenía que tener cuidado con los lugares a los que le pedía que caminara, porque su vanidad no le permitía usar zapatos cómodos.

—Ya veo. —Lo miré. Era al menos una cabeza más alto que yo, pero no me importaba tanto, y ciertamente no iba a cambiar lo que usaba para ser más alta—. Yo soy más de zapatillas y sandalias, así que no tienes que preocuparte por mí.

—Esa es una de las cosas que me gustan de ti. Eres fácil.

—¿Disculpa?

Pareció confundido por un momento. —¡Oh, no! Eso no es lo que quise decir. Quise decir que es fácil estar contigo. Eres fácil de tratar.

Me reí. —Sabía lo que querías decir.

Llegamos a mi puerta más rápido de lo que hubiera querido. —Gracias por una velada encantadora y por la deliciosa comida. No podré cocinar para ti de nuevo hasta que vuelva a mi apartamento, pero definitivamente lo haré. Y le pediré a la tía Nadia que me enseñe algunas recetas elegantes.

Sonrió. —Estoy deseando que llegue ese momento.

Se inclinó y estaba a punto de besarme cuando se abrió la puerta. La abuela estaba en la puerta abierta vistiendo su bata más vieja y andrajosa y con el pelo en rulos. Era una bruja: si quería el pelo rizado, ciertamente no tenía que dormir con rulos.

Palmer se apartó de mí de un salto y miró a la abuela. —Buenas noches, señora Proctor.

—Es una noche tardía, Detective Palmer. Gracias por acompañar a mi nieta a casa sana y salva. Buenas noches.

Fruncí el ceño a la abuela. Me agarró de la mano, me metió en la casa de un tirón y cerró la puerta de golpe. Como para hacer énfasis, incluso cerró la puerta con llave haciendo un fuerte ruido metálico.

—¿Qué estás haciendo? —susurré—. Estaba a punto de besarme.

—Lo sé. Estaba mirando. No se besa en la primera cita.

—Claro, tal vez cuando tú salías.

Eché un vistazo por la ventana. —Se está yendo en coche, así que el momento ha pasado. Intenta no reírte toda la noche con tus primas, algunas de nosotras necesitamos dormir un poco. —Se alejó, quitándose los rulos del pelo, dejándome sola en la entrada.

Me quité los zapatos y subí las escaleras, pensando en un hechizo de silencio. Tenía

mucho de qué hablar con mis primas.

¿Es este el final de la historia de Isabella y Palmer? ¡De ninguna manera!
para obtener tu copia de No es para tanto y poder seguir leyendo la serie hoy mismo.

¿QUÉ SIGUE?

Un fin de semana relajado en Boston...

...no cuando asesinan a la mujer dueña del negocio contiguo al tuyo.

Isabella había planeado un fin de semana libre de estrés en una conferencia para pequeños negocios con sus primas. En lugar de aprender cómo promocionar su botica, tiene otro asesinato que resolver.

Pero, ¿se lo permitirá el Departamento de Policía de Boston?

El sospechoso obvio es el marido abusivo de la víctima...

...hasta que presenta una coartada irrefutable.

Aun así, Isabella está convencida de que él es el culpable.

Pero si es culpable, ¿por qué llamó al Detective Palmer para que ayudara con la investigación?

Cuando una segunda persona es asesinada, aparentemente sin conexión con Caroline, su investigación se estanca y la policía decide que el hotel tiene un asesino en serie en ciernes.

¿Podrá Isabella encontrar el motivo del asesino y atraparlo antes de que termine el fin de semana y los huéspedes del hotel regresen a casa?

No es Gran Col está disponible hoy.

ADELANTO

No es Gran Col

Será como unas mini vacaciones. ¿Qué es lo peor que podría pasar?

Sí, claro. Estaba segura de que Delia no pensaba que lo peor que podría pasar fuera un asesinato, pero claro, ¿quién espera un asesinato a la vuelta de cada esquina?

Estaba haciendo fila, esperando para registrarme en nuestra habitación en el Western Waterfront Hotel en Boston. Esta "mini vacación" en la que Thea y Delia me habían convencido de participar era una conferencia para dueños de pequeños negocios en Nueva Inglaterra. Y esa era yo, dueña de un pequeño negocio. Honestamente, el programa sonaba aburrido, pero realmente quería un fin de semana fuera. Cambié mi pesada bolsa de un hombro al otro. Había cientos de personas en el vestíbulo charlando y parecía que todos se conocían entre sí, excepto yo. Parte del fin de semana estaba dedicado a conocer a otros dueños de negocios, así que tal vez no me sentiría tan excluida al final del fin de semana. Solo deseaba que esta fila avanzara más rápido. Cada vez que las puertas del hotel se abrían, el aire viciado del vestíbulo era reemplazado por lo peor de la marea baja y el escape de los autobuses.

Sentí un toque en mi hombro y me di la vuelta. La mujer detrás de mí sonrió. Era Joyce Ogilvie, dueña de Beach Candles en Rye, New Hampshire. Su cabello teñido de rojo lucía tan poco natural hoy como la primera vez que la conocí cuando quería que Trina vendiera sus velas en la botica.

—Hola querida. ¿Nos hemos conocido antes?

—Sí, señora Ogilvie. Soy Isabella Proctor. Ahora dirijo la Botica de Portsmouth.

Estaba a punto de decir algo cuando un estruendo captó nuestra atención. Me giré hacia el ruido y vi uno de los stands de la conferencia tirado en el suelo. Junto al stand estaba Caroline Arneson, con aspecto desconcertado.

—No es tan resistente como parece —dijo con una risita mientras lo levantaba.

—Oh, esa mujer —dijo la señora Ogilvie.

Volví a mirar a la señora Ogilvie, cuya sonrisa se había transformado en un ceño fruncido.

Yo tampoco era fan de Caroline Arneson. Había estado presionándome para que vendiera mi tienda desde el momento en que su antigua dueña había fallecido. Afirmaba que necesitaba el espacio para su propio negocio y que en unos meses le rogaría que lo comprara cuando me diera cuenta de que no podía manejar el trabajo. De hecho, me encantaba el trabajo y la botica ganaba nuevos clientes cada semana. No había forma de que quisiera renunciar a mi ubicación privilegiada en Market Square. No solo no quería vender, sino que sentía que de alguna manera estaría abandonando la memoria de Trina si reubicaba la tienda.

—Es una vergüenza —continuó la señora Ogilvie.

Caroline Arneson tenía una vida difícil, y no mucha gente lo sabía. Su marido la golpeaba y ella no estaba dispuesta a dejarlo.

Eso era algo que no entendía. Actuaba como si tuviera toda la confianza del mundo. Tal vez la confianza en sí misma no era lo que necesitaba para finalmente defenderse.

Intentaba ayudar siempre que podía, pero ella nunca se tomaba en serio mis consejos. Eso

no me impedía seguir intentándolo, sin embargo.

—No lo sé, no me gusta tomar decisiones apresuradas sobre las personas. Nunca sabemos realmente lo que está pasando en la vida de alguien más.

Ogilvie frunció los labios. —Supongo que tienes razón. Pero aun así, un poco de decoro no viene mal.

—Puedo atender al siguiente huésped —dijo una empleada del hotel. Me sorprendió ver que se dirigía a mí.

—Buenas tardes y bienvenida al Weston Waterfront. ¿Está aquí para la conferencia de pequeños negocios?

Le sonreí a la joven de aspecto agotado. —Sí, así es. Isabella Proctor, me registro por mí y por mis dos primas, Thea y Delia Proctor.

Mis dos primas que pensaron que sería divertido dejarme hacer fila mientras ellas daban un paseo.

Le entregué mi licencia de conducir recién emitida y posiblemente no del todo legal, y mi tarjeta de crédito del negocio.

—Un momento, señorita Proctor, mientras la registro.

No es que mi licencia no fuera legal. La obtuve del DMV, excepto que la conseguí fuera de horario de un hombre que le debía un favor a mi novio.

Eso no suena mejor, ¿verdad?

Comencemos con la idea de mi novio. El detective Steve Palmer podría ser mi novio, pero también podría no serlo. No tengo una mejor descripción para nuestra relación en este momento. Le preparé la cena una vez, sándwiches de queso a la plancha y sopa de tomate. Él me llevó al parque para un picnic nocturno y a ver una obra de teatro. Dos veces esa noche casi nos besamos, pero nunca llegó a ocurrir.

Había pasado más de un mes desde nuestro picnic y nuestros horarios no nos habían permitido pasar tiempo juntos desde entonces.

En fin, me atrapó conduciendo sin licencia durante el verano y, en lugar de arrestar a una amiga, arregló que su amigo en el DMV me diera una.

No tenemos que contarle esto a nadie, ¿verdad?

—Ya está todo listo —dijo la mujer mientras me devolvía mi licencia y tarjeta de crédito—. Estás en la habitación 498. Toma el ascensor hasta el cuarto piso y gira a la izquierda.

Tomé las tarjetas llave que me entregó y sonreí. Le guiñé un ojo rápidamente a la Sra. Ogilvie al pasar y fui en busca de mis primas.

Las encontré en la tienda de regalos, mirando una exhibición de mercancía turística de bajo calidad y alto precio, todo con la palabra Boston estampada de una forma u otra. La tienda también tenía los habituales artículos de aseo en miniatura de ocho dólares, almohadas de viaje, dulces y revistas.

Thea tomó una bola de nieve y me la entregó.

—Mira el precio que están cobrando por esto —susurró.

Con cuidado, di vuelta a la bola para leer la etiqueta del precio. Cincuenta dólares. Me estremecí al pensar en lo poco que verían de ese dinero las personas que ensamblaron las bolas.

—No creo que puedas conseguir el mismo precio en Portsmouth —dije. Dejé la bola y les entregué sus tarjetas llave—. Voy a subir a la habitación. Aquí están sus llaves.

—¿Ya pasaste la fila? Pensé que seguro tomaría al menos una hora —dijo Thea.

—No, solo se sintió como una hora, hablando con la mujer detrás de mí y viendo a Caroline Arneson tirar un expositor.

Delia frunció el ceño.

—¿Está ella aquí?

—¿Escucharon el estruendo de antes? Fue ella.

—¿Está aquí este fin de semana? —preguntó Delia.

—Por lo que parece, ha comenzado temprano. Ni siquiera son las cuatro todavía —dijo Thea.

—A mí me pareció un accidente. En fin, voy subiendo a la habitación —dije.

—Iré contigo. Bien podríamos desempacar antes de la cena —dijo Thea.

Ojalá pudiera decir que nuestra habitación era espectacular, pero era una habitación normal con dos camas dobles, un baño, un tocador y una mesa pequeña. No planeaba pasar mucho tiempo en la habitación, así que no me importaba.

—¿Quién duerme sola esta noche? —preguntó Thea.

Resolvimos la cuestión con nuestro antiguo método de resolución pacífica de conflictos: piedra, papel o tijera.

Delia sacó piedra, y Thea y yo sacamos tijeras.

—¡Sí! —exclamó Delia mientras reclamaba la cama más cercana a la ventana.

Desempaqué mi bolso de viaje y me senté en mi lado de la otra cama. Solo había ido a trabajar un par de horas por la mañana y no volvería hasta el lunes a las diez de la mañana. Aunque sería difícil socializar con tanta gente todo el fin de semana, al menos era un cambio agradable.

También era agradable alejarse de la Casa Proctor. A mi edificio de apartamentos le quedaba un mes más de trabajos de reconstrucción antes de ser habitable de nuevo y estaba contando los días. No me malinterpreten, amo a mi familia y habían dado pasos importantes en tratarme como una adulta que podía vivir su propia vida como quisiera, pero vivir con ellos no es lo mismo que vivir por mi cuenta. No estaba segura de que alguna vez fuera a poder sacar a mi gato Jameson de la casa, sin embargo. Dondequiera que se volteara, alguien quería rasarlo, prepararle una comida especial o pedirle su opinión sobre una pieza complicada de magia.

¿Mencioné que también era mi familiar? Tiene más de doscientos años y está absolutamente convencido de que sabe más que las siete brujas Proctor juntas.

Puede que no esté equivocado.

Jameson se quedó en Portsmouth durante el fin de semana y ya lo echaba de menos. No me había dado cuenta de cuán a menudo me dirigía a él para charlar o hacer preguntas. Pero como estaba en casa, también me tomé un descanso de nuestro horario de entrenamiento. Me hacía trabajar duro todas las noches, aprendiendo nuevos hechizos y cómo mejorarlos con el amuleto de la Hermandad de Brigid. Dice que lo estoy haciendo aceptablemente bien, pero creo que no le gusta dar cumplidos y que en realidad lo estoy haciendo genial.

—Estoy aburrida —dijo Delia—. Vamos al bar a ver gente.

—De acuerdo —dijo Thea y se dirigió a la puerta.

—Espera, ¿no irás a usar eso, verdad? —le preguntó Delia.

Thea miró sus zapatillas desgastadas, jeans y camiseta.

—Me veo bien.

—Claro que sí, si estás a punto de limpiar un sótano polvoriento. Si quieres causar una buena impresión en otras compañías de turismo, tal vez no.

Thea suspiró.

—No empaqué mucho que se vea más elegante.

Delia sonrió.

—Pensé que no lo harías. ¿Sabes cómo me molestaste todo el camino por empacar demasiado para un fin de semana? Es porque también tuve que empacarte ropa decente.

Thea puso los ojos en blanco.

—Está bien. Lo que sea. Dime qué ponerme y me lo pondré. Pero no sé si me gustará.

Delia rebuscó en su bolso y sacó un suéter de cachemira azul marino con cuello en V, jeans oscuros y un par de zapatos planos de cuero negro con una punta plateada.

—Prueba esto. Es lo más sencillo que puedo hacer un atuendo.

Pude notar que a Thea no le desagradó porque cuando salió del baño tenía una pequeña sonrisa en los labios.

—Thea, te ves genial —dijo entusiasmada. ¿Cómo había logrado Delia encontrar ropa que le quedara perfectamente a Thea?

Delia pasó junto a Thea y se cambió a un vestido negro y un suéter corto verde. Mi corazón se hundió porque ella también se veía genial.

Mi ropa se había arruinado en el incendio del apartamento y había estado reemplazando lentamente lo que podía con hallazgos de tiendas de segunda mano. No había encontrado mucho.

Delia me entregó algo de ropa.

—Y por si piensas que me olvidé de ti en mi gran extravagancia de compras, no lo hice.

Tomé el paquete y extendí su contenido sobre la cama. Un suéter rojo que era sorprendentemente similar a mi suéter favorito y un par de pantalones negros de vestir. —¿Me compraste ropa?

Delia me entregó un par de tacones cortos negros. —Y zapatos.

—Solo está avergonzada de que la vean en público con nosotras, eso es todo —dijo Thea.

Nos reímos y logré no manchar mi maquillaje con lágrimas de gratitud. —Son las mejores.

Mi ropa también me quedaba perfectamente, pero ahora sabía por qué. Sentí un cosquilleo de magia cuando me la puse. —¡Encantaste la ropa!

—Solo para que se ajuste. Es un hechizo en el que he estado trabajando por un tiempo. La primera vez que te pones la prenda, se ajustará como si hubiera sido hecha a medida.

—Inteligente —dije.

Delia se sonrojó. —Jameson me ha estado ayudando con esto. No creo que exista un hechizo que él no conozca.

Probablemente tenía razón. —Bueno, vamos abajo a conocer a algunos empresarios aburridos.

—O al menos a tomar una copa de vino antes de la cena.

Mientras bajábamos en el ascensor, consideré tomar una copa de vino. Podría ser agradable relajarme un poco esta noche, ya que no entrenaría con mi gato.

La puerta sonó y se abrió. Aunque no éramos las únicas personas con esta idea, el vestíbulo estaba lo suficientemente vacío como para que pudiéramos escuchar el agua de la fuente. —Vamos a sentarnos allí —dije, señalando la mesa más cercana a la fuente. Tal vez las plantas a su alrededor nos protegerían un poco del aire de la ciudad que aún podía oler.

Nos sentamos y un camarero vino a tomar nuestro pedido inmediatamente. —Buenas noches, señoras. Soy Marco, su camarero. ¿Puedo ofrecerles algo de beber para empezar?

—Me gustaría una copa de Malbec —dije.

—Lo mismo para mí —dijo Thea.

Delia hizo una pausa por un momento. —Me gustaría un martini de espresso.

Nos dedicó una sonrisa. —Volveré en un momento con sus bebidas y les dejaré nuestro

menú.

—Es bastante guapo —dijo Delia.

—No tienes ninguna oportunidad con él, te está juzgando por ese pedido de bebida tonto.

—No es una bebida tonta. Lo busqué y es una de las diez bebidas más pedidas. No es mi culpa si no quiero una copa de vino tinto como ustedes dos señoras anticuadas.

Marco regresó con nuestras bebidas. —¿Puedo traerles algo de comer?

Delia dejó el menú. —¿Podemos pedir una orden de papas fritas con curry y una orden de pretzels suaves?

Eso me sonaba bien, así que le entregué mi menú.

—Por supuesto...

—Señoras, qué agradable verlas aquí —interrumpió un hombre bajo que me resultaba familiar, pero no podía ubicarlo.

Marco se marchó con nuestro pedido y el hombre se unió a nosotras.

—Sr. Branham, qué gusto verlo —dijo Thea.

Evan Branham, el teniente de alcalde de Portsmouth. Con razón me resultaba familiar.

Le hizo una seña a Marco y un gesto con la mano para pedir otra bebida. —Qué agradable ver a algunas empresarias de la ciudad este fin de semana. Por supuesto, hablarán bien de Portsmouth a todos los que están aquí, ¿verdad? Estamos listos para algunas oportunidades de franquicias en nuestra ciudad en crecimiento y si podemos traer tres o cuatro, será un buen trabajo de fin de semana.

¿Nosotras? ¿Esperaba que trajéramos negocios?

—¿Quiere unirse a nosotras para tomar algo? —preguntó Delia.

Tomó una jarra de cerveza de Marco. —Ahora no puedo. Tengo que ponerme a trabajar. Pero hablaremos más tarde este fin de semana.

Una vez que se alejó, miré a Thea. —¿Cómo sabías quién era?

Ella puso los ojos en blanco. —Ha estado intentando que hagamos un recorrido basado en su casa y granja durante los últimos seis meses. Jura que es un lugar histórico, pero no proporciona ninguna prueba.

—Podría ser bueno que el teniente de alcalde les deba un favor —dije.

Delia negó con la cabeza. —Pasa más de un minuto con él y querrás ir a bañarte. Tiene una forma de ser con la que ninguna de nosotras quiere lidiar.

Marco regresó con nuestros aperitivos. —Estamos cerrando el comedor exterior para la noche, acaba de empezar a llover.

Tal vez la lluvia eliminaría el olor en el aire.

—No hay problema. Nos quedaremos aquí —dijo Thea.

Estaba a punto de preguntarle dónde estaba la farmacia más cercana cuando escuché una voz familiar al otro lado de la sala. Las cuatro nos giramos para ver a Caroline Arneson discutiendo con Joyce Ogilvie.

Caroline se levantó de su mesa para que Joyce ya no estuviera de pie sobre ella. —¿Sabes por qué no vendo tus velas? Porque son baratas y mis clientes no las quieren.

—¿Cómo dice?

—Me has oído, baratas. Tu cera está tan llena de aire que cuando los clientes levantan la vela, saben que los están estafando y que las velas se acabarán en casi nada de tiempo.

Joyce miró a Caroline de arriba a abajo. —Tus clientes deberían estar acostumbrados a comprar cosas baratas.

Antes de que pudieran llegar a las manos, Marco se interpuso entre las dos mujeres. —

Tengo una mesa para usted, señora, justo aquí. Si pudiera seguirme. —Tomó el brazo de Joyce y la escoltó a la mesa junto a nosotras.

Joyce nos miró a las tres. —Oh, son ustedes otra vez, las de la fila. ¿Escucharon lo que esa horrible mujer me dijo?

—Todos en el vestíbulo escucharon lo que las dos tenían que decir. Apenas creo que este sea el momento o el lugar para buscar pelea con alguien que no te agrada —dije.

No es Gran Col ya está disponible.

Sobre la autora

Todo comenzó cuando aprendió a leer a los cinco años. Uno de sus primeros y más preciados recuerdos es el de las palabras pegadas con cinta adhesiva a todos los objetos de la casa. Poco después, los libros se convirtieron en lo mejor del mundo y ya no hubo vuelta atrás.

Sufrió una crisis de confianza en el instituto y la universidad y decidió que escribir era demasiado difícil, así que se licenció en Química y más tarde se matriculó en un programa de doctorado en Física. Tres cambios de carrera y cuatro hijos después, ha vuelto a escribir y es mucho más feliz por ello.

Ahora trabaja desde su oficina en casa en New Hampshire, rodeada de libros, niños y mascotas ocasionales.

Aprende más sobre Lisa y sus libros, y asegúrate de suscribirte a su boletín en LisaBouchard.com

Al norte de los cuarenta

Rebecca Wright por fin ha tenido suficiente. Suficiente de su marido infiel, suficiente de moldearse a la imagen que él cree que debería presentar, y suficiente de su superficial vida en la ciudad. Cuando se vuelve telepática a mitad de su vida, sabe que todo tiene que cambiar. Síguela mientras regresa al pueblo que ama y comienza su vida de nuevo como investigadora privada. Los casos deberían ser fáciles de resolver con la telepatía, ¿verdad? No cuando la gente se miente a sí misma tanto como a los demás.

Misterios paranormales acogedores de Isabella Proctor

Sigue a Isabella, una joven bruja vivaz, mientras florece en su poder y protege su pueblo. Junto al detective Palmer y su gato parlante y descarado Jameson, descubre misterios y combate amenazas sobrenaturales. Una cautivadora mezcla de humor, corazón y fantasía teje aventuras mágicas que resuenan tanto con los fans de lo paranormal como con los de los misterios acogedores. Únete a Isabella mientras navega por amistades, familia, amor y el fascinante mundo de la magia.

¿Buscas más de Lisa Bouchard?

¡Únete a mi lista de correo en LisaBouchard.com para recibir una novela corta de precuela gratuita!